

A woman with dark hair styled in an updo, wearing a bright yellow, off-the-shoulder, puffed-sleeve gown with a full skirt, stands in front of a dense rose bush with yellow flowers. The lighting is soft and warm, highlighting the dress and the background.

Sarah Worth

CHARLIZE

DAMA enfada a
DUQUE

© Sarah Worth

DAMA ENFADA A DUQUE

ASIN: B0CTGH42PC

Sello: Independently published

Primera edición, septiembre de 2024.

Impreso en España.

Diseño de portada: Sarah Worth.

Reservados todos los derechos.

Inscrito en Safe Creative: 2401296790473

Dama enfada a Duque

Charlize

Sarah Worth

*«Los inicios del romance son siempre complicados,
aunque pueden ser de lo más emocionantes.
Cuando una mujer no sabe lo que quiere,
el hombre puede hacerse cargo de la situación.
Esta historia está dedicada a los caballeros,
en especial a los que lucharon con todas sus fuerzas
en el nombre del amor».*

Sarah Worth.

Sinopsis

Lady Charlize, hija del anterior conde Luff, es la endemoniada hermana Archer. No la llaman así por nada. Es concienzuda, con una voluntad de hierro y está más que acostumbrada a salirse con la suya.

La temporada se presenta aburrida e insulsa en Londres, pues ya no tiene más hermanas a las que casar. Deberá buscarse un nuevo proyecto que la ayude a consolidar su reputación como casamentera, porque convertirse en una, y que le sea rentable, parece una buena idea. Para una dama sin aspiraciones matrimoniales y a la que le gusta tanto enlazar parejas, tener un plan de futuro puede darle seguridad e independencia.

Con lo que no cuenta es con que aparezcan varios enemigos dispuestos a trastocar todo su mundo. Una dama sensata no debería desafiar a un hombre, menos si viene provisto de un título... Y enfadar a dos caballeros peligrosos puede ser una temeridad que acabe con ella apartada de la buena sociedad.

Ah, pero es la endemoniada Charlize, y no está en su naturaleza dejarse avasallar...

Finaliza la serie de las Hermanas Archer, con quienes Sarah Worth se ha ganado la lealtad de un buen número de lectoras enamoradas de la ficción romántica histórica.

¡Gracias!

Índice

[Prólogo](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 12+1](#)

[Sobre Sarah Worth](#)

Prólogo

Londres, 1820.

Era la primera temporada que Charlize Archer, hija del difunto conde Luff, llegaba a Londres para participar en el mercado matrimonial.

Con tres hermanas mayores, y huérfana desde los trece años, se había acostumbrado a ser el centro de atención de su familia. Era lo que tenía el haber crecido en Luffgarden, la finca donde las cuatro vivían y de la que no habían salido hasta el momento.

Ser la pequeña era complicado, porque sus hermanas tendían a prestarle poca atención, de tal modo que ella se había acostumbrado a gritar o patear cuando deseaba salirse con la suya. El plan le había salido tan bien, que Freyja, la mayor de las Archer y quien había heredado todo lo que no estaba ligado al título de su padre, le había permitido ir a Londres con unos amigos y con su hermana Caliope como una especie de *carcelera*.

Su padre, antes de fallecer, había nombrado un tutor que se suponía que debía velar por ellas, del que no habían sabido nada desde que el anterior conde Luff partiese hacia una mejor vida. Ese hombre, que se llamaba Aidan, era conde por derecho propio —lord Ross— y dado que ese tutor de ellas era además el heredero del anterior conde Luff, todo lo que no había recaído en manos de Freyja, lo heredó él. Su herencia, además del título de lord Luff, implicaba la totalidad de la residencia de Luffgarden, el hogar donde las cuatro habían vivido plácidamente al cuidado de Freyja.

Como Charlize era de naturaleza curiosa, y nadie parecía notarla hasta que estallaba en un gran berrinche, había descubierto toda esa información hacía relativamente poco mientras escarbaba en el escritorio de su hermana mayor. Tener un tutor del que no sabían nada, implicaba que mientras él no apareciese podrían seguir viviendo del modo en que estimasen oportuno. No obstante, si el conde de Ross y Luff, Aidan Andrews, decidiese hacer acto de presencia y decretar el futuro de las tres hermanas que no habían cumplido todavía la mayoría de edad, eso significaría que todo su mundo se trastocaría.

La única que estaba a salvo del yugo que lord Ross y Luff pudiese

colocarles, era Freyja, pues tenía veintiséis años y había sacrificado su vida para ser la madre de sus tres hermanas más pequeñas. La mayor de las Archer era la fortaleza personificada. Luego estaba Caliope, considerada la beldad de las hermanas y quien acababa de cumplir los veinte, mientras que Cleopatra contaba con diecinueve y esa hermana era la que se decía que era la más sensata.

Y por último estaba Charlize. Ella había cumplido dieciocho años y si tuviese que pensar en un calificativo que la diferenciase del resto de sus hermanas, diría que era la más inteligente de las cuatro. Su mente funcionaba de manera diferente. Ella siempre veía planes y estrategias en todo lo que la rodeaba. Tal vez fuese porque al ser la pequeña había tenido que hacerse ver y valer, y aunque no estaba demasiado satisfecha por haber optado por desempeñar el papel de hermana mimada con la cabeza hueca, le servía a las mil maravillas para obrar como se le antojaba cada vez que deseaba conseguir cualquier cosa.

De hecho, estaba en ese impresionante baile precisamente porque una de sus famosas rabietas le había dado el pase directo para poder disfrutar de una ansiada temporada.

Llevaba algún tiempo en Londres y había decidido casarse, incluso aspiraba a encontrar el amor y fugarse con el hombre perfecto a Gretna Green para que su tutor no pudiese impedirlo, Freyja no lograba interponerse y sus otras dos hermanas no opinasen sobre su decisión.

Quería ser la que manejase su propia vida. No tenía nada malo haber sido una de las hermanas Archer y haber estado al cuidado de Freyja. Charlize admiraba muchísimo a su hermana mayor, pero quería más de la vida.

Deseaba poder.

No un poder entendido como el que pudiese tener un rey, sino ser alguien por ella misma. Distanciarse de sus hermanas para crecer, para expandirse y seguir sus propias reglas.

Por descontado que casarse implicaría que Charlize pasase a ser propiedad de su esposo, como si fuese una casa, un terreno, un caballo o incluso un mueble, por dicha cuestión, ella deseaba amor y complicidad en su relación.

Quería ser besada, amada y que su marido la pusiera por delante de todo y de todos. A cambio ella haría lo mismo. Ciertamente que las novelas que había leído en los últimos tiempos le habían llenado la cabeza con un montón de ideas apasionantes, aunque sabía que lograría su cometido si daba con el candidato indicado.

No era una muchacha excesivamente bonita como lo era Caliope, aunque sí que se sabía sacar partido. De aspecto modesto, Charlize había aprendido a peinar su pelo cobrizo de un modo que llamase la atención, siempre pulcramente recogido, que no tirante, con unos mechones cuidadosamente extraídos para darle un aire fresco. No fresco de indecencia, sino

diferente al resto. Sus ojos eran de color caramelo, lo suficientemente grandes como para ver reflejadas sus emociones en ellos con solo un vistazo del que miraba. Su carácter solía ser dulce y amable... Al menos fue así hasta los trece años, porque a esa edad perdió a su madre, después de que su padre decidiese también morir, y ahí todo cambió.

Charlize Archer era una muchacha inteligente pero difícil de llevar o tolerar. Y aunque posiblemente no era correcto admitirlo, estaba orgullosa de quién era, de su comportamiento y de sus ideales.

Su punto débil era el chocolate. Los bombones la volvían loca. Tenía la suficiente fuerza de voluntad como para no abusar de ellos y que no mermasen su figura. Solo perdía la compostura en cuanto a engullir ese delicioso dulce, cuando estaba triste o se ponía muy nerviosa.

El problema era que se había metido en la boca cinco bombones, uno tras otro, porque esa noche esperaba que fuese *su noche*. La ansiedad la consumía y decidió calmarla comiendo un dulce. Luego otro, y después otro más. De tal manera que se había manchado el corpiño del vestido nuevo y tenía que ver cómo podía arreglarlo para que el barón Rendow, de nombre David y de apellido Gales, no la viese en ese estado lamentable.

¿Quién era lord Rendow? Era el hombre del que se había enamorado desde las puntas del cabello hasta los dedos de los pies. David, el barón Rendow, era perfecto, la hacía suspirar y ansiarlo todo. Era caballeroso, tierno, dulce, paciente y... ¡Oh, Dios! Sus besos le habían hecho perder el control por completo.

Charlize se había vestido esa noche con esmero porque esperaba que se le declarase. Sería una mera formalidad, ya que sabía que él estaba tanto o más enamorado que ella, pero aun así era un paso necesario para formalizar su relación. Él se arrodillaría, ella lloraría para después aceptar su mano y luego se desplazarían a Luffgarden, donde Freyja se había quedado porque no le agradaba la ciudad, para que el barón hablase con la que era a todos los efectos la cabeza de familia. Le pedirían a su hermana mayor permiso para fugarse a Gretna Green, dado que Charlize no tenía la edad legal para casarse sin la autorización de su tutor, y al regresar vivirían un idilio que duraría hasta el fin de sus días.

Charlize y David. David y Charlize. Para toda la eternidad...

Un vaticinio perfecto... salvo que la perfección se había ido al traste cuando su vestido se manchó de chocolate.

Así que allí estaba ella, buscando la sala de retiro de las damas para ver si podía arreglar el desastre.

¡Todo tenía que ser perfecto! ¿Por qué un delicioso bombón tenía que ser el artífice de un desastre? ¡Si ella los amaba!... No tanto como a David, pero sí lo suficiente para que ellos no le estropeasen el momento más importante de su existencia.

¡Iba a ser la primera Archer en casarse! Eso la ayudaría a ocuparse también de sus hermanas y que Freyja pudiese tomarse un respiro de sus atribuciones. Si solo consiguiese que su hermana mayor acudiese a Londres para disfrutar de la atención masculina, los bailes, el teatro y demás actividades, ella misma la ayudaría a encontrar un buen partido. Seguro que David tendría amistades de lo más interesantes.

¡Eso era! Se casaría la primera y luego las amadrinaría para que las tres encontrasen el amor y fuesen dichosas. ¡Qué gran idea!

Ya podía ver los titulares de los periódicos... De acuerdo, los de la sección de sociedad. Dirían que lady Rendow fue un pilar básico para que sus hermanas encontrasen unos maridos fantásticos. Se quedó un momento pensativa ante esta idea. Caliope, la hermana que estaba a cargo de ella en Londres, tenía un interés en el mozo de cuerdas que trabajaba para Freyja, y el señor Robinson no era demasiado adecuado, pero Charlize entendía que el amor tendría que ser la prioridad en una unión.

Suspiró y sonrió. Ella era muy afortunada, pues había encontrado el amor y venía con un título, que aunque no era de los más altos era bastante respetable. Ser la hija de un conde y acabar siendo la esposa de un barón era positivo.

Ya vería que haría con Caliope en cuanto fuese una mujer casada.

Se escuchó un gran grito femenino que dejó a Charlize helada. No sabía de dónde provenía. Acto seguido, una puerta se abrió y cuando se giró vio a una mujer saliendo de una estancia a toda prisa. Estaba llorando.

Charlize dio un salto y se metió de pronto tras una cortina pesada que había a su lado derecho, confiando que la mujer no la hubiese visto.

—¡Espera, Ophelia! —se escuchó una voz masculina a su espalda.

De inmediato, las zancadas avanzaban hacia donde ella se había ocultado. Charlize se sintió ridícula. Ella no estaba haciendo nada malo en medio del pasillo, solo estaba buscando la sala de retiro para asearse. El grito la había asustado era cierto... No tenía que haberse escondido, pero toparse con un caballero que perseguía a una mujer llorosa en un lugar desierto no era algo bueno bajo ningún concepto. Tuvo que haberle pedido a Caliope que la acompañase a la sala de las damas. Rezó una plegaria para que nadie la descubriese, porque el bochorno sería absoluto.

—¿Qué quieres, Sutherland? —preguntó una voz femenina un tanto cansada, derrotada más bien.

La pareja se paró justo delante de donde Charlize estaba escondida. ¡Su mala suerte iba en aumento! ¿Y si salía y se daba a conocer? No. Tendría que dar muchas explicaciones.

—Siento mucho que... —comenzó a decir el caballero.

—No te disculpes. Eres un duque, uno muy vengativo que no puede perdonarme pese a que me he arrastrado ante ti —sentenció la dama.

Charlize escuchó un suspiro profundo proveniente del que debía ser el duque. Ella no conocía a ningún duque. Le hubiese gustado quedarse en el pasillo y toparse con uno. Esa especie nobiliaria de la jungla social estaba en la cúspide. Lamentó su decisión de ocultarse todavía más.

—Te avisé de que el acuerdo que te ofrecí era de exclusividad y tú lo aceptaste.

—¿Por eso me has detenido, Sutherland? ¿Para seguir recriminándome mis errores? —inquirió la desconocida.

—Prometí que actuarías en el teatro de Londres y lo cumplí. Eras una de las mejores sopranos del momento, yo te di ese privilegio. Juré que no te faltaría de nada mientras fueses mía y así ha sido. Lo que te he dado ha sido más de lo que he recibido.

—Y yo canté para ti en tu cama, Sutherland, te di todo lo que demandaste y más. Me entregué a ti con los ojos cerrados. Pude haber elegido a cualquiera para consolarme por las noches, y te elegí a ti. Ahora te necesito y no me ayudas.

—¡Te acostaste con otro! —le gritó él fuera de sí.

—Lord Re...

—¡No quiero saber su identidad! —la frenó.

—Lo olvidaba, Sutherland, no ves más allá de tu pequeño círculo, de ese conde de Ross por el que me dejaste atrás.

—El conde de Ross y Luff es mi mejor amigo, Ophelia, vino a mí para pedirme ayuda y tuve que marcharme de Londres. —Su amigo había sido testigo de una conversación donde una jovencita y la madre de esta planeaban tenderle una trampa para que acabase casado. Aidan tenía pánico al matrimonio y el duque de Sutherland le había recomendado que desapareciese durante una temporada para que dejase de ser objeto de interés en la ciudad. Dado que lord Ross y Luff tenía a su cargo varias jovencitas de las que todavía no había podido ocuparse, lo animó a cumplir con ese cometido e ir a visitarlas, para así olvidarse de un suceso que lo perturbó demasiado.

—¿Y yo, Sutherland? ¿No merecía tu ayuda? Sabías que atravesaba un momento delicado y me dejaste desamparada. Sola... Él me ofreció cariño, me cuidó mientras tú

no estabas. ¿No puedes comprender que cometí un error? Un solo error... —sollozó la mujer.

—Ser reemplazada en la ópera por una mujer más joven y con mejor voz que tú, no era una desgracia, Ophelia. Yo hubiese podido intervenir tras regresar, Convent Garden es igual de majestuoso que Drury Lane. Y ten la decencia de admitir que él no era el primero y haz el favor de no usar esa excusa tan pobre para justificar mi supuesta falta de atención hacia ti.

—No lo entiendes. No sabes lo que es para una mujer ser reemplazada. ¿Qué pasará cuando tú decidas casarte? Te lo suplico, Sutherland, por lo que fuimos, no me dejes... —. En ese momento, la mujer se lanzó hacia el duque para abrazarlo con fuerza, aunque él no respondió a su muestra.

Charlize observó la acción y decidió que estaba presenciando una discusión entre dos amantes. Se volvió a tapar parte del rostro con la cortina para que no la descubriesen.

—Dile a él que pague la casa, los carruajes, que te compre joyas y se ocupe de las facturas de la modista. Eres muy hábil, Ophelia, Dios sabe a cuántos hombres habrás llevado al lugar que mi dinero paga, a la cama que yo compré. Quédate con él y asegura tu futuro. Te compraré una joya cara, será mi regalo de despedida.

—Está arruinado... No puede mantenerme y si me retiras tu apoyo me temo que...

—¿Arruinado? —Sutherland la despegó de él y se rio sin ganas—. Creía que eras una mujer inteligente. ¿Te has dejado engañar?

—Yo... ¡Oh, Sutherland! ¿Por qué no puedes olvidar mi desliz? ¿Con cuántas mujeres te acostaste tú antes de quedarte prendado de mí?

—Dime una cosa, Ophelia, si él no estuviese arruinado, ¿habrías venido a buscarme esta noche aquí? ¿Me hubieses suplicado?

—¡Sí, Sutherland, sí! —chilló—. Lo hubiese hecho porque no quiero estar con él. Fue una única noche, te lo juro. No te he traicionado con nadie más. Me ha pedido que lo espere, porque aunque está en bancarrota, va a casarse con una dama que tiene una gran fortuna bajo el brazo.

—Entonces, querida, no comprendo el problema.

El duque de Sutherland vio a su amante hacer un puchero. Era una mujer de veinticinco años y se solía comportar como una niña cuando deseaba salirse con la suya. Encontraba ese comportamiento encantador al principio, por eso de ser él el hombre poderoso y ella la dama que coqueteaba y buscaba su aprobación. Ya no le valía esa actitud. No, después de

haber regresado a Londres a toda prisa para estar a su lado y encontrarla retozando con un hombre al que afortunadamente no le había visto la cara.

—No puedo convertirme en la amante de un hombre casado, Sutherland, sabes que ser el segundo plato no es algo que yo podré sobrellevar. Me gusta tener toda la atención de mi caballero. Confieso que me enfurecí contigo porque te pedí que no me dejases sola y pese a ello te marchaste con tu amigo. ¿No podrías considerarlo como una pequeña venganza sin importancia, mi duque fiero? —flirteó ella con descaro. Él todavía la mantenía sujeta por los antebrazos y ella lo miraba a los ojos con atención.

—La lealtad es fundamental para mí, Ophelia. Es por eso por lo que cuando mi amigo me necesitó fui a verle sin demora. Has traicionado mi confianza y no podré volver a confiar en ti.

—Por favor... —le suplicó ella, con los ojos llenos de lágrimas.

Él tomó una larga bocanada de aire y la soltó de golpe.

—Me ocuparé de tus gastos hasta que decidas qué hacer con tu vida, bien porque te consiga una actuación en Covent Garden o porque encuentres a otro protector que sea más adecuado que el que tenía la intención de reemplazarme. Es lo que te ofrezco, ¿puedes aceptarlo?

Ella valoró sus opciones una fracción de segundo.

—¡Sí! —exclamó—. Solo añade que me visitarás de vez en cuando en nuestro lecho y me harás inmensamente feliz, querido.

—No, Ophelia. Nuestro nuevo acuerdo es como amigo tuyo. La relación que manteníamos está rota.

—¿Buscarás a otra, Sutherland? Sabes tan bien como yo que soy única satisfaciendo tus peculiaridades.

—Has sido una amante excepcional Ophelia, tengo que reconocerlo, y por eso es por lo que no te dejaré en la estacada pese a que estoy furioso contigo. Buenas noches —se despidió él, mientras la dejaba libre.

Si el duque se hubiese dado la vuelta hubiera visto a una mujer sonriendo llena de felicidad. La gran Ophelia Chalton volvería a brillar en lo alto de un escenario y solo había tenido que adularlo y pedirle que volviese a su cama... ¡Y él la había rechazado!

—Fantástico, Sutherland, tengo tu dinero y no debo abrir las piernas para ti —expuso en alto pagada de sí misma—. Tal vez consienta que Rendow cuente con mis servicios

si logra casarse con la pupila de tu mejor amigo... Esas chicas valen una fortuna y deberías tener más cuidado sobre con quién compartes la información. Una mujer siempre debe tener una alternativa y tú has hecho posible que cuente con tu dinero y el que mi barón me dará cuando logre atraparla. ¡Es la mejor noche de mi vida! —La cantante de ópera dio un pequeño salto llena de alegría y se limpió las lágrimas. Las cosas no podían irle mejor.

Charlize salió de su escondite en ese momento. Su corazón martilleaba con fuerza. Mejor dicho, los restos de su corazón, porque se había fracturado en mil pedazos.

—¿David! —la escuchó Charlize gritar cuando dobló la esquina del pasillo —. ¡Está todo solucionado!

—¿Se lo ha tragado? —inquirió él.

La conversación seguramente prosiguió, pero esa hermana Archer no pudo escuchar nada más al respecto. De todos modos, no era necesario.

Charlize buscó el apoyo de la pared más cercana y se obligó a ayudarse de ella para poder sostenerse en pie. Su mundo, su perfecto mundo, se acababa de derrumbar en cuestión de minutos.

Se obligó a mantenerse cuerda.

Su corazón lloraba lágrimas de sangre, su mente era un hervidero, su desilusión, terrible. Si la muerte acudiese a ella para liberarla del dolor, tal vez le diese la bienvenida con gusto.

Cerró los ojos y buscó alternativas a su situación. ¡No las había! Estaba condenada... ¡Dios! Había cavado su propia tumba sin ser consciente de haberlo hecho.

—Eres una Archer. Eres una Archer. Recuerda la fortaleza de Freyja cuando Colin le falló. —Su hermana mayor había sufrido un terrible revés a manos del que fuese su mejor amigo años atrás. Colin también jugó con los sentimientos de Freyja y ella no se quejó ni una sola vez, ni cuando él se presentó dos semanas después de traicionar a su hermana con su nueva vizcondesa colgada del brazo—. Freyja le sonrió a su esposa, abrazó a Colin y lo felicitó —dijo ella en alto—. Tú eres fuerte, Charlize —se convenció a sí misma—. Puedes serlo tanto o más que Freyja. Mamá decía que las cosas suceden por un buen motivo. No entiendo lo que puede salir de bueno de esta maldad, pero mi madre era la mujer más sabia del mundo. Así que te centrarás en sobreponerte porque eres una Archer. Hoy no llorarás. No lo harás. Nadie conocerá tu dolor. Jamás. Eres Charlize Archer. Eres inteligente, eres fabulosa, eres una Archer... Una Archer... —Mientras repetía cada palabra a modo de ritual para salir de la oscuridad, se obligaba una y otra vez a creer en ese credo que recitaba—. Ahora haz lo que debes, Charlize —recitó una última vez.

Tomó una bocana de aire, se puso una mano en el corazón y respiró un par

de veces más para calmarse.

Regresó al salón de baile y divisó a David. Él se estaba despidiendo de Ophelia en las escaleras que daban acceso a la sala, donde los invitados bailaban y la orquesta tocaba un precioso vals que ella no tenía permiso para bailar todavía.

La que fuese la amante del barón Rendow, además de del duque de Sutherland, debió advertirle de su presencia y él se giró para mirarla con esa sonrisa tan perfecta suya. Se presentó de inmediato frente a ella. Charlize le ofreció una sonrisa que esperaba que fuese creíble.

—¿Estás bien? —preguntó él con el ceño fruncido.

—Perfectamente —mintió.

—Estás... Te veo muy pálida. ¿Quieres ir a beber un poco de ratafia o limonada, Char?

Ella no soportaba que acortasen su nombre y de entre todos sus conocidos o familiares, le había dado potestad solo a él para hacerlo. Sentía ganas de vomitar y deseaba hacerlo sobre su perfecto traje formal. Si estaba arruinado, ¿de dónde sacaba el dinero para...? *Ophelia*. Ella debía estar manteniéndolo con el dinero del duque de Sutherland.

¡Dios de los cielos! Sutherland era el mejor amigo del conde de Ross y Luff... su tutor. «¿Por qué, mamá? ¿Qué sentido tiene todo este entuerto? ¿Qué sacaré de aquí bueno?», se preguntó en silencio ella.

Charlize amplió su sonrisa.

—No, gracias.

—De acuerdo. ¿Te parece bien que anunciemos nuestro compromiso esta noche? He hablado con los anfitriones, lady Latimer estará encantada de pronunciarse sobre lo que hemos decidido...

—¡Oh! —exclamó ella deseando darle un bofetón, o mejor, tener a mano uno de los famosos cuchillos de Freyja para dejarle una marca tan señalada y grande como la que él le acababa de dejar en su corazón. La herida nunca cicatrizaría.

—¿Qué te pasa, Char? Estás extraña ahora mismo. Has dicho que estabas bien, pero no veo que...

—No puedo casarme contigo —murmuró.

—¿Cómo dices? —Él se quedó más lívido que ella en ese momento.

—Soy demasiado joven para hacerlo. Tengo tres hermanas mayores... mi familia no aprobará nuestro matrimonio y...

Él se acercó a ella todavía más y le colocó un dedo en los labios. Charlize no pudo rehuirlo.

—No lo entiendes, Char. Estamos enamorados, nadie va a separarnos. No dejaré que lo hagan.

Luego le acarició la mejilla con los nudillos. Ella sintió deseos de luchar. No era el momento adecuado.

La pequeña de las Archer tragó saliva. El tono de él no era el de siempre. Se veía más fiero que el propio Sutherland mientras había discutido con su amante.

—Seré franca. No quiero casarme contigo. —Ahí estaba. Lo había dicho al fin.

—¿Cómo que no quieres? Tenemos todo nuestro futuro planeado, Char. No hay vuelta atrás para lo que hemos decidido.

—Sí la hay. No me casaré contigo —insistió.

Él le sonrió y no dejó de acariciarle la mejilla.

El roce de la mano masculina, ese que tanto había disfrutado y anhelado, le provocó arcadas. Ella trató de echarse atrás para huir de su toque.

—¿Me rehúyes, bella? —preguntó con el ceño fruncido.

—Sí.

—¿Por qué? —Su desconcierto parecía sincero, determinó Charlize.

—No estoy segura de que seas una buena opción para mí.

—¿Opción, Char? —Él se cuadró—. Yo soy tu única opción.

—No. No lo eres. Acabo de hacer mi elección.

Él suspiró.

—Es tarde, estás cansada y comprendo que tu vida va a cambiar mucho. Salir del campo para un ratoncito como tú y llegar a la ciudad... Lo entiendo, amor mío. No te preocupes. Hablaremos mañana y decidiremos dónde hacer el anuncio de nuestro compromiso.

—No. No volveremos a hablar. —Charlize se dio la vuelta porque no sabía cuánto tardaría en echarse a llorar.

Él no la persiguió. A Dios, gracias por ello.

Charlize llegó a su casa aquella noche y no derramó ni una sola lágrima. Se separó del barón Rendow tanto como pudo a partir de entonces, pero él comenzó a darse cuenta de que ella no iba de farol y decidió acorralarla, de tal modo que se dispuso a verter habladurías sobre todo aquel que quiso escucharlo. Su reputación comenzó a resentirse, pues el Villano Rendow, tal y como ella misma lo había rebautizado, demostró tener la intención de casarse con ella a cualquier precio.

Freyja no tardó en llegar con su otra hermana, Cleopatra, a la ciudad, y cuando Charlize la vio no pudo contener su alivio y el llanto. Habían sido demasiados días viendo a David presionándola, ¡incluso la obligó a darle un puñetazo! Por descontado que eso él no lo aireó, se limitó a decir que ella era una falda ligera.

Se armó un buen lío con ese asunto, pero las cuatro hermanas Archer, juntas, eran invencibles y se ocuparon de que Rendow recibiese una lección en la que ella misma participó. Las cuatro amordazaron y maniataron al barón en un jardín oscuro para darle su merecido por contar chismes maliciosos sobre ella. El destino quiso que precisamente el duque de Sutherland, por ser el mejor amigo del conde de Ross y Luff, apareciese aquella noche en la que tenían al villano a su disposición, y se ocupase de darle dinero a cambio de que se marchase de la ciudad.

Poco después de aquel trágico suceso al que Charlize restó importancia, del que jamás hablaría con nadie y del que nadie sabría la verdad sobre sus sentimientos, llegó a la ciudad su tutor, Aidan Andrews. El conde de Ross y Luff se había enamorado de su hermana Freyja y no tardaron demasiado en casarse .

Charlize fue una parte muy activa a la hora de ayudar a Freyja a alcanzar la felicidad, y haber ejercido como casamentera le sirvió a la joven para soportar la desilusión de Rendow. Eso le dio la idea de que, aunque ella no lograra alcanzar el amor mientras viviese, sí que podría ayudar a sus hermanas a conseguir lo que ella nunca obtendría.

Los siguientes años fueron de lo más interesantes para Charlize Archer. Descubrió que amaba como a un hermano a su tutor, tanto como para convertirlo en su cómplice y confidente a la hora de emparejar a sus hermanas.

El conde de Ross y Luff era su referente masculino y ningún caballero estaría jamás a su altura. Aidan había demostrado ser excepcional. Ni tan siquiera el duque de

Sutherland, que la salvó y a quien a ella le gustaba martirizar y con quien mantenía una relación entre el desprecio y el odio, era tan bueno como Aidan. No era que Charlize le echase la culpa por lo sucedido con Rendow, solo ocurría que Sutherland no le gustaba en absoluto.

¡Sí! Desde luego que debería estarle agradecida por haberle abierto los ojos sobre un suceso lamentable pero... Sutherland la sacaba de quicio, siempre pendiente de ella, criticando todo lo que decía o hacía. ¡Era insoportable! Un duque de lo más insoportable... Sí, eso era él.

Los años sucedieron y sus hermanas encontraron a caballeros que las amaban con todo su ser. Estaba orgullosa de haber contribuido a la felicidad de sus adoradas hermanas mayores.

Lo malo del paso del tiempo, era que el destino llegaba y no permitía que el pasado se olvidase. Y eso fue lo que sucedió cuando el barón Rendow regresó del destierro que Sutherland le impuso, cuando lo obligó a salir de Londres con una pequeña fortuna que seguro que mitigó el dolor por la partida.

Rendow volvió más apuesto y seguro de sí mismo que antes y tuvo la brillante idea de decirle a Charlize que iba a luchar por ella. Eso ocurrió la temporada pasada, mientras la pequeña de las Archer terminaba de obrar su magia como casamentera para ayudar a su última hermana soltera, a Cleopatra, a alcanzar la felicidad con el señor Gilmore, vizconde Wars.

Y si ese hecho no fuese alarmante de por sí, después de que David regresase del pasado para volver a hacer tambalear su presente, ella había llorado y el duque de Sutherland había estado allí para consolarla cuando logró deshacerse del villano que había declarado que se casaría con ella costase lo que le costase.

A Charlize, en un momento de suma debilidad, no se le ocurrió otra cosa que la brillante idea de pedirle a Sutherland que la besase para hacerle olvidar la angustia y el dolor que David le producía.

Por descontado que un hombre acostumbrado a llevarse a experimentadas amantes a su cama, declinó la petición de Charlize sin pestañear.

¡El ridículo que hacía cuando Rendow o Sutherland estaban cerca era formidable! Formidable y vergonzoso.

¿Qué haría la hermana pequeña Archer en el futuro?

Trataría de ser más inteligente de lo que ya se consideraba. ¡Y lo lograría! Al precio que fuese.

Capítulo 1

Londres, 1823.

La casa de lord Ross y Luff de la ciudad estaba vacía sin el resto de sus hermanas. Charlize vivía con Freyja y con su esposo, el conde. Además se ocupaba del pequeño Benedict, que contaba con dos años, y de Mary Jane, quien nació hacía unos meses.

Esa mañana, nada más levantarse, no había podido ir a ver a los niños como acostumbraba a hacer cada día.

Estaba nerviosa. Charlize había sido convocada al despacho del esposo de Freyja y estaba inquieta. Se había reunido en multitud de ocasiones con Aidan en ese lugar, pero nunca había enviado a un sirviente para decirle que la esperaba allí para una entrevista. Todo resultaba demasiado formal y no era el estilo que acostumbraba a utilizar lord Ross y Luff cuando se trataba de ella.

La relación que mantenía con el conde era de fraternidad absoluta, de plena confianza, y que la hubiese obligado esa temporada a ir a Londres pese a que ella se había resistido... Mal asunto.

Charlize se alisó la falda de su vestido de paseo blanco con pequeños pajarillos de fondo, cuadró los hombros y llamó con suavidad a la puerta del despacho de Aidan. Cuando escuchó que le daba permiso para acceder, entró.

Lord Ross y Luff figuraba sentado tras la pulcra mesa de madera maciza de color caoba. Se levantó de inmediato cuando ella entró. Charlize le sonrió.

—¿Debo hacerte una reverencia, Aidan? —bromeó ella. Se veía tan severo y formal...

—Siéntate, por favor —le dijo en tono solemne. Ella lo sintió como orden.

—¿Ocurre algo malo? —inquirió con suavidad. No estaba acostumbrada a un trato tan frío por parte de él. Si bien en un primer momento, cuando lo conoció, lo consideró arrogante y gélido, con el paso del tiempo había descubierto que el marido de Freyja era todo

corazón. De hecho, ella era a la única hermana a la que le consentía muchas locuras sin regañarla.

Lo vio fruncir los labios para después ponerse de pie y acercarse a la ventana.

La ciudad presentaba un aspecto gris, el sol de la mañana no había hecho acto de presencia, en cambio estaba lloviznando.

—Me considero un hombre justo, Charlize —comenzó a decir él.

—Lo eres, muchísimo y generoso, además, sin olvidar lo paciente que resultas.

Ella lo admiraba tanto que podría enumerar una larga lista sobre él, pero se detuvo cuando Aidan se giró y le dio una dura mirada que la hizo congelarse. No entendía lo que sucedía. Charlize decidió silenciarse.

—Hemos sido compañeros de locuras y ahora comprendo que me excedí al apoyarte sin restricciones cuando decidiste lo que era mejor para Freyja, Caliope y Cleopatra.

—Debo recordarte, Aidan, que tú fuiste lo mejor para Freyja y que te ayudé porque consideré que no encontraría a un hombre mejor que tú. Lo mismo sucedió con Magnus y Caliope o con Gilmore y Cleopatra. Ahora, si fueses tan amable y me indicases qué problema hay en vez de mantenerme en ascuas, podría volver a respirar con normalidad. A lo largo de los años me has mostrado una faceta muy diferente de la que veo ahora mismo y tengo que decir que no me agrada este Aidan que está frente a mí. —Ya estaba, ya le había dicho lo que pensaba de su actitud.

—Has madurado, Charlize, pero todavía te queda mucho que avanzar. No eres ya aquella muchacha mimada e impulsiva que todo lo conseguía sin medir las consecuencias de sus actos. Aunque todavía te comportes algunas veces así con Freyja para mantener su atención sobre ti, ese no sería el problema.

Ella le sonrió.

—No puedo evitar sentir que Freyja fue más mi madre que una hermana.

—Lo diré, Charlize. Estoy muy defraudado contigo.

—¿Qué? —graznó ella.

—Ya me has oído. Me siento estafado, engañado y ofendido.

—¿Por qué? —Ella se levantó y se acercó hacia él, dado que había vuelto a mirar por la ventana mientras le escupía esas palabras. Charlize le tocó el hombro y él se giró de inmediato. Ella se fijó en su ojo derecho. Un hematoma comenzaba a formarse ahí—. ¿Qué te ha ocurrido? —alzó la mano para tocarle el lugar y él dio medio paso atrás.

—Olvídate de eso ahora. Hay cosas más importantes que debatir, porque creí que teníamos la suficiente confianza para tratar cualquier asunto —apuntó el conde.

—La tenemos, eso y mucho más. Te convertí en mi confidente y armamos, con maestría además, los planes que hicieron que mis hermanas se casasen felizmente.

—¿Entonces por qué motivo he tenido que enterarme de tus escapadas nocturnas por otra persona, Charlize? ¿Por qué no me contaste que no querías participar esta temporada en Londres porque Rendow, no solo regresó meses atrás, sino que tuvo el atrevimiento de acorralarte en un jardín oscuro y que te hizo llorar? ¡No puedo protegerte si me excluyes! —le gritó, sin ser consciente de que lo hacía.

—¿Cómo...?

Cierto que había transitado por Londres cuando Caliope todavía no se había casado, y no lo había vuelto a hacer hasta hacía un par de días...

En cuanto a Rendow... Charlize comprendió de inmediato ese asunto, incluso mientras Aidan comenzaba a emitir la cuestión, las cosas se dibujaban claras en su mente.

—No, Charlize —la interrumpió—. No te atrevas a hacer la pregunta equivocada, porque no importa cómo o quién me lo ha contado sino ¿por qué? ¿Por qué no acudiste a mí? —le ladró con enfado.

Ella se envaró y levantó la cabeza para desafiarlo.

—¿No crees que puedo ser capaz de luchar mis propias batallas, Aidan? ¿De qué hubiese servido que te contase mis asuntos más privados si no podías hacer absolutamente nada para solventarlos?

—Me estás ofendiendo, Charlize. Puedo hacerlo y de hecho lo haré —sentenció con fuerza.

—No. No harás nada que yo no te pida —se reafirmó ella.

—Estás muy equivocada si consideras que el trato que te he venido dispensando desde que llegué a esta familia va a ser el mismo, pequeña bruja.

—Ah, pequeña bruja.... Esperaba algo más elaborado, como, por ejemplo: muchacha endemoniada. Al fin y al cabo la persona que ha venido a explicar mis... hazañas, suele calificarme de ese modo. Soy para él la endemoniada Charlize —precisó.

—Deja a Sutherland a un lado. Él tiene la culpa de tu negligente comportamiento.

—¿Qué lo deje a un lado cuando sé que ha sido él quien te ha contado que me entrevisté con Rendow para pedirle que me dejase en paz? Lo que no acabo de discernir es cómo se ha enterado tu preciado amigo de que estuve en el Angel and Demon hace dos noches. ¿Acaso el viejo Sutherland no tiene nada mejor que hacer que espiarme y vigilar cada uno de mis movimientos, además de venir a chivarse ante ti? ¿Se ha cansado ya de las cantantes de ópera y se encuentra falto de actividades y por eso me convierte en el centro de su vida? Puedo remediarlo, he casado a tres —levantó esa cantidad de dedos— hermanas, soy capaz de encontrarle una esposa, o tal vez sea mejor buscarle una amante. Sí, así se entretendrá y se olvidará de mí —le respondió ella igual de enérgica.

—Por amor de Dios, Charlize. ¡Eres tan inapropiada que es un milagro que todavía sobrevivas en sociedad! ¿Debe una joven educada hablar de buscarle una amante a mi mejor amigo? ¿Debe la hermana menor de mi condesa calificar a un duque de viejo, aunque él solo cuente con treinta años? Eres tan absurda que no comprendes que Sutherland se preocupa por mí, por mi familia, y que como tú vienes en el paquete, él se ha visto obligado a intervenir, por la lealtad y la profunda amistad que nos une.

—Pamplinas. Ese hombre me odia desde el mismo día que lo obligué a bailar conmigo para aprovecharme de su título y subir mi popularidad. Le escandalizo porque represento la juventud y la frescura que amenazaba con remover los cimientos de una sociedad encorsetada que en algún momento tendrá que cambiar. Es un duque, uno que se cree con el poder necesario para decretar leyes que los demás deben cumplir. Y lo ha logrado, ha conseguido mermar nuestra confianza, Aidan. Tú discutes conmigo y me cuestionas porque se lo has permitido.

—No, Charlize. No lo entiendes. Esto no es una competición o una carrera entre el duque y tú. ¿Qué crees que he sentido cuando mi mejor amigo se ha presentado en mi casa para arrojarme a la cara la poca atención que te dispenso y la falta de mi protección hacia tu persona? Por Dios santo, Sutherland me ha gritado. ¡Me ha gritado!

—Tú mismo me estás gritando... —musitó ella sin que él la atendiese.

—Me ha llamado cosas que tu oído no debería escuchar, solo le ha faltado retarme a duelo, te lo aseguro. ¡Me has hecho sentir estúpido, Charlize! Yo me jactaba de tenerte como aliada, ¿comprendes lo decepcionante que ha sido saber que el gusano baboso de Rendow te llevó a un jardín oscuro para hacerte llorar? ¿Qué te escapabas de casa para ir a lo que sospecho que debe ser un club de juego y a saber qué otras depravaciones? ¡Ha amenazado con llevarme a la corte si persiste mi conducta negligente hacia ti! —gritó con enfado—. Y ha tenido la

desfachatez de decirme que si yo te valorase lo más mínimo te hubiese mantenido en el campo, a salvo de Rendow y de ti misma.

—Insisto en que Sutherland no debería tener nada que decir al respecto —dijo con rabia y los dientes apretados—. No es ni mi hermano, ni mi padre y, gracias al cielo, no es mi esposo.

—Yo soy tu tutor. Yo soy la ley para ti. Tengo una esposa a la que cuidar, una hija a la que proteger de tus locuras, no vas a empeñar el futuro de Mary Jane. No volverás a causar una situación complicada entre Sutherland y yo. ¿Me has escuchado, Charlize?

—Me queda un mes para cumplir la mayoría de edad, *milord* —usó la formalidad para demostrar que si él estaba enfadado, ella lo estaba más—. En cuanto tenga los veintiuno, le pediré a Freyja mi dote y me verás desaparecer. ¿Te satisface eso, lord Ross y Luff?

—No, Charlize. Nunca he podido ocultar la debilidad que siento por ti. Mi propia esposa me regañaba por permitir que te salieses con la tuya cada vez que pedías mi mediación. Incluso la dejé fuera de los asuntos que tenían que ver con Caliope y Cleopatra porque tú me lo pediste. Tengo una responsabilidad sobre todos los que dependen de mí, tú incluida, y voy a cumplirla a toda costa.

—No sé cómo lo harás, Aidan. Has declarado que soy la destrucción personificada, que te sientes estafado, engañado y ofendido. Eso me suena a un repudio. Lo acepto. Tomé mis propias decisiones, consideras que he abusado de tu confianza y me quieres mandar a la luna. Lo acepto y lo asumo. En cuanto llegue mi aniversario...

—Vas a casarte, Charlize.

Ella frunció el ceño. Seguramente no lo había escuchado bien.

—Disculpa, ¿qué has dicho?

—Ya me has escuchado. La última vez que Rendow te rondó faltó muy poco para que acabases con tu reputación hecha girones. Fue el apoyo de Sutherland y el mío propio por lo que sobreviviste. También ayudó que descubrieses que el señor Robinson era en verdad un marqués y que tu hermana Caliope se casase con él. Estás muy bien rodeada por todos nosotros y te sosteneos socialmente, aunque tú te empeñas en dejarte caer. No pienso correr el riesgo de volver a verte sufrir de nuevo por una rata de alcantarilla que debió haber seguido en el exilio durante un siglo más.

—No —alegó ella con severidad.

Aidan se acercó a ella con una zancada amenazante.

—Te apasionan los jardines oscuros: hagamos memoria, Charlize. En tu primera temporada, Rendow te acusó de ir con él hasta el lugar que he dicho, luego te aventuraste en otro con el señor Gilmore hace dos años, y el año pasado regresaste de nuevo con el barón.

—En primer lugar, quedó claro que Rendow se había inventado todas las calumnias que dijo sobre mí. En segundo, el señor Gilmore tuvo que ayudarme con mi plan para casar a Caliope y nuestro encuentro fue del todo inocente. Y por si te interesa, no puedo decir lo mismo de Sutherland, él sí era peligroso para mí, porque tu mejor amigo ha adquirido la fea costumbre de estar pegado a mí, tanto que en las dos veces que me topé con él en un jardín... La primera trató de besarme y la segunda... —se dio cuenta tarde de que había hablado de más. Se había dejado llevar por las emociones, rabia sobre todo, y habló sin tan siquiera pararse casi a tomar aire.

—¿Qué? ¿Qué sucedió con Sutherland? ¿Te tocó? ¿Te besó? —la interrogó con ansia.

—Nada —respondió ella rápidamente. Era humillante confesar que había sentido los labios de él en su pelo, sobre su cuello y que le había suplicado que la besase y que él decidió no hacerlo.

Aidan la miró con fijación.

—Sutherland ha pedido tu mano y yo se la he concedido —desveló al fin.

Los hombros de Charlize se aflojaron, su respiración, que había sido agitada, se mesuró.

—¿Sutherland?

—Sí —sentenció cortante.

—No puedo...

—¡Charlize! —exclamó su nombre como un aviso para que se silenciase.

—No, no me mandarás callar, milord. Rendow me rompió el corazón en mil pedazos porque se lo di todo, todo lo que tenía, confié en él, con todo mi espíritu y me falló. —Dolía inmensamente reconocer eso después de tres largos años—. Me dejó el alma fracturada y dudo mucho que logre sanar alguna vez. Así que escúchame con atención, porque te lo diré una única vez y es que prefiero mil veces más casarme con ese villano que jugó connmigo, antes que hacerlo con el viejo Sutherland —afirmó ella con ira.

Vio que Aidan se colocaba una mano en la frente mientras agachaba

ligeramente la cabeza, estaba negando.

Se escuchó un carraspeo a espaldas de Charlize. Ella cerró los ojos. El día había empezado mal y tenía la sospecha de que terminaría todavía peor.

Se giró con cautela. En la puerta, que estaba abierta, figuraba Freyja. Hasta ahí todo bien. El problema era que su hermana no se había presentado sola. La acompañaba el duque de Sutherland, quien estaba justo un paso por detrás. No le hizo falta recordar las palabras que acababa de espetarle a Aidan en un ataque de furia, que por otro lado ella consideraba justificado.

¿Cuándo se había abierto la puerta? ¿Ella la había cerrado al acceder al despacho?

El silencio era tan tenso que se podía cortar con un cuchillo. Era imposible enmendar una situación tan desagradable. Así que Charlize hizo lo que mejor se le daba: intervenir con valentía.

Buscó los ojos del duque de Sutherland, quien la miraba con el rictus severo y no había emitido ni una sola palabra.

—Supongo que todo este enredo acaba de solucionarse —alegó ella, considerando que el duque no la querría ni mirar después de lo que había dicho a viva voz. A continuación se dio la vuelta, le hizo una brillante reverencia a lord Ross y Luff, y acto seguido se dispuso a salir de la habitación con la cabeza bien alta. Pasó por el lado de Freyja y del duque y no les ofreció ninguna despedida. Los dejó atrás sin mirarlos.

—¿Qué hace él aquí, Freyja? —preguntó Aidan con relación a Sutherland.

—No ha sido fácil traerlo, pero me conoce y sabe que lo hubiese obligado a venir cogido de la oreja en caso de haber sido necesario

—Te dije que no quería verte hasta el día de la boda —le ladró el conde a su amigo.

—Y yo te pedí que no intervinieses, ni que le dijese nada a ella sobre mis planes y te ha faltado tiempo para ponerla en mi contra. ¿Tanto te duele que no haya sido sincera contigo que has tenido que desbaratar toda mi estrategia? —inquirió el duque.

—No estoy de humor, Sutherland. Vete por donde has venido.

—Créeme, si tu esposa no hubiese sido tan insistente no me habrías visto el pelo por aquí. Lamento haber venido, no te haces una idea. —escuchar hablar así a Charlize había sido duro.

—De acuerdo —tomó la palabra Freyja—. Yo no iba a quedarme al margen tras saber que mi esposo y su mejor amigo habían llegado a los puños. Exigía una respuesta y creo que estoy atando cabos.

—No ha sido tan grave como lo pintas, mujer —ladró Aidan, sabiendo que acababa de mentir.

—¿No? ¿Por eso tú tienes un ojo ennegrecido y él la mandíbula amoratada? —razonó la condesa.

—Deja las cosas como están, Freyja —le dijo él, todavía desde su posición cerca de la ventana.

—No, mi amor. Así que... ¿Sutherland? —Usó su título a modo de pregunta, mientras se colocaba a un lado de la puerta para ofrecerle el paso al duque y que él entrase.

—Debería irme... —musitó el amigo de lord Ross y Luff con cierta inseguridad.

—No. Vais a contarme lo que ocurre de inmediato o la que irá a buscar una escoba y os atizará con ella, seré yo.

Hubo un silencio tirante. El duque y el conde intercambiaron una mirada, dura, por supuesto. Aidan resopló.

—Te lo resumiré, Freyja —tomó la palabra su esposo—. Sutherland se encaprichó de Charlize, tal y como supe que ocurriría cuando la conoció pese a que él lo negaba constantemente, y se las ha arreglado para casarse con ella.

—Así que de eso se trata... —musitó la dama, mientras le daba un empujón nada sutil al duque para obligarlo a entrar en el despacho. Este se dejó llevar y accedió a la estancia. La condesa de Ross y Luff cerró la puerta.

El duque se quedó cerca de la puerta de salida. Hacía unas pocas horas que había tenido una pelea descomunal con Aidan y no deseaba volver a enzarzarse en una nueva. Seguramente el servicio había avisado de lo sucedido a Freyja y por eso ella se había presentado en su casa para exigir la reconciliación inmediata entre ambos. No pudo negarse. Todas las Archer eran mujeres de armas tomar.

Por su parte, el conde se quedó en el mismo lugar en el que había permanecido mientras había hablado con Charlize, junto a la ventana.

Freyja fue la que se quedó de pie, a medio camino entre ambos.

—¿Y bien, Sutherland?

—Estoy dispuesto a casarme con lady Charlize —le respondió a Freyja.

—Ah —apuntó ella sin saber qué más decir al respecto—. ¿Aidan? —buscó la intervención de su esposo.

—Ya lo has escuchado.

—¡Madre del amor hermoso!, así que no apruebas que tu mejor amigo se case con tu hija.

—¿Disculpa? —El conde frunció el ceño. También lo hizo el duque.

—Siempre has tratado a Charlize como a una hija. Has hecho algo que sabes que resulta impensable, pelearte con él —señaló a su mejor amigo— pues Sutherland y tú sois como la cuerda y un cubo de un pozo.

—Es una comparación extraña —opinó el conde.

—Así que —continuó ella sin darle crédito a lo dicho por su esposo— para que dos amigos que llevan prácticamente toda la vida juntos, que saben lo peor el uno del otro, se hayan agredido, ha debido producirse una circunstancia tremendamente infernal. He escuchado a mi hermana hablar justo antes de que se marchase a toda prisa, no repetiré sus palabras porque considero que no he sido la única que ha entendido la retahíla. Así que... ¿alguna indicación más?

—No —negaron al unísono tanto el conde como el duque.

—De acuerdo, daré mi opinión al respecto. Sutherland la ha mancillado y por eso se ha ofrecido a casarse con ella —dijo Freyja al fin.

—No es eso —afirmó el duque con irritación. Precisamente había actuado para evitar consecuencias indeseadas.

—¿Entonces? —interrogó lady Ross y Luff.

—Deja las cosas así, Freyja —le recomendó Aidan.

—No me habrías mirado dos veces si yo fuese esa clase de mujer —lo reprendió.

—Quiero casarme con ella —intervino el duque una vez más.

—A mí no tienes que convencerme de nada, es a tu mejor amigo al que has ofendido con tus intenciones —le tuvo que recordar la condesa a Sutherland.

—La desea —concluyó al final el conde—. Tanto como para haber venido a verme a fin de advertirme que no sabe cuánto podrá controlarse.

—Comprendo. —Así que Freyja había tenido razón en su suposición, era un asunto delicado. Miró a Sutherland para preguntarle—: ¿Le has dicho que la amas?

—No. No le hubiese pegado si así fuese —intervino Aidan molesto.

Haber escuchado a su amigo confesarse de ese modo lo alteró, pero no fue nada como cuando empezó a explicar que Charlize necesitaba casarse con él por el bien de la humanidad y del de ella misma. En honor a la verdad, el conde de Ross y Luff, no sabía qué le dolía más, que su amigo le relatase el modo tan crudo con el que deseaba a la hermana pequeña de su esposa, hasta el punto de no estar seguro de si podría contenerse la próxima vez que pudiese besarla, su acusación de negligencia o todo lo que le relató que ella había hecho sin que él estuviese al corriente de sus *corredurías* nocturnas y con Rendow. En algún punto de la conversación todo saltó por los aires y de pronto estaba el uno agarrando del cuello al otro. Pero, maldita sea, el que había sido hasta el momento su mejor amigo tenía razón, si no la casaba con alguien que la cuidase, quien además le daría el título de duquesa, el bastardo del barón Rendow trataría de seducirla, hacerle daño o tenderle una trampa peor que la que se le ocurrió la primera vez que buscó forzar la mano de Charlize. Ella estaría mejor casada con Sutherland, aunque Aidan quisiera estrangularlo por haberle revelado los ardientes deseos que le provocaba, incluso le dijo que soñaba con ella por las noches y que... ¡Dios! ¡Era Charlize! Ciertamente que ambos habían hablado de cosas más delicadas a lo largo de sus años de amistad, pero... ¡Era Charlize! Freyja tenía razón, ella no era solo la hermana pequeña de su esposa, era como una hija para él.

—De acuerdo —alegó la condesa. Luego se dirigió a la puerta para marcharse.

—¿Te vas? —la frenó Aidan.

—Sí. Ya he averiguado lo sucedido y confío en que liméis vuestras asperezas sin que yo tenga que volver a intervenir —los avisó—. Os concederé una semana como máximo.

—¿No te importa que él desee a Charlize?

—Sí, pero conozco, al igual que tú, a mi hermana menor, tanto como lo hace Sutherland. No es cuestión baladí recordar que él la apodó la endemoniada Archer, un apelativo del que ella se siente especialmente orgullosa. Así que Charlize luchará su propia batalla y Sutherland tendrá que demostrar su valía. Además, antes de amarme a mí, tú me deseaste. ¿Vas a negarlo? —El conde afirmó con la cabeza tras gruñir. Ella se giró para mirar al duque—: ¿Vas a pelear por ella o prefieres hacerlo de nuevo contra mi esposo?

El duque asintió con conformidad, avanzó hasta la puerta y se fue. Freyja también se marchó de allí.

Aidan, por el contrario, se sentó en la silla, tras su escritorio y trató de trabajar.

No logró concentrarse.

Desde que la conoció, supo que Charlize Adelaida Archer le traería muchos problemas cuando alguien se fijase en ella y decidiese que la quería a toda costa. Lord Ross y Luff no contó con que ese hombre sería su mejor amigo.

La situación no podía ser más nefasta de lo que ya era.

¿Por qué tenía que haberse convertido Charlize en una mujer a la que los hombres deseasen?

La prefería pataleando y haciendo pucheros porque Freyja no la trataba como a una igual.

Capítulo 2

Charlize no había tenido una discusión con Aidan jamás. Nunca. Jamás se habían enemistado o habían tenido diferentes puntos de vista.

No podía pensar con claridad. La que se sentía estafada y colérica era ella. En vez de regresar a su habitación o pedirle a alguna doncella que la acompañase a dar un paseo, tal y como marcaban las reglas que debía hacer, ella cogió su abrigo de lana verde, se lo colocó y salió por la puerta principal. Necesitaba aire, precisaba aclarar sus ideas o comenzaría a gritar. Le había faltado bien poco para ponerse a patalear y decirle a Aidan que lo odiaba.

Nunca podría odiarlo. Era imposible hacerlo. ¡Aaaarg!, pero sí que tenía ganas de... de... ¡De algo!, aunque no sabía de qué.

¿Sutherland? ¿El viejo Sutherland?

¿En qué diantres había estado pensado Aidan? ¿Habría bebido?

Charlize chasqueó la lengua. El conde no era dado a disfrutar del buen licor más que en contadas ocasiones...

¡Dios!

El rostro de él mientras la miraba, mientras la juzgaba y le echaba encima todas sus faltas... Le dolió el corazón tanto... ¡Había defraudado a Aidan!

No era ninguna tonta, sabía que si alguna vez se enterase de sus escapadas nocturnas él se preocuparía pero... ¡Se había excedido!... ¿no? Y luego estaba lo de Rendow... Parecía que Aidan quisiera matarlo porque la hizo llorar.

¡El viejo Sutherland y sus innecesarias intromisiones!

Charlize se detuvo en medio de la calle. Un carruaje pasó por su lado, el caballo bufó y se encabritó.

—Así estoy yo ahora mismo —le dijo al animal, mientras lo observaba

seguir su camino.

Charlize irguió la espalda y dejó de andar hacia adelante para volver atrás. Iba a decirle un par de cosas al duque. ¡Oh, sí! ¿No era ella la endemoniada Charlize? Le demostraría lo acertado que estuvo al darle ese sobrenombre.

Comenzó a caminar de regreso hacia su casa.

Justo cuando se disponía a entrar, vio que el duque de Sutherland salía. La joven detuvo el paso y se quedó quieta mirándolo con atención.

El duque de Sutherland la había visto nada más poner un pie en la calle. Ese era el efecto que la maldita pupila de Aidan tenía sobre él. No había podido mantenerse lejos de ella desde que la conoció, y no fue por falta de esfuerzo. Se dijo a sí mismo que ella era demasiado joven, demasiado testaruda, demasiado impulsiva, demasiado... ¡todo!

Desde la entrada de la residencia de su mejor amigo, Sutherland enfrentó la mirada femenina y alzó una ceja ducal en señal de pregunta. La respuesta de ella fue cruzar los brazos sobre su pecho y ponerse a repiquetear con el pie sobre el pavimento.

Él rodó los ojos y descendió las escaleras hasta llegar a su posición.

—¿Qué? —le preguntó Sutherland.

—¿Qué? ¿Eso es lo que se te ocurre preguntar, *Su Gracia*? —Charlize usó el título con retintín.

—Supongo que debes tener muchas preguntas y este no es el lugar indicado para mantener una conversación. Como de costumbre, sales de casa sin la debida escolta y no puedo ofrecerte mi brazo para que demos un corto paseo. ¿No entiendes que siempre debes llevar contigo a una doncella, Charlize?

—¿Y tú no comprendes que estoy tan enfadada que me importa un par de viejos zapatos la decencia ahora mismo, Sutherland? —replicó la joven.

El duque suspiró, la cogió del antebrazo, paró un carruaje, le dio un par de monedas al cochero y le pidió que diese vueltas hasta que él se lo dijese. Luego abrió la portezuela y le hizo una reverencia para que Charlize se metiese dentro.

—¿Puede su majestad entrar? —preguntó con severidad.

Le tocó el turno a ella de suspirar.

—Acabas de poner en entredicho la necesidad del decoro, has señalado que

no podemos dar un paseo porque no cuento con una carabina y me estás pidiendo que me meta en un carruaje... ¿Entiendes la contrariedad del asunto, duque?

—Sube y no te preocupes tanto, hazlo antes de que Aidan pueda vernos desde alguna ventana, o de lo contrario los dos estaremos metidos en un buen lío. Además —siguió diciendo él, al tiempo que ella le cogía la mano para subir al interior del vehículo—, he demostrado antes que sé negarme a tus deseos cuando me solicitas cosas indebidas. —Sutherland supo que no había hecho bien al decir eso último justo cuando ella ya estaba sentada, porque de inmediato se levantó decidida a marcharse de allí. Por supuesto que el duque era consciente de que no debía irritarla y, sin embargo, era incapaz de contenerse.

—Déjame bajar, Sutherland —le exigió, dado que él estaba en medio de la salida, cerrando ya la puerta.

—Deberías molestarte por cosas importantes, no por tonterías. No obstante, comprendo que no tienes la edad suficiente como para diferenciarlas.

—O me permites bajar o... —No pudo terminar la frase, el duque le dio un empujón nada delicado y la dejó sentada sobre el asiento. Ella se quedó asombrada por el gesto tan inesperado. Sutherland era muy comedido y no solía actuar de ese modo.

Charlize decidió dejar de luchar, se acomodó con cierta dignidad, eso era sentada completamente erguida y con el mentón en alto. Tenía ganas de comenzar a dar rienda suelta a su malhumor, aunque sabía que no debía hacerlo.

Lo más sorprendente de la situación no fue que el duque le hubiese dado un empujón. No. Eso fue secundario. Lo más inesperado sucedió cuando él corrió las cortinas de las ventanas y se sentó justo a su lado. Con una de sus piernas rozando la derecha de ella.

Charlize se movió discretamente para huir de su contacto y él la imitó, de modo que se quedaron el uno muy junto al otro.

—¿Esto es una lección, Su Gracia? —No logró permanecer más tiempo en silencio y usó la formalidad.

—Necesitas muchas, pero ahora mismo no pretendo adoctrinarte.

Ella lo miró con suficiencia.

—No niego que tiene usted la suficiente edad como para ser mi abuelo, así que lo considero con cierta... sabiduría, Su Gracia. No obstante, debo advertirle que no espere mucho de mí. Fui desde siempre una aprendiz horrorosa. —A Charlize le pareció que seguir hablándole con suma etiqueta era lo adecuado.

—No sabes nunca cómo debes comportarte ni tienes el don de la oportunidad —dijo porque le molestaba que ella emplease la formalidad a modo de escudo—. Así es cómo deberías tratar a todos los que te acompañan a un jardín oscuro, pequeña arpía, con etiqueta. O mejor aún, no deberías escabullirte para tener citas clandestinas. En cuanto a ser tu abuelo... Me he informado bien, alcanzarás la mayoría de edad en breve y yo acabo de abrazar los treinta. La buena sociedad consideraría, en su mayor parte, que tanto el uno como el otro tiene la edad debida, aunque tal vez muchos opinen que eres tú la que es demasiado vieja para mí. Como bien sabrás, lo natural es que las muchachas se casen a los dieciocho. Siento decírtelo, a estas alturas debes estar considerada, por un buen puñado de nuestros congéneres, como una solterona.

—No pienso rebajarme a contestarle, Su Gracia. Le recomiendo que me diga de una buena vez lo que deba, me deje en la seguridad de mi hogar y se marche a casa para ponerse un paño húmedo, linimento o lo que necesite para atender el feo moratón que mi estimado Aidan le ha provocado. A su edad, no es bueno dejar de atender sus dolencias, podrían empeorar.

—Siento ganas de hacerte callar con un beso, de estremecerte con mis caricias, pero eso son premios, y no recompensaré tu actitud, Charlize. Lo tendrás cuando te lo ganes.

—¡La desfachatez misma! —exclamó con un graznido, al tiempo que se ponía de pie para saltar al asiento de enfrente.

El duque estuvo rápido y nada más se levantó, le dio un tirón y se la colocó sobre el regazo. Ella comenzó a luchar contra él.

—¡Suéltame de inmediato! —se le olvidó mantener el trato formal.

—Estate quieta, Charlize, porque si no paras de retorcerte sobre mí, te aseguro que provocarás algo que no vas a poder remediar y con lo que, definitivamente, no sabrás lidiar.

La joven le dio sentido a sus palabras. Así que de pronto sintió una dureza bajo su trasero. Se quedó quieta de inmediato y se avergonzó.

Sutherland emitió una sonora carcajada al verla tan silenciosa y sonrojada. Ella se tensó y gruñó.

—Aidan te matará por esto.

—¿Sí? ¿Qué le dirás? ¿Qué me llevaste a la locura y que te avergonzaste cuando me hiciste despertar? —inquirió en clara alusión a su potente erección.

La mantenía bien cogida para que no tratase de escapar. Ella no osaba moverse. La humillación de la situación la tenía llena de rabia.

—En absoluto, lo hará cuando tú vayas a visitarlo para darle el informe semanal sobre mis movimientos. ¿Qué te he hecho yo para tengas que martirizarme por puro placer, Sutherland? ¿Era necesario enfadarte con Aidan por mis acciones? ¿Qué importancia tiene lo que haga? ¿Tanto me desprecias como para enfrentarme al hombre más importante de mi vida? —preguntó con humildad.

—¿Más importante de tu vida? ¿Aidan? —dijo con dureza—. Tenía entendido que tu corazón no sanará jamás mientras Rendow no se coloque en una cruz, a la vista de todos y llore lágrimas de sangre en tu nombre, al tiempo que te pide mil y una disculpas.

Ella le sonrió.

—No lo has entendido bien, Sutherland. Rendow puede venir sosteniendo el mundo entre sus manos, postrarse a mis pies al tiempo que me lo ofrece en señal de adoración y yo lo mandaré al infierno.

—No ha sido eso lo que he escuchado en casa de tu tutor, Charlize.

—Lo que allí he dicho, Su Gracia, es que aunque odio a Rendow, antes de aceptar algo de usted, preferiría tener que lidiar con él. —No quería hablar de matrimonio.

—Ah, así que lo que sigues sosteniendo es que yo estoy por debajo de un hombre que te arrastró por el barro.

—Interprételo como desee —apuntó ella con convicción.

Él la miró de un modo muy significativo. Ella tembló de la cabeza a los pies, aunque se cuidó bien de no dejar que el duque se diese cuenta de su efecto.

—Entre el barón y yo, siempre estaré por debajo... ¿No se me concederá ni una pequeña distinción por haberlo apartado de tu camino durante algunos años? ¿Ni tan siquiera por haber bailado contigo mientras todos te apuntaban con el dedo alegando a que habías caído en desgracia? ¿O por haber ayudado en mayor o menor medida en tus planes con respecto a tus hermanas?

Ella se enfurruñó.

—¿Qué es lo que quieres, Sutherland? ¿Mi agradecimiento?

—No. No me vale solo con eso, Charlize.

—Entonces, ¿qué?

—Quiero lo que tiene Aidan —resumió con concisión.

—¿Una esposa amorosa que lo adore?

Él no lo había dicho por ese motivo exactamente. Lo que deseaba era que ella lo admirase y observase del mismo modo que a su amigo, que tuviese una confianza ciega en él y que se preocupase por si alguna vez lo hacía enfadar o lo defraudaba, aunque lo de la esposa amorosa que lo adorase era algo muy parecido también...

—Sí.

—Muy bien. Puedo hacerlo —afirmó con seguridad.

—¿Puedes? —dijo con gran sorpresa. Frunció el ceño... ¿Así, sin más, lo asumía ella? ¿Con solo un abrazo y pegarla a su torso Charlize era capaz de aceptar su destino?

—Por supuesto que sí.

—¿Sí? —El corazón de él latía demasiado fuerte, aunque no era nada en comparación con lo fuerte que palpitaba su virilidad Tenerla encima era una dulce agonía. Aunque lo fundamental era que no se podía creer lo rápido que había logrado su cometido. Tendría que repasar lo dicho para hacer una buena síntesis a fin de recordar lo bien que la manejaría si aprendía el truco. ¿De qué había hablado? Ah, sí. De hacerla callar con besos y luego premiarla con caricias, para acabar colocándola sobre su regazo. Todo ello aderezado con una dosis de autoritarismo ducal

¡No fallaba!

Ella estaba igual de fascinada con él.

—Será fácil. A pesar de que eres un poco más mayor de lo que una muchacha joven busca, no se puede negar que eres...

—Charlizeeee... —se quejó él porque ella volviese a ese asunto de su supuesta avanzada edad.

—No te disgustes, estamos avanzado , Sutherland. Estaba a punto de decirte que eres apuesto.

—¿Soy apuesto? —Sabía que era un ejemplar varonil adecuado. Hasta el momento, ninguna de las mujeres de las que había disfrutado se había quejado de su aspecto, pero también era cierto que les pagaba generosamente para que les dedicasen su tiempo. Era lo

que tenía no estar casado y buscar una amante que le diese alivio cuando lo necesitaba. No había sido demasiado libertino, y siempre se enorgullecía de su discreción.

—No hagas como que no lo sabes —lo regañó.

—Muy bien sigue —apostilló complacido.

—Creo que es en gran medida tu título lo que te hace brillante, como un gran diamante. Ser un duque te presenta como un hombre al que muchas damas codician. —Ella se detuvo y lo miró con intensidad.

—No te detengas, vas muy bien. Sigue hablando de lo fantástico que soy —aludió muy arrogante.

—Tus ojos, cuando no estás enfadado o tirante, se ven muy... cálidos. Sí, desprendes calidez. Los de Aidan siempre se aprecian fríos, salvo cuando aparece Freyja.

—Olvídate del tonto Ross y Luff —protestó—. Sigue hablando de mí. —Evitó decirle que no era calidez lo que ella estaba observando en su mirada, era pura lujuria.

¡Maldición!

Ya le había dicho a su amigo que no podría contenerse demasiado tiempo, que sería mejor sacar una licencia especial, hacer un indecente donativo económico a las arcas eclesiásticas y celebrar la boda, puesto que un hombre de Dios bien pagado aceptaría, ante la insistencia de un duque y un conde, celebrar el enlace por mucho que la novia se mostrase terca. En fin, no debería haberse encerrado con ella en un carruaje... ¡La deseaba con todas sus fuerzas!

—El color verde de tu iris está bien. Precioso, por cierto. No me había fijado en lo grandes que son tus ojos. —Charlize levantó una mano y la llevó hasta su mejilla para ladearle el rostro a la derecha y a la izquierda. Él se dejó manejar a su antojo—. Aquí tienes una imperfección. ¿Tu ayuda de cámara no sabe afeitarte? —bromeó ella. Deslizó el dedo índice por un pequeño surco—. Y luego está esto. —Pasó con suma suavidad la yema de los dedos por encima del hematoma que comenzaba a ser más que evidente—. ¿Por qué te has peleado con Aidan, exactamente?

—Una tontería. Sigue con tu escrutinio —dijo embobado. Era una delicia que lo tocara y susurrara cosas buenas sobre él.

—Hablemos de tu pelo. Es cobrizo como el mío, pero más brillante. Lo llevas más largo de lo que se acostumbra. —Por descontado que ella estaba acariciando sus mechones con ambas manos—. Uhm... Y muy sedoso, no sé qué clase de potingue te pones, si es cera o limón diluido en agua, pero tiene un aspecto fantástico, yo no logro domar mi melena.

—Más —ronroneó él. Ella estaba tan atenta haciendo su evaluación que parecía no ser consciente del enorme placer que le estaba provocando al duque.

Los toques de Charlize se movieron hasta otro punto de su persona.

—Oh, las orejas —dijo con cierto lamento, después de hacer un examen que Sutherland sintió como una caricia impresionante.

—¿Qué sucede con mis orejas?

—Son demasiado grandes. Tampoco me había dado cuenta antes. No es atractivo. Unas orejas grandes no son adecuadas. ¿Qué haremos con ellas? —decía al tiempo que masajeaba los lóbulos con un par de dedos—. Ya sé, colocaremos tu pelo así —Ella cogió un par de mechones y los pasó sobre las orejas—. Ya está, ya no se ven tan monstruosas.

—Mis orejas no son monstruosas —masculló él.

—No te enfades, por ahora solo me he quejado de tus orejas. Deberías estar satisfecho, mi evaluación concluirá más que satisfactoriamente.

—¿No vas a decir nada sobre mi boca?

Los ojos de Charlize se dirigieron hacia ese punto. No tuvo en cuenta lo inapropiado de la situación, porque si había sido malo examinarlo con tanto descaro y acariciarlo de ese modo tan íntimo, mirar sus labios era el colmo de lo escandaloso.

—Pecaminosa —musitó—. Siempre lo he pensado de ti. —Ella se rio con ligereza—. Tus labios son muy gruesos, se ven deliciosos, Sutherland, si quieres saber mi cruda y sincera opinión, lo malo es que cuando hablas...

—¿Qué sucede cuando hablo? —preguntó curioso.

—Todo se tuerce. Es porque eres un duque, estoy segura. Has debido hacer tu santa voluntad desde que estuviste en la cuna. Exudas autoridad —ella torció el gesto—. Tengo que admitirlo, ese punto ducal que te hace a veces agrio y estirado también llama la atención. Resultas contradictorio, Sutherland. Duro pero cálido a la vez. Fue fácil catalogar a Aidan en su momento, era un corazón helado con una mirada todavía más gélida. Supe que era el indicado para...

—Olvídate del conde —lo ordenó demasiado brusco. Carraspeó—. Mejor sigue comentando lo pecaminosos que son mis labios.

Los dedos de la mano derecha de Charlize se deslizaron por su boca. La otra estaba colocada sobre su nuca, le acariciaba distraídamente los mechones de pelo que le

caían por ahí. Había algún tipo de hechizo o algo similar, porque ni su exabrupto con respecto a Aidan había logrado romper el embrujo en el que había caído.

—Me fascinan tus labios —dijo con la mirada fija en ellos.

—¿Crees que soy un excelente partido cuya boca te fascina? —murmuró él sobre sus dedos.

—Síííí —afirmó sin dejar de admirar la boca de él.

—¿Fue por eso por lo que rogaste por mis besos aquella noche, Char? —Necesitaba la confirmación de que todavía ansiaba conocer el sabor de su lengua, saber lo que implicaría ser besada... besada *por él*.

Sutherland se dio cuenta de que acababa de cometer un error imperdonable en cuanto ella dejó de tocarlo de inmediato y se echó para atrás. Su semblante cambió de pronto, aunque él la retuvo para que no saliese de su improvisado abrazo.

—No acortes mi nombre, no me gusta que lo hagan. Mi madre decidió llamarme Charlize y pretendo respetar sus deseos.

—Está bien, Charlize —se rectificó de inmediato.

—Ahora te pediría, por favor, que me sueltes para poder sentarme en un lugar más adecuado.

—Te he ofendido. —No era una pregunta.

—No —respondió ella de todas formas.

—Estábamos avanzando. No quiero que se estropee.

—Ya he decidido que lo acepto, Sutherland.

—¿Lo aceptas? —preguntó con una sonrisa.

—Sí. Insisto en que guardemos la compostura. Sé que no hemos respetado las normas sociales durante la presente conversación, no obstante, considero que estamos a tiempo de remediarlo. ¿Puedes soltarme para que me siente como se espera que lo haga?

—Nadie espera que estés guardando la compostura —usó las mismas palabras que ella—, cuando viajas en un carruaje a solas con un caballero que te tiene sentada sobre tu regazo. Además, acabas de decir que lo has aceptado, así que no hay nada malo en la manera en la que estamos sentados.

—Desde luego que la hay. Y es precisamente porque *lo he aceptado* — puntualizó con interés—, por lo que debemos ser cautos, Sutherland.

Él suspiró lleno de frustración. Había esperado acabar besándola, pero de pronto ella se había puesto *decorosa*. De acuerdo. Si pretendía ser un esposo adecuado debería comenzar a respetar la opinión de su futura duquesa.

La soltó de su abrazo y ella saltó hacia el asiento de enfrente. Él apretó los dientes. ¡Tenía una verdadera necesidad! Estaba tan duro y caliente que el infierno a su lado se vería como un lugar blando y fresco.

—Quiero una boda rápida —le indicó. No veía más allá de ella tendida sobre sus sábanas, en su cama, con esa melena leonina suelta que él domaría con sus propios dedos, mirándola a los ojos y observándola mientras Charlize le devolvía la mirada llena de lujuria.

—¿Cómo de rápida?

—Me casaría esta misma tarde si pudiese hacerse —le confesó.

—Oh. Eso es demasiado pronto. No hay tiempo efectivo para poder prepararlo todo. Es imposible.

—Solo es preciso que la novia figure a mi lado.

—Sutherland —usó su título con un tono dulce. Era la primera vez que él la escuchaba dirigirse a él de ese modo. Prometedor. Podría acostumbrarse siempre a escucharla dirigirse a él por su título de ese modo aunque no emplease su nombre de pila.

—¿Qué? —preguntó mansamente.

—Comprendo muy bien que has retrasado en demasía la... producción de un heredero.

—¿Ya estás diciendo que soy un viejo? —aprovechó para preguntar, mientras ella estaba seleccionando cuidadosamente lo que pretendía decirle.

—No —negó.

—Yo diría que sí —refutó él.

—No te haces más joven a cada minuto que avanzan las agujas del reloj.

—¡Ya estamos otra vez! —se molestó él.

—Escúchame. Todo será maravilloso si lo dejas en mis capaces manos.

—¿Qué? —Algo se había perdido. ¿Ella acababa de insinuar que la *producción* de un heredero sería mejor si él se encomendaba a ella para darle la batuta que dirigiría su encuentro íntimo? Aunque no era adecuado pensar de ese modo, el hecho de cederle el control se le antojaba por una vez novedosa. Estaba acostumbrado a ordenar y sus amantes se limitaban a seguir sus instrucciones. Además, le agradaba hacer una cosa con ellas que... ¿lo aceptaría Charlize? La enseñaría a disfrutar de sus propios caprichos.

Interesante....

¡Un momento!

¿Ella tenía *formación* con respecto a las relaciones que tenían lugar entre un hombre y una mujer desnudos? Si a Rendow se le había ocurrido la locura de seducirla, ese barón acabaría remando en galeras.

—Puedo hacerlo si confías en mí, Sutherland —le dijo con la esperanza reflejada en sus ojos.

—¿Me estás pidiendo que...?

—Que confíes en mí —lo cortó al percibirlo extraño, como si no supiese qué más añadir—. ¿Tan increíble sería hacerlo? —No le dio tiempo a responder—. Soy muy consciente de que nunca nos hemos llevado bien y ya puestos a sincerarnos, debo decir que era demasiado divertido hacerte enfadar y que fueses mi pasatiempo preferido cuando me aburría, pero eso no quiere decir que no quiera ayudarte. —Ella suspiró de nuevo—. Además, si hacemos esto juntos, tú y yo...

—No hay otra manera de hacerlo más que juntos, Char. —Ella levantó una ceja. ¡Dios, que gran duquesa sería! Él carraspeó—. Quiero decir... Charlize. —La dama le sonrió.

—Lo haré por ti, por supuesto, porque como antes has dicho, te has portado siempre muy bien con mi familia.

—¿Solo con tu familia? —la azuzó él.

—Está bien. Al margen de nuestras rencillas, sé que puedo contar también con tu protección. Así que todos ganamos con esto. Tú, por descontado, porque te prometo que tendrás un matrimonio y a una esposa encantadora.

—Cuento con ello —le dijo mientras le sonreía con afabilidad.

—Eso sin olvidar un formidable bebé que asegurará tu título.

—No veo la hora de que llegue ese día. —Sí. Del nacimiento también, pero prefería centrarse por el momento en *fabricar* al heredero.

—Y lo más importante de todo, Aidan dejará de estar enfadado con nosotros. No puedo soportar la idea de regresar a casa y volver a tener una fea pelea. ¡Estoy deseando contarle nuestros planes! —exclamó llena de alegría.

—Soy de índole celoso, Charlize —la avisó.

Desde el principio había sido testigo de esa relación tan peculiar que mantenían su mejor amigo y la hermana pequeña de su condesa, sin embargo, era complicado tener que competir con él por la atención y admiración de Charlize. ¿Cómo lo soportaba la esposa de Aidan? Freyja lo amaba, por supuesto, era su fe ciega en él lo que hacía que ella no se sintiese celosa. De acuerdo, lady Ross y Luff se había referido a términos parentales cuando calificó lo que mediaba entre Charlize y su marido...

Seguro que no tenía de qué preocuparse.

¡Pero no le gustaba que su prometida se refiriese con tanta admiración, y cada rato, a Aidan!

Ante el comentario en que el duque había aludido a los celos, ella agitó los hombros.

—Todos los caballeros son celosos. Si mides bien el alcance de esos sentimientos y los controlas, creo que tu esposa se sentirá admirada. Ya sabes, a las mujeres nos gusta saber que somos lo primero para nuestros hombres.

—De acuerdo, lo intentaré —prometió solemne.

—¿Entonces estás conforme en que tenemos que empezar lo antes posible?

—¿Empezar? —Su entrepierna dio un brinco al imaginarse que ella pudiese estar refiriéndose a *fabricar* un precioso bebé.

—Sí. Cuanto antes Aidan conozca nuestros planes, antes nos perdonará. Me siento horriblemente mal desde que entré en ese despacho y lo vi mirarme de ese modo. Nunca, hasta la fecha, había sido duro conmigo. También es verdad que todo fue culpa tuya, por chivarte de mis actividades. —Ella negó con la cabeza—. No importa. Todo eso es anterior a nuestro trato. Lo importante es que Aidan vuelva a...

—Charlize —la interrumpió él—. ¿Es muy importante Aidan para ti? —

preguntó, pese a saber la respuesta a esa pregunta.

—Por supuesto que sí. Es mi referente masculino. Nadie estará nunca a su altura, y además es...

—¿Ni tan siquiera yo? —inquirió con cierta inseguridad.

Ella suspiró.

—Creo que si me permites aconsejarte sobre alguna que otra pequeñez, puedes mejorar mucho tu carácter. Pronto estarás siguiéndole la estela a Aidan. Y si pones mucho empeño, posiblemente logres incluso eclipsarlo. Aunque será muy difícil —admitió.

Sutherland se sintió pletórico con esa observación. Bien, no era lo mejor, pero era un comienzo significativo.

—De acuerdo. Hablemos pues de la boda.

Charlize hizo un aspaviento.

—Sí, sí. Eso lo haremos en cuanto hablemos de tu prometida.

—¿Qué? —Se había perdido algo.

—Comprendo que estés ansioso por casarte.

—Muchísimo —concordó él.

—Pero antes que preparar una boda, que no debería ser apresurada...

—Una semana.

—¡No se pueden leer las amonestaciones en una semana! —se quejó ella.

—Usaré una licencia especial.

—La boda de una mujer es un asunto serio. Queremos un día especial. ¿Privarías a tu duquesa de ese sueño? —preguntó con suavidad.

—Un mes entonces. Ni un día más —recapituló él.

—De acuerdo. Puedo trabajar con eso. Te prometo que mañana a primera hora tendrás a tu disposición una lista.

—¿Una lista? —¿Sería algo sobre las flores o el número de invitados? Él prefería que Charlize se ocupase de esos detalles junto con su hermana mayor. ¿Qué sabía él sobre organizar una boda *soñada*?

—Sí, no será cerrada, desde luego. Añadiré a cualquier candidata que me sugieras.

—¿Candidata?

—Sí, estoy segura de que habrá más de una muchacha que haya captado tu interés.

—¿Qué? —Se había perdido. Charlize deseaba contratar a una doncella que él considerase hermosa? ¿De qué diantres iba todo eso?

La hermana de lady Ross y Luff chasqueó los dedos frente al duque para sacarlo de su confusión.

—Tienes que centrarte, Sutherland, me has dado poco más de un mes. Los arreglos... será complicado tenerlos bien hechos, pero de nada nos servirá si no eliges a la mujer adecuada. A fin de cuentas, ella será tu compañera durante el resto de tu vida y no podemos tomarnos de modo jocoso su elección.

—¿Qué? —No entendía absolutamente nada. La escuchaba hablar pero no le seguía el ritmo a sus pensamientos.

—Lo sé. Te he pedido confianza y me la estás dando. Debo darte las gracias, Sutherland. Nuestra relación está cambiando de rumbo. Aidan estará de lo más satisfecho. Confío en que esta noche ya podamos retomar nuestra partida de ajedrez nocturna sin que haya ningún mal...

—¡Charlize! —la interrumpió. Si la volvía escuchar hablar de Aidan, él... él... él... No sabía lo que haría, pero algo sucedería y no sería bueno.

—¿Qué ocurre?

—Hablas de una lista, y de la importancia que tiene mi novia...

—Sí, sin embargo, no debes preocuparte.

—¿No? Yo creo que sí. —Tenía un mal presentimiento sobre la conversación que habían mantenido hasta el momento.

—Nada de eso. Soy la mejor casamentera de todo Londres, he casado con

éxito y formidablemente bien a tres hermanas muy tercas, así que te encontraré al mejor partido femenino de Londres. Será una duquesa tan excepcional que me lo agradecerás durante toda la vida. Y por si te lo preguntas, tu matrimonio será por amor. Te lo garantizo. Eso, no hay ninguna otra casamentera que te lo pueda certificar. —Lo vio ponerse pálido y hundirse en el asiento. Ella se preocupó—. ¿No estás contento con nuestros planes, Sutherland?

—Muchísimo —ironizó, al tiempo que suspiraba. Su erección se bajó de golpe.

¡Dios!

¡Qué embrollo!

Charlize Archer, la mujer con la que pretendía casarse, quería conseguirle una esposa...

El duque se pasó ambas manos por el rostro.

¿Podría sucederle algo todavía peor?

—Haz que el cochero regrese a mi casa, tengo que ver a Aidan inmediatamente. Estoy deseando darle las noticias. ¡Se alegrará tanto! —exclamó extasiada.

—Formidable... —murmuró él.

Para rematar su mala suerte, ella tenía que seguir pensando en su mejor amigo...

¿Ese maldito día no terminaría jamás?

Capítulo 3

Tristan Charles Dankworth, duque de Sutherland, no sabía lo que era desear algo —a alguien en ese caso— y no lograr su cometido.

A sus treinta años estaba satisfecho con su vida. Accedió a su título a una corta edad, pues su padre era demasiado mayor cuando él nació y pronto partió hacia una vida mejor en el paraíso... Si eso existía, por supuesto. Su madre, significativamente más joven que su progenitor, murió también demasiado pronto a causa de una enfermedad pulmonar mortal. Se había criado con una tía anciana que también decidió morirse prematuramente. Contó con una buena educación en Eton, donde conoció a Aidan, y terminó su formación en Oxford.

Su vida siempre fue tranquila, conforme a lo que de un duque con fortuna se trataba. Cuando conoció a Aidan, comprendió que los dos serían grandes amigos, tal y como acabó ocurriendo. Transitaban solos por la vida e hicieron buenas migas casi de inmediato.

Algo parecido le ocurrió cuando se topó por primera vez con Charlize Archer, hija del fallecido y anterior conde Luff. Aunque la joven contaba con dieciocho años y era demasiado joven para que él se fijase en ella, la había admirado de inmediato. Tanto como para ponerse en ridículo cuando tuvo que presentarles a las hermanas a Aidan —dado que Sutherland las conoció antes que su mejor amigo— y olvidó los nombres del resto al llevar a cabo las presentaciones. Solo recordó el de Charlize.

En aquel momento, tres temporadas atrás, en el que la reputación de la joven estaba seriamente afectada, le habían sorprendido, no solo sus rasgos físicos, pues aunque no era una belleza, era hermosa en su conjunto, sin embargo, fue su ímpetu, su seguridad y valor, lo que más le llamó la atención.

Desde luego, Charlize Archer era temeraria hasta decir basta. Su lengua afilada lo irritaba, y esa afición que había desarrollado la dama para molestarlo cada vez que se veían... En definitivas cuentas, se podría decir que si ella tuvo un plan para que él no la olvidase después de conocerla, ella habría cumplido a las mil maravillas con su cometido. No se la sacó de la cabeza ni una sola vez desde que tuviesen el primer encuentro.

Sobra decir que estaba seguro de que ella no tenía sentimientos de un tipo... romántico por él, puesto que la escuchó con claridad decirle a su fascinante tutor, *a Aidan*,

que prefería casarse con Rendow antes que con él. Saber incluso el alcance del daño que le provocó aquella rata de alcantarilla lo hacía fantasear con cómo sería echarle una olla con agua hirviendo por encima al maldito barón.

Tristan era un duque, y eso implicaba que sabía manejar muy bien sus emociones. Estuvo colérico cuando escuchó tan punzante aseveración dicha por Charlize sobre que prefería al barón antes que a él, pero fue capaz de mantener el control.

Se había presentado esa mañana en casa de su mejor amigo con la esperanza de poder hablar con camaradería, con la familiaridad y confianza acostumbradas. No contó con que el sentimiento de Ross y Luff hacia Charlize fuese tan poderoso. Estaba muy al corriente de que todas las hermanas eran importantes para él, en especial su esposa, por supuesto, pero también era consciente de que su mejor amigo sentía una debilidad especial por *su* Charlize. Oh, sí, Tristan la sentía como suya. En fin, confesarle a Aidan lo que ella le provocaba y admitir que si no fuese su protegida, él hubiese tratado de seducirla hacía años... Tampoco estuvo acertado a la hora de admitir que no sabía cuánto tiempo podría seguir conteniéndose para no actuar de modo poco respetable con ella.

Una gran pelea estalló y Tristan comenzó a acusar a Aidan de enfadarse por cuestiones nimias, más cuando ella había hecho cosas terribles que su amigo, como guardián, tuvo que haber evitado.

Su primer contacto para pedirle la mano de Charlize no resultó adecuado... hasta que Tristan apuntó a que si él no la convertía en su duquesa, ella podría hacerlo mucho peor y terminar con un caballero parecido a Rendow. Lord Ross y Luff claudicó de muy mala gana y le dio permiso para conquistarla.

Y luego estaba la conversación que mantuvo con ella en el carruaje, con la que pretendía convertirla en su prometida. ¡Un desastre catastrófico! Seguramente la derrota de Napoleón en Rusia, a quien el frío gélido venció, fue menos humillante que lo sucedido.

¡Casamentera!

Charlize Archer quería seguir jugando a ser una casamentera y buscarle una pareja adecuada.

¡Dios!

Si ella no comprendía rápido lo que le provocaba, acabaría enterándose del peor modo posible, porque nada más la veía sentía deseos de comérsela, tal y como ella engullía esos bombones que le proveía Aidan. Y sí, también emitiría esos deliciosos sonidos pecaminosos que ella creaba cuando comía dulces mientras él la devoraba.

Se podría decir que el duque de Sutherland estaba irremediablemente loco por Charlize Archer, y ese sentimiento no era solo porque muchas veces hubiese querido

zarandearla, gritarle o hacer cualquier cosa para que ella entrase en razón cuando cometía una imprudencia o pretendía sacarlo de sus casillas. No. Era mucho más.

La deseaba como nunca había ansiado poseer a ninguna otra mujer. La única manera para poder tenerla desnuda en su cama era casarse con ella. De ningún otro modo podría lograr su cometido. Charlize era una joven dama virginal, hija de un conde y pupila de otro, no podía ni debía deshonrarla. Poco a poco se dio cuenta de que casarse con ella no sería algo malo. Convertirla en su duquesa era la única solución para lograr satisfacer su ferviente deseo por ella y todo estaba saliendo... ¡fatal!

Dejó de mirar la pista de baile, donde Charlize estaba danzando con un joven petimetre que no hacía más que sonreírle. Ella le había dicho que tenía varias candidatas ya en mente. Al parecer la hermana del vizconde Wescott era una de ellas, y de ahí que Charlize estuviese bailando con lord Wescott. Sutherland la conocía muy bien.

Suspiró al ver que Aidan se acercaba hasta su posición.

—¿Qué te propones, Sutherland?

—Es cosa mía, no intervengas —le ladró. Evitó decir que él ya había trastocado su plan inicial de cortejarla, porque le desveló a Charlize sus intenciones antes de tiempo.

—Seas o no mi mejor amigo, si le haces daño, la mancillas antes de que un ministro de Dios te dé su bendición para hacerlo, o incluso si Charlize misma me pide que lo haga, te daré tu merecido.

La mirada de Sutherland se posó sobre la del conde Ross y Luff.

—Algún día, yo mismo podría repetirte esas mismas palabras, y Charlize será también el objeto de mi protección.

—Lo que acabas de decir es una basura peor que la que hay en las alcantarillas, amigo mío. En primer lugar, yo no veo a mi pupila tal y como me confesaste que la ves tú. ¡Por Dios, hombre! Creí que acabarías poniéndote a llorar porque el recuerdo de ella no te deja ni dormir por las noches.

Sutherland apretó los labios. No era que no lo dejase dormir, era que no podía conciliar el sueño porque cuando se acostaba en su ducal cama imaginaba a cada rato cómo sería sentirla pegada a su cuerpo desnudo. Eso no lo compartiría con su amigo o la pelea sería todavía más sangrienta que la primera.

—Bueno, tú has entendido lo que he pretendido decirte —se limitó el duque a replicarle.

—¿Sí? —cuestionó Aidan.

—Después de que te devolviese el tercer rechazazo que me diste, accediste a concederme su mano. ¿Has cambiado de opinión, Ross? —A veces el duque utilizaba solo el primer título de su amigo para referirse a él.

—Eso ha sido hasta que Charlize entró en tropel en mi despacho para informarme de que todo estaba solucionado porque la habías contratado como casamentera.

—No la he contratado como casamentera.

—¿No?

—No —razonó escuetamente el duque.

—Entonces... ¿puedes explicarme el motivo por el que Charlize está analizando a cada una de las jóvenes damas casaderas de Londres para ver cuál es la más indicada para el duque de Sutherland? —indagó con curiosidad.

—Tú tienes la culpa de eso —gruñó Tristan.

—Solo soy responsable de haberte roto un par de costillas, dos piernas y cinco dedos de la mano.

—No hiciste nada como eso, solo tengo un pequeño cardenal en la mandíbula que ya está desvaneciéndose —refutó el duque.

—Solo porque eres mi amigo, Sutherland, no has acabado tal y como acabo de resumir. Créeme, hablar en los términos en los que lo hiciste de Charlize... ¿Es que pretendías que te matase? —lo preguntó con enfado.

—Eres mi mejor amigo, hemos pasado por mucho juntos. Y de entre todos con los que hablé, el único con el que me sinceré por completo cuando expuse mi... delicada situación, decidió atizarme.

—¿Único entre todos?

—Eso he dicho.

—¿Hablaste con más personas sobre Charlize?

Sutherland negó con la cabeza. No era momento de tratar pequeñeces.

—Lo que quiero de ti es que me des un poco de manga ancha. Cualquier muchacha estaría ilusionada con casarse conmigo, un duque —precisó—, pero he tenido que dar con una rareza extraordinaria que no quiere el puesto que le ofrezco.

—Siempre supiste que Charlize era atípica. —Se quedó un momento pensativo y luego miró con atención al duque—: Sospecho que por ese motivo por lo que deseas casarte con ella.

—No lo deseo, voy a conseguirlo y para eso tienes que ayudarme.

—Como me pidas margen para prepararle alguna encerrona y seducirla...

—¡No es eso! Todavía no estoy en ese punto de desesperación —masculó de forma ininteligible para que su amigo no lo escuchase. No obstante, cuando Sutherland buscó la mirada de Aidan lo vio levantando una ceja de un modo muy condal—. Yo hago eso mejor que tú —levantó un dedo para señalar su gesto—. A los duques nos sale mejor que a los condes —dijo con arrogancia.

—Di de una vez lo que quieres que haga por ti.

—Cierto. No la saques de su error sobre que no estoy buscando una duquesa, porque ya la he encontrado.

—Eso ya lo suponía, Sutherland. Dime qué más necesitas que haga.

—Está bien, lo principal es que mi futura duquesa deje de admirarte tanto —expuso como si fuese una petición natural.

—¿Disculpa?

—¿Tienes problemas de audición, Ross? A quien Charlize siempre insulta aludiendo a su avanzada edad es a mí, no a ti —apuntó con media sonrisa.

—No resultas gracioso, Sutherland —lo reprendió—. Te he preguntado lo que has dicho porque por un momento me pareció haberte escuchado comentar que quieres que Charlize no me admire.

—Eso es justo lo que quiero que hagas.

—Por amor de Dios... —murmuró exasperado el conde.

—Es muy fácil, Aidan, no hace falta que te muestres tan... —no se le ocurría ninguna palabra—. Verás, puedo luchar contra Rendow, derrotarlo con facilidad y ahuyentarlo de su recuerdo. No obstante es complicado hacer lo mismo contigo.

Lord Ross y Luff frunció el ceño.

—¿Estás insinuado que Charlize está enamorada de mí? —preguntó con pánico.

—¡Espero que no! —exclamó Sutherland.

—No entiendo nada... —resumió el esposo de Freyja.

—¿Cómo te sentirías si tu adorada esposa sintiese una grandísima admiración por un hombre al que sabes que no podría llegar a amar del modo más fundamental de la palabra, porque está casado con su propia hermana, pero la escuchases todo el día hablar como si el caballero fuese un mesías?

Aidan se quedó un momento pensando en el significado de la frase. Si Freyja sintiese devoción por un hombre con el que no considerase acostarse, pero ella no hiciera nada más que hablar sobre lo magnífico que era ese desconocido al que el conde tendría que acabar matando...

—Ah... eso... —dilucidó Aidan al fin.

—¿Verdad que no te agradaría, Aidan?

—Entiendo tu preocupación, Sutherland, aunque te juro que no tienes nada de qué preocuparte. Charlize no tenía a ninguna figura masculina a la que admirar, y supongo que cuando yo llegué, ella me vio como a un hermano.

—Tu esposa dijo que te considerabas más su padre que otra cosa.

—Sí, lo sé. También es una opción válida. Como bien recordarás, en su momento me enamoré perdidamente de Freyja, y estuvimos a punto de perdernos un futuro juntos por culpa de... Bueno, eso no importa ya. Charlize fue bastante importante a la hora de llevar a cabo el asunto de nuestro reencuentro, por llamarlo de alguna manera.

—Lo recuerdo bien, creo que yo mismo también fui una parte fundamental. Fui a buscarte a la luna porque alguien te engañó y te dijo que tu condesa estaba allí.

—Sí, sí. No fue a la luna, pero de acuerdo, fuiste importante. Lo que pretendo decirte es que cuando conocí a Charlize solo vi a una muchacha que trataba de ser más madura de lo que en verdad era, dispuesta a luchar cada batalla que tuviese que ver con sus hermanas mayores. Me impresionó, Sutherland. Le cogí mucho cariño y es imposible no quererla, pero te juro que es un amor puro, sin mancha alguno.

—Lo sé. Me pasó lo mismo cuando la conocí, sus aptitudes la hicieron

brillar ante mí. Pero no me permitiste llegar a esa parte cuando me entrevisté contigo. Solo me atizaste. Ella es... perfecta para mí.

—No, no hablaste de ningún amor puro, amigo mío, más bien fue todo lo contrario.

—Tú estás casado, no puedes verla como la mujer brillante, aunque endemoniada, que es. Es inteligente, valiente como bien has dicho, fiera cuando debe serlo, testaruda incluso cuando es por un bien mayor. Honorable también. Sabe rectificar cuando es necesario. —Ese punto se lo había demostrado mientras hablaban el otro día en el carruaje. Sutherland suspiró—. Y luego está el asunto sobre lo que me provoca cuando estoy cerca de ella. Una cuestión que no quisiera sacar a colación porque no quiero que te vuelvas a disgustar y creemos un escándalo.

—¡Dios santo! —exclamó con la boca abierta el conde.

—¿Qué? ¿Qué he dicho ahora para que te quedes tan asombrado?

—¡Tú estás enamorado de Charlize! —lo acusó incluso con un dedo en alto apuntándole.

Sutherland barajó sus posibilidades.

¿Amor? Freyja le preguntó si le había dicho a Aidan que la amaba y él no supo qué responder...¿Qué sabía él sobre asuntos del corazón? Entendía más sobre la carnalidad. Si veía a una mujer y quería llevársela a la cama, la convertía en su amante. Sentía predilección por las cantantes de ópera. Uno no podía hacer eso con una muchacha de buena familia, la sociedad lo prohibía. Además, siempre había seleccionado con especial cuidado a sus pocas y selectas compañeras de placer y las había recompensado con suma generosidad. Jamás se había llevado al lecho a una mujer poco dispuesta o inocente. Tanto él como la mujer acordaban las bases de su *asociación* previamente.

Levantó la mirada hacia Aidan. Su amigo estaba esperando una respuesta. Si negaba el hecho de que estaba enamorado, lo enfadaría y si decía que sí, lo complacería. Lo haría, ¿verdad?

Después de todo era algo parecido a un padre, hermano o lo que infiernos fuese para Charlize.

—Creo que podría ser amor, sí. —Era todo lo que estaba dispuesto a admitir sin que fuese una soberana mentira.

—¿Amor? —Una voz femenina llegó por el lado derecho de Sutherland.

—Oh, Charlize —saltó el conde inocentemente—. Qué oportuna has sido. Mi querido amigo estaba hablando de amor.

—¿Sí? —inquirió con satisfacción la joven.

—Sí. Añade a esa larga lista de atributos que has ideado para la futura duquesa de Sutherland que ella tiene que corresponder a su profundo amor —le recomendó lord Ross y Luff a su pupila.

El duque rodó los ojos. Su amigo iba a darle muchos quebraderos de cabeza durante el cortejo de Charlize. A todo esto, ¿cómo se cortejaba a una dama que no deseaba serlo y que a su vez estaba empeñada en buscarle una esposa adecuada? No tenía la menor idea, no obstante, Tristan estaba seguro de que muy pronto iba a averiguarlo.

—¿Me estás escuchando? —la pregunta de la joven lo devolvió a la tierra.

—Claro que sí.

—¿Entonces te parece bien?

—Sí —respondió Tristan raudo sin saber lo que ella había preguntado previamente.

—¡Perfecto! Si me disculpáis, hay asuntos que tengo que atender —la joven intercambió una mirada con Aidan.

—¿A dónde vas? —preguntó inquieto el duque. Quería pedirle un baile.

—Deja que se vaya, regresará en un momento —le recomendó el conde a su amigo.

—Pero... —comenzó a objetar Tristan.

—Son asuntos femeninos, Sutherland, no la pongas en un compromiso.

—¡Y por eso eres el mejor de todos los hombres! Unas pocas palabras y ya sabes de lo que hablo —dijo ella, para después darle un beso en la mejilla y desaparecer.

Aidan vio a su amigo enfurruñado, con el semblante severo. Lo estaba apuñalando con los ojos.

—¿Qué sucede ahora, duque?

—Te he pedido que trates de hacer que ella te admire menos.

—¡Si no he hecho nada!

—Te ha dado un beso en la mejilla, Ross. —El tono tan acusador de su amigo casi le hizo soltar una carcajada. Parecía que hubiese cometido un gran pecado por el que debería acabar en la cárcel de Newgate.

—Como se lo daría una muchacha a un padre amoroso —se excusó él.

—Haz lo que sea para no robarme el protagonismo en esta obra.

—Esto no es una de esas actuaciones de ópera de la que tanto disfrutas... Eso me recuerda que tengo una conversación pendiente contigo.

—¿Qué quieres ahora, Aidan?

—Cuando te cases con Charlize no tendrás amantes —sentenció como si su palabra fuese la ley. El conde observó al duque comenzar a exhibir una gran sonrisa, así que Aidan le preguntó—: ¿Qué te hace tanta gracia? Estoy hablando completamente en serio. Nadie va a hacerle daño a Charlize, y tú menos que nadie —puntualizó en tono amenazador—. Así que no vas a conocer íntimamente a ninguna otra mujer.

—Lo que me llena de gozo, querido amigo, es que acabas de dar por hecho que me casaré con ella —le dijo al tiempo que le palmeaba la espalda—. Ya ves, la partida acaba de empezar y me das el crédito de ganar. Eres un buen amigo, Aidan. Así que te perdonaré por la pelea que empezaste el otro día en tu despacho.

—¿Qué yo la empecé? Tú llegaste hablando de los labios rosados de Charlize, su trasero redondeado y lo largas que deberían ser sus piernas desnudas. Eso sin olvidar que mencionaste su generoso pecho y... —Aidan enmudeció, porque acordarse de aquella conversación le daban ganas de volver a convertirse en el paladín de la joven—. Tienes suerte de conservar tus preciosos dientes.

—Olvidemos el asunto. Lo que importa es que Charlize será feliz conmigo.

—Por supuesto que lo será o pagarás por ello —insistió el conde—. Lo que no sé es cómo vas a hacerlo. ¿La conquistarás mientras de partes con las otras muchachas mañana? —inquirió en tono jocoso.

—¿Mañana? ¿Qué muchachas?

Aidan se rio y negó con la cabeza.

—Sabía que no habías estado prestando atención a lo que Charlize te había propuesto.

—¿Y eso qué era?

—Mañana pretende llevar a tres muchachas, a tres horas diferentes, por la tarde, para que tomes el té con ellas y las conozcas.

—¿Qué diablos...?

—Lo sabía. Y por tu bien espero que no estuvieses pensando en lo adorables que se veían los labios de Charlize mientras te envolvían... —Vio a Aidan apretar los labios y los puños—. ¿Por qué diantres no pudiste presentarte en mi despacho y decirme solo que estabas enamorado de Charlize? Nos hubiésemos ahorrado muchas molestias.

—Discúlpame por creer que como mi mejor amigo, tenía vía libre para hablar contigo sobre cualquier cosa —ironizó.

—Te detesto, Sutherland. Charlize era a mis ojos una muchacha dulce, inocente, y tras escucharte, comprendí que es más que eso. Se ha convertido en toda una mujer hermosa que acapara demasiadas miradas. Antes de tu intervención no me había fijado en cómo la miraban nuestros congéneres, ahora solo ardo en deseos de desmembrarlos a todos cuando posan sus ojos en la joven. Así que haznos un favor a todos y usa todo ese encanto ducal del que presumes antes de que yo cometa una temeridad y acabe en la horca, o antes de que otro se te adelante y la conquiste.

—Lo haré —prometió—. Lo que no sé es cómo soportaré las entrevistas que ella ha planificado con mis supuestas pretendientas. ¿Has dicho que será mañana?

El conde afirmó con la cabeza.

—Te deseo suerte y ármate de paciencia. Tienes un duro trabajo por delante. Ven a mi casa mañana a las cuatro, es el lugar y la hora que ha fijado Charlize para comenzar a conocer a las candidatas para ser tu duquesa.

—Dios santo... Todo sería más fácil si la raptase esta noche y me fugase a Gretna Green —dijo con irritación.

—No harás nada de eso. Yo te daría caza porque no estoy convencido de que ella te acepte.

—¡El otro día dijiste que me concedías su mano!

—Sí, es cierto. Y le dije también a Charlize que había decretado que ella

tendría que ser tu duquesa.

—¿Y qué ha cambiado? Me vendría de perlas si usases toda esa admiración que ella siente hacia ti para convencerla de que se convierta en mi esposa.

—Sí, es cierto.

—¡Hazlo, Ross! —le ordenó.

—No. Creo que será mi venganza.

—¿Venganza? —El conde afirmó con la cabeza—. ¿Por qué? ¡Si no he hecho nada malo! Solo compartí lo que me provocaba Charlize con mi mejor amigo.

—Lo sé, pero he descubierto que la temporada me aburre muchísimo y que tú me proporcionarás un espectáculo de lo más placentero.

—El que te detesta soy yo, Ross —musitó.

—Lo sé —afirmó una vez más—. Aunque no me importa, tu dama me admira y no vas a hacer nada que pueda perjudicarme.

—Odioso es lo que eres...

—¿Qué le has hecho esta vez a tu mejor amigo? —Freyja acababa de unirse al par de caballeros.

—Nada.

—¿Por qué se ve irritado?

—Ah, porque se ha enamorado de Charlize y, como recordarás, ella está ejerciendo de casamentera.

—¡Lo sabía! Es amor... —alegó complacida Freyja.

—Sí, bueno. Tu esposo no está dispuesto a echarme una mano.

—No te preocupes, Sutherland, yo soy mejor alidada que él y le debo alguna que otra lección a mi hermana. Estoy de tu parte —le dijo, al tiempo que le guiñaba un ojo al duque. Luego se giró para ver a su esposo. Ross se observaba muy divertido—: ¿Vas a bailar conmigo o tendré que buscarme a otra pareja de baile?

—Te avisé de que si te ponías ese vestido —Aidan señaló su bajo escote—, no podrías estar cerca de nadie más que de mí.

—¿Y por qué te crees que me vestí así, lord Ross y Luff? —coqueteó ella.

Su esposo emitió un cálido gruñido de complacencia, le tendió la mano y se dispusieron a ir hacia la pista de baile.

Tristan sonrió sin ser consciente de que lo hacía. Ese era el futuro que deseaba. Complicidad, cariño, lujuria y amor con su duquesa. Deseaba todo lo que tenía su mejor amigo.

Frunció el ceño. ¿Amor?

—Oh, oh, creo que Aidan no se ha equivocado. Estás enamorado de ella... —se dijo a sí mismo.

Y por primera vez, a sus treinta años, sintió verdadero pánico.

Capítulo 4

No tenía ninguna urgencia femenina que atender. Era de otro tipo.

Charlize sacó de su pequeño retículo el papel que un sirviente le había entregado de un modo discreto para releerlo de nuevo. Era una nota anónima.

Conozco tu secreto, reúnete conmigo en la biblioteca o todo el mundo lo sabrá.

XXX.

Lo había leído bien la primera vez que lo hizo. Y por más que deseaba que el sentido de las letras cambiasen, el mensaje era el mismo.

Charlize tenía varios secretos, algunos más vergonzosos que otros, y si bien Aidan conocía la mayoría, había un pecado muy grande que esperaba que nunca viese la luz.

Solo otra persona estaba al tanto de la locura que cometió y si alguien acabase enterándose... Las consecuencias para ella serían desastrosas. Ya podía ver a Freyja enfrentándola, a Aidan... ¡Dios! Su tutor se volvería loco si lo descubriese. Su primera y única pelea con ella sería solo un pequeño juego si todo llegase a saltar por los aires.

Charlize dejó la nota en el mismo lugar y pensó en destruirla en cuanto tuviese una oportunidad. La quemaría en la chimenea de su habitación más tarde.

Necesitaba templar los nervios, así que sacó un bombón del retículo, lo desenvolvió y lo engulló.

Interesante. El chocolate no solo la calmaba, sino que además le daba coraje para ir a enfrentar al chantajista que pretendía extorsionarla.

Buscó el lugar en el que la citaban. Llegó allí y vio que la puerta estaba cerrada. Agarró el picaporte y accedió sin pensarlo un instante.

Un candelabro, sobre una pequeña mesa, era toda la luz que iluminaba la

estancia. Divisó de inmediato la figura oscura de un hombre. Estaba colocado cerca de la ventana.

—Me alegra que hayas venido, Char. Entra y cierra la puerta, tenemos que hablar.

El corazón comenzó a latirle con fuerza. Conocía esa voz. No era necesario ver a su chantajista a plena luz.

Él.

David.

El barón Rendow la estaba esperando en la biblioteca.

—Si lord Ross y Luff se entera de esto, ten por seguro que no acabarás bien parado. Tres años atrás intervino el duque de Sutherland y te exilió, dejando que te fueses con una pequeña fortuna. Esta vez las cosas no irán así, Rendow.

—Me arriesgaré. Entra y cierra, Char —insistió.

Ella suspiró. Si era precisamente él quien le había escrito la nota, sí que podía chantajearla. Hizo lo que le ordenó y caminó unos pocos pasos. Luego se dio cuenta de que no debía confiarse y se paró, calculando bien la distancia hacia la puerta por la que había entrado. Ella podría echar a correr y salir si las cosas se pusiesen feas.

—¿Qué es lo que quieres? —le preguntó desde su posición la dama.

—Creí que eso ya lo dejé claro en nuestro último encuentro. Te quiero a ti —apuntó con seguridad—. Los jardines oscuros parecen ser un lugar idóneo para que siempre nos encontremos.

—No estamos en un escenario como el que citas —lo contradijo ella.

—Es cierto. La biblioteca se ve más... comfortable. —Charlize se dio cuenta de que su antiguo pretendiente acababa de mirar el cómodo sofá que tenía a su derecha—. Ven, acércate. No tengas miedo, uno no daña lo que quiere, Char.

—Mi nombre es Charlize, no lo acortes —se reafirmó—. Y tú, me rompiste en dos mitades, así que no me digas que no te tenga miedo porque me aterra incluso estar en tu compañía.

—Eso es porque no puedes olvidarme —indicó él, al tiempo que se acercaba a ella. Él daba un paso y ella retrocedía otro. David se sonrió, para después decirle—:

La temporada pasada, después de que yo te hiciese conocedora de mis planes huiste al campo, lejos de mí. Te conozco bien, Char —usó ese apelativo a posta—. Tú no eres débil, te escondiste en Luffgarden por otro motivo, eres muy consciente de que formamos una buena pareja y te asustaste. Has regresado a Londres y por fin puedo hablar contigo. Te he dado el suficiente tiempo para que valores mi propuesta de matrimonio.

—¿Sigues con eso? —preguntó ella con los ojos completamente abiertos.

Él le había dicho la temporada pasada que pensaba convertirla en su esposa y que lucharía para conseguirlo. Por descontado que Charlize no se lo había creído, si él pretendía hacer eso, sería por una razón que motivase sus intereses ambiciosos.

—Más que nunca. Me... desterraron y no te casaste. He recibido tu mensaje alto y claro, Char. Tú eres mía tanto como yo soy tuyo —aseveró con seriedad.

Ella, que había reulado tantos pasos como él había avanzado, se encontraba atrapada entre la puerta de la biblioteca y el cuerpo de David. El barón tenía los dos brazos extendidos, colocados a ambos lados de su cabeza, creando una jaula de la que ella no podía escapar.

—No. No... no. —Charlize levantó el mentón en ese momento—. Te amé y me juré a mí misma que lo nuestro estaba muerto y sepultado. Sufrí, no puedo negarlo, muchísimo, y eso implica que no volveré a confiar en ti, en tus palabras o promesas. No creo en las segundas oportunidades, lo que se ha perdido, no se puede recuperar. No viviré a tu lado con miedo a la traición. Eres ruin.

—Char...

—No acortes mi nombre...

Él le rozó con los labios la mejilla derecha. La joven se quedó completamente quieta. Luego buscó su oreja y le lamió el lóbulo.

—No puedes casarte con nadie más que conmigo y lo sabes.

—Entonces no me casaré jamás —razonó ella.

—¿Por qué no puedes olvidar el pasado? Eras demasiado joven y yo...

—¿Qué? ¿Qué excusa me ofrecerás para justificar tu comportamiento canalla?

—¡Maldita sea! —tronó, mirándola fijamente a los ojos—. Estaba desesperado por fondos. ¿Consideras que yo no sufrí? Muchísimo, Char. Temía que te enterases

de mi situación, que anulases nuestro acuerdo antes de...

—¿De que me atrapases?

—Los dos sabemos que hice mucho más que atraparte.

—Y no tuviste reparos en airearlo a los cuatro vientos —le echó en cara.

—¡Estaba desesperado!

—Por mi dinero, no por mí.

—Yo te quería.

—Extraño modo de demostrármelo. Pude haber soportado que te acercases a mí en un primer momento por motivos económicos, incluso para aprovecharte de la relación que mis hermanas y yo teníamos con lord Ross y Luff, pese a que él todavía no se había presentado ante nosotras, incluso que lo hicieses porque Sutherland es un duque y se preocupaba por nosotras. Pero el modo en que trataste...

—Recuerdo que me lo dijiste aquella noche mientras fantaseabas con cortarme una oreja —señaló él.

Ella le sonrió.

—Te hubiese cortado mucho más que esa pobre parte de tu cuerpo.

—Lo sé. Me lo merecía.

—Obraste mal.

—Quiero compensarte por ello.

—No. No puedes. Es imposible.

—Acabas de decir que podías haberme perdonado... ¿Por qué no lo demuestras? Yo no volvería a tratarte así, soy diferente ahora. Tú no eres tampoco la joven inocente que aceptaba mis besos y mis caricias de buen grado. Eres una mujer que sabe lo que podemos llegar a ser... juntos. Un matrimonio sólido.

Charlize comenzó a negar con la cabeza mientras lo miraba a los ojos.

—No. La traición de saber que me susurrabas las palabras que sabías que

yo deseaba escuchar, mientras te acostabas también con la amante de Sutherland..., no podré borrarlo jamás de mi mente. —Él abrió los ojos con sorpresa pero no la interrumpió—. Me has mandado una nota recordándome que sabes mi mayor pecado, bien. Yo no te acepté en su momento porque un hombre que usa a dos mujeres, una para sus planes y otra para su placer, no merece que pierda mi tiempo. Alejarme de ti, pese a que afirmaste públicamente que me habías mancillado, fue lo mejor que pude hacer. Si hubiese claudicado ante ti sería una esposa amargada, triste y posiblemente hubiera ideado tu muerte la misma noche de bodas.

—Oh, Charlize. Te di el mérito que merecías y me juré, cuando Sutherland me echó de Londres, que si podía volver a por ti lo haría. Porque incluso diciendo la verdad sobre que fuiste mía por completo a toda la sociedad, demostraste lo hábil, inteligente y formidable que eres escapando del escándalo con suma maestría. Excepcional, y lo veo todavía ahora con mayor claridad. No entiendo como averiguaste lo referente a la amante que Sutherland y yo compartíamos, pero te aseguro que Ophelia no fue más que un burdo entretenimiento. Si lo que querías era fidelidad por mi parte, solo te hubiese bastado con exigírmela.

—Si tú me hubieses amado, la hubieses ofrecido sin que yo tuviese que abrir la boca. Esa es la diferencia entre un hombre que dice amar a una mujer y otro que en verdad la ama. No hubieses visto más allá de mí, hubieses luchado contra todo lo que pudiese haberme causado daño, incluso contra ti mismo. Eso es lo que hacen cada uno de los esposos de mis hermanas. No, Rendow, no me conformaré con la única solución que tengo sobre la mesa. Te llevaste mis esperanzas, mis ilusiones, destruiste mi amor, y me arrebataste la virginidad. No te premiaré ofreciéndome a mí misma. Ni ahora, ni nunca.

—No cogí más que lo que me entregaste, Char —le recordó con suavidad.

—Es cierto. Yo era una muchacha joven e inexperta que se creía saber mucho de la vida. Me juzgué enamorada y pensé, tontamente, que sería capaz de soportar tu dulce seducción y parar cuando fuese necesario.

—No te seduje. Hicimos el amor.

—No. Veo a mis hermanas, Rendow. Ellas hacen el amor con sus esposos, lo que hicimos tú y yo aquella noche en el jardín y de modo apresurado, no fue lo que acabas de decir.

El barón apoyó su frente sobre la de ella y cerró los ojos.

—No me pidas que te olvide, Char, porque no voy a poder hacerlo —susurró él muy cerca de los labios femeninos.

—Y de nuevo no lo entiendes. No me amas, porque un hombre enamorado haría siempre lo mejor para la persona a la que venera.

—No me rendiré. Un hombre que ama a su pareja no lo hace.

—Uno que escucha de la mujer a la que pretende que, por favor, la deje libre, lo hace sin dudar.

—No puedo —repitió él.

—No quiero esto... —murmuró ella.

—Sí, me quieres y no podrás olvidar el daño hasta que me permitas enmendar cada uno de mis errores. Te lo ofrezco todo y más. No estás hecha para estar sola el resto de tu vida, en cuanto me permitiste tener acceso completo a tu cuerpo, supiste que estabas sellando tu destino. Tampoco podrías ser la amante de un caballero, porque tus fuertes convicciones no te permitirían aceptar el trato comercial que ello supone. ¿Y qué hay de los hijos, Char? Hablas del amor que media entre tus hermanas y sus maridos, pero ¿y la familia? ¿Morirás sin saber lo que es convertirte en madre?

—¿Hablas tú de eso ahora? ¿Tuviste en cuenta lo que pudo haberme sucedido en caso de que nuestro encuentro hubiese producido un bebé, un niño que hubiese sufrido por nuestro gran error?

—No, Char. Contaba con que hubiese podido dejarte embarazada.

Ella bufó.

—Sí, por supuesto. No habría podido escapar de tus oscuras intenciones.

—No voy a mentirte, ese fue mi plan inicial. Una mujer de buena familia, que pertenezca a la alta sociedad, que engendrarse a un bastardo...

—Eso sería peor que contraer la peste —terminó ella.

—Sí. Y, sin embargo, consideraré que además de servir mejor a mis planes, me haría feliz. Cuando pusiste distancia entre nosotros y vi que ni con los rumores sobre ti...

—Te refieres a que pregonaste que yo era una falda ligera.

—Me refiero —usó la misma expresión que ella acababa de utilizar— a que cuando vi que no te asustaste con esa maniobra mía, consideraré que tal vez llegases a mí si tu vientre se hinchaba.

—Pero tú te marchaste antes de que yo pudiese saber si tu semilla había arraigado en mi interior.

Él sonrió tímidamente.

—Sutherland fue muy claro cuando se presentó en mi casa después de... nuestra entrevista en aquel jardín donde amenazaste con cortarme una oreja con él siendo testigo.

—¿Fue a verte?

—Oh, sí. Él averiguó que yo era el amante de la cantante de ópera con la que se acostaba y cuando se dio cuenta de que tú...

—¡Dios santo! Dime que no le dijiste a Sutherland la verdad sobre lo que sucedió entre nosotros, que él sigue creyendo que fue una de tus tretas para forzar mi mano.

—No. Yo ya tenía los fondos que necesitaba. No soy tan estúpido, una sola mirada me sirvió para saber que el duque me rebanaría el pescuezo si yo seguía insistiendo en ese asunto sobre tu reputación. No obstante, le dije donde podría encontrarme en caso de que se me precisase por algún asunto importante. Comprenderás, que me fui esperando que él se pusiera en contacto conmigo de inmediato para decirme que una boda era necesaria porque cargabas con mi hijo.

—No estuve embarazada.

—Y lo lamenté, Char. Soñaba contigo, con mi hijo...

—No. No hagas eso, te lo suplico.

—¿El qué? —David comenzó a acariciarle la mejilla. No había retrocedido ni un milímetro, por lo que seguía estando pegado a sus labios.

—Esto... Yo no puedo volver a...

—Sí puedes volver a amarme, porque nunca lo has dejado de hacer. —Acto seguido el barón Rendow se acercó por completo a la boca de Charlize y comenzó a besarla.

Ella se lo permitió. Siempre sería el primer hombre del que se enamoró, con el que se aventuró a un terreno desconocido como lo era la lujuria. No podría deshacer lo que hizo en su juventud. Necesitaba saber si él tenía razón, si todavía estaba enamorada de él.

Le permitió el primer beso, incluso un segundo, mientras su lengua tentaba a la suya una voz se despertó en su cabeza.

«Eres una Archer. Una Archer, Charlize Archer...», le gritaba su intelecto.

No caería de nuevo. No podía y no lo haría. Un hombre que le fallaba una vez a la mujer a la que supuestamente amaba, lo volvería a hacer. Rendow podría tener la voluntad de enmendarse, incluso quizá creyese que de verdad la amaba, pero ¿cuánto le duraría

esa vez? Había caballeros que trataban de ser fieles, pero no lo conseguían porque eran débiles o les gustaban demasiado las mujeres.

Rendow le haría daño una y otra vez. Ella lo sabía, tan cierto como que el sol salía cada día y se escondía cada noche.

Charlize levantó la rodilla derecha y con un ligero impulso hizo diana en la zona más delicada de Rendow.

—¡Diosssss! —exclamó él, cuando el dolor lacerante llegó con fuerza. La soltó de inmediato y se agarró sus partes privadas para luego encorvarse y seguir quejándose.

—Jamás fui tuya y no lo seré nunca, Rendow —le dijo, antes de abrir la puerta a toda prisa y huir de la biblioteca.

Capítulo 5

La condesa de Ross y Luff entró en la salita donde su hermana, Charlize, estaba preparándolo todo para recibir al duque de Sutherland y a las damas que deseaba que él conociera.

—Charlize —la saludó nada más acceder a la estancia.

—No puedo atenderte, Freyja. Tengo muchas cosas todavía que preparar. ¡Oh, cielos!, estos cojines están anticuados— dijo, levantando uno de ellos para mostrárselos a su hermana—. Tuvimos que haber redecorado esta salita hace mucho tiempo. Lo pondré en mi lista de quehaceres pendientes en cuanto termine de ayudar a Sutherland.

—Charlize, ¿podemos...?

—¡Madre de Dios! —exclamó—. ¿Y esos cuadros de ahí, Freyja? —Apuntó con el dedo a dos paisajes lúgubres que parecían más el infierno que el edén que pretendían representar.

—Hermana, por favor...

—No puedo, Freyja, tengo que ir a ver si la cocinera ha preparado los...

—¡Charlize Adelaida Archer! —gritó la condesa, justo cuando su hermana menor se disponía a salir por la puerta por la que ella había entrado.

—¿Qué ocurre? ¿Son los niños? —Freyja negó con la cabeza—. ¿Aidan? —La condesa repitió el gesto negativo—. ¿Alguna de mis hermanas está...?

—No, Charlize. Lo que más me preocupa en estos momentos eres tú.

—¿Yo? —preguntó ceñuda.

—Sí.

—¿Por qué? Tengo una salud de hierro, hice las paces con Aidan de inmediato y me estoy labrando un brillante futuro como casamentera. Encontrarle una duquesa a Sutherland será el aval necesario para poder establecerme por mi cuenta.

Freyja suspiró. A continuación se dirigió hasta una chaise longue, se sentó y dio un par de palmaditas sobre el asiento para indicarle a Charlize que se colocase a su lado.

—Tenemos que hablar.

—Hay algunos detalles que debo comprobar antes de que llegue la primera invitada, Freyja, así que...

—No, hermana. Lo haremos ahora y pienso ser igual de terca que tú cuando te lo propones, de tal modo que cuanto antes comencemos a conversar, antes podrás librarte de mí.

Ella resopló, pero se sentó junto a su hermana.

—De verdad, Freyja, tienes el don de la oportunidad... —se quejó.

—¿Vas a contarme lo que sucedió ayer?

Charlize la miró con atención.

—Por supuesto, me levanté a las nueve de la mañana, salí a dar un paseo a caballo, me acompañó un mozo de cuerdas tal y como...

—No me tomes por tonta, Charlize —la cortó la condesa.

—¿Qué quieres saber exactamente?

—Lo que ocurrió en el baile de anoche.

—Ah, de acuerdo. Había hecho una lista con diez nombres para empezar con el asunto de Sutherland. Después de conocerlas brevemente a todas, porque me ocupé de que estuviesen en la fiesta, lo cual me costó un par de cajas de bombones porque tuve que pedir varios favores... En fin, decidí que de esas pretendientes solo tres podrían ser las indicadas.

Aunque Freyja no se había referido a esa cuestión, sí que le interesó el asunto.

—¿Reduciste la lista de diez a tres?

—Eso hice. Seleccioné a las que estaba segura que mejor se adaptarían al amigo de nuestro Aidan.

—¿En qué te basaste? —siguió indagando la condesa.

—¿Te interesa saberlo? —Charlize no entendía la actitud de su hermana. Había sacado ese tema para despistarla sobre lo que ella sabía que quería averiguar.

—No te lo hubiese preguntado si no fuese así —señaló con suavidad la condesa.

—Muy bien. Sutherland es un duque, no uno cualquiera... Bueno, dudo que haya duques que sean comunes, el mismo Aidan hubiese podido ser un príncipe y se quedó en conde. A lo que me refiero es a que aunque es un hombre fuerte, duro, forjado a sí mismo, no se contentaría con tener a una mujer dócil y manejable a su lado. Se aburriría de ella en poco más de un mes, tal vez incluso antes. No digo que no se queje cuando tenga que templar el temperamento de su duquesa, pero por lo menos lo verá como un reto. Él siempre será un hombre, la parte fuerte de su relación, muchísimo más duro por su condición de duque, así que la dama tiene que saber cómo llevarlo y no temerle. Sutherland impone muchísimo incluso cuando se le conoce. Es por su mirada. Aunque hay algo dulce en sus ojos cuando una presta mucha atención, la primera impresión es que no se trata de un hombre comprensivo. Y lo es, muchísimo. No está al nivel que puede estar Aidan, nadie en la faz de la tierra lo está. Has tenido mucha suerte con tu esposo.

—Lo sé —apuntó Freyja.

—Sí, bueno. En cuanto lo vi abrazado a ti y tú no sacaste uno de tus cuchillos, imaginé que te interesaba tu conde.

—Lo recuerdo. Por favor, sigue explicándome lo referente a Sutherland.

—Cierto, estábamos hablando de él. —Charlize trató de recordar lo que había estado diciendo.

—Hablabas sobre su dulzura —la ayudó su hermana mayor.

—Eso era. Es alto y atlético, eso está más que claro. Sus ojos verdes son increíbles cuando se miran muy de cerca. Tiene incluso pequeñas motas doradas que se ven si se presta la debida atención. Son muy bonitos, hay que reconocerlo. Y luego... su pelo es increíblemente sedoso, un color muy bonito también. Es apuesto, mucho. Lo único que no me agrada son sus orejas, pero es verdad que si se peina un poco mejor, podrá disimularlas.

—Charlize... ¿Cuándo has observado tú, tan atentamente y de tan cerca a Sutherland? —inquirió la condesa son una ceja alzada.

Su hermana menor carraspeó, luego sonrió para decirle:

—Soy muy escrupulosa con mi trabajo. Obviamente necesito una evaluación concienzuda sobre la persona a la que voy a prestarle mi ayuda. Lo hubiese hecho del mismo modo si en vez de un apuesto duque, hubiera resultado ser una dama.

—Así que te causaron mucha impresión, los atributos de Sutherland...

—Cualquier mujer tendrá suerte de ser su esposa. Siempre y cuando él sepa también soltar la cuerda cuando la dama la tense, y viceversa, por supuesto.

—De acuerdo. Ahora dime porqué la lista la has reducido a tres damas si contemplaste a diez.

—La verdad, Freyja, es que emparejar a Sutherland me resulta un gran reto. Enorme. Con respecto a mis hermanas lo veía claro, porque vosotras ya habíais dejado patente vuestro interés en tres caballeros que yo decidí que serían competentes para vosotras, en realidad Cleopatra me lo puso un poco más difícil pero todo salió bien. Tuve la mitad del trabajo hecho con las tres —concluyó.

—Ya veo, así que como nosotras los elegimos, y tú diste tu consentimiento, ellos fueron aprobados para el puesto.

—¡Lo entiendes! Una gran suerte, porque Cleopatra sigue enfurruñada porque la aparté de aquel vizconde que no le convenía...

—¿Qué? —Ese dato Freyja no lo conocía.

Charlize hizo un aspaviento.

—No es importante. Cleopatra está empezando a entrar en razón y sabe que me debe su felicidad. Ya la viste abrazarme cuando nos dio la noticia de que iba a ser madre. Así que está todo perdonado.

—Muy bien, sigamos con las pretendientas de Sutherland. ¿Quiénes son?

—Lady Victory, la primera.

—Uhm. Interesante elección, Charlize.

—Es la hija de un duque. Me pareció una opción lógica.

—Sí. Ella es el diamante de la temporada, podría tener al caballero que desease con solo chasquear los dedos. Debes querer lo mejor para Sutherland.

—Eso es. Me tomo mis atribuciones muy en serio. Ella tendría mucha suerte si lograra captar la atención de Sutherland.

—Pero tiene diecinueve años, y tú siempre has sostenido que el duque es viejo.

—Lo sé. Pero es apuesto y es un duque, no creo que el padre de lady Victory tenga nada que objetar. Tampoco ella.

—De acuerdo. Háblame de la segunda muchacha.

—Es una viuda.

—¿Quién es?

—La vizcondesa Watson. Sigue siendo hermosa, es una mujer con cierta experiencia y apuesto mi inteligencia que a Sutherland le agrada su picardía.

—¿Picardía?

—Los bombones que intercambio por información me ayudan a conocer a las personas sobre las que investigo. Esa mujer logró que el calavera de su esposo se deshiciera de todas sus amantes, he escuchado decir que ella misma contrató a una cortesana para que... la adiestrase. Eso creo que haría feliz a Sutherland, ¿no?

—Por amor de Dios... No sé ni por dónde comenzar a regañarte.

—No lo hagas. Ya está hecho.

—Ay, Charlize... —dijo suspirando—. Bien, dime quién es la tercera opción.

Vio a su hermana retorciéndose las manos en su regazo.

—Uhm... Bueno es que... —Freyja determinó que Charlize estaba muy nerviosa. Eso no era propio de ella.

—Dime qué ocurre con la tercera dama.

—Es complicado, Freyja.

—No tiene nada de complejo que me digas su identidad.

Charlize suspiró.

—Yo.

—¿Qué? —La condesa no entendía lo que ella decía.

—Yo. Soy yo.

—Sí, tú eres tú. ¿A quién has elegido para Sutherland?

Charlize se puso de pie y se dirigió hacia la ventana más próxima. Había aprendido a hacer eso de Aidan, pues cuando el conde mantenía una conversación importante, decía que observar el paisaje lo hacía concentrarse. Ella se dio cuenta también de que hacía eso cuando iba a propinarle un correctivo a alguien.

—Soy muy consciente de que os he obligado a desvelar vuestros secretos.
A las tres.

—Lo has hecho, Charlize, desde que cumpliste los diez años, creo. Mamá siempre dijo de ti que eras hábil sonsacando a la gente información.

—Es verdad. Ella me pidió que os cuidase, porque tú cargarías con todo el peso familiar, en especial el económico porque papá te educó para saber llevar la casa y las cuentas. A padre, incluso le gustaba charlar contigo de política, y tú lo disfrutabas también. La política es muy tediosa... Tú siempre fuiste especial.

—¿A dónde quieres llegar?

—Deja que siga —le pidió—. De Caliope, mamá siempre solía decir que era muy soñadora, que necesitaría a alguien que la ayudase a poner los pies en la tierra. Le preocupaba mucho lo hermosa que era porque podría atender las miradas equivocadas.

—Cierto también.

—Sobre Cleopatra... Mamá consideraba que ella no sabía bien el lugar que ocupaba en la familia. Tú eras la mayor, pero debido a la diferencia de edad que presentabas con respecto a nosotras tres, Caliope también asumía ese puesto, mientras que yo era la pequeña y la más problemática de tres.

—Todo lo que has dicho es verdad, Charlize.

Su hermana dejó mirar por la ventana y se giró para centrarse en Freyja.

—Quiero que Sutherland me tenga en cuenta para ser su duquesa.

—¿Disculpa? —La condesa no podía creerse lo que escuchaba.

—Lo sé, comprendo tu asombro. Aidan insinuó que le había concedido mi mano a su mejor amigo y yo lo rechacé con elegancia.

—¿Elegancia? Te pusiste hecha un basilisco, por un momento tuve miedo de que llegases a escupirnos fuego por la boca. —Se quedó pensativa—. Bueno, lo hiciste, porque lo que dijiste sobre que aceptarías a Rendow antes que al viejo Sutherland...

—Recuerdo muy bien mis palabras, Freyja. No hace falta que tú lo hagas por mí.

—Entonces, explícame el motivo por el que después de enfadarte tanto con lo que Aidan dispuso para ti y no aceptaste, decides que puedes ser óptima para Sutherland cuando lo has despreciado tan salvajemente.

—He cambiado de idea.

—No, sé que hay algo más. Algo que te guardas dentro de ti y que estoy dispuesta a sacar del modo que sea. ¿Qué ocurrió ayer en el baile, Charlize? Aidan y yo sabemos que ocurrió algo. —La condesa abrió los ojos como platos—. ¿Te besó?

—¿Qué? —Charlize se temió lo peor. ¿Su hermana había averiguado lo sucedido con Rendow? ¿Cómo? ¿Se lo habría dicho él? Nada podría sorprenderla de David. Era ruin y se veía dispuesto a salirse con la suya. Charlize era valiente y fiera, pero en lo que a él se refería temía flaquear, por el pasado, por si todavía quedase algún resquicio en su interior. Lo veía decidido a todo, y ella no debía sucumbir. Haría de su vida un infierno. Rendow no cambiaría jamás. Ella lo sabía. De algún modo lo intuía. Un hombre como él volvería la cabeza en cuanto una mujer bonita a la que desease le guiñase un ojo.

Le había metido en la cabeza que no podría casarse jamás, pues se había entregado a él y era un material defectuoso que ningún caballero aceptaría. Había plantado esa semilla hondo y no le costó demasiado, porque Charlize era muy consciente de que la reputación de una dama era un tesoro que no había protegido.

Entró en pánico cuando escuchó a Aidan decretar que se uniría en matrimonio a su mejor amigo aquella mañana. Eso implicaría que el duque acabaría conociendo la verdad sobre lo que ella hizo años atrás y negó hasta la saciedad a sus hermanas. Les había dicho que era pura, casta, cuando no contaba ni con lo uno ni con lo otro.

No obstante, en el carruaje unos pocos días atrás, cuando examinó a Sutherland... Algo cambió entre los dos. Ella no era tonta. Podía interpretar ese papel con facilidad, pero entendía muy bien las cosas. Charlize se había dado cuenta de que mientras ella le informaba de sus planes, Sutherland estaba dando por hecho que ella lo había aceptado para casarse. No le pasó desapercibida la reacción de él cuando le hizo saber que aceptaba su

propuesta para ejercer de casamentera. Sutherland, por algún extraño motivo que Charlize no entendía, estaba interesado en casarse con ella. Debía estarlo mucho si el duque se había entrevistado con Aidan y le había pedido su mano, y algo *increíble* debió decirle a su tutor para que se enzarzase en una pelea extraordinaria.

Se tomó muy en serio encontrarle una pareja a Sutherland, pero después del encuentro con Rendow, donde él se veía muy insistente y ella temía no poder correr lo suficientemente lejos y rápido de sus garras, se le ocurrió la idea de que tal vez Sutherland la aceptase con la tara que ella presentaba. Era un riesgo muy grande el que iba a correr, porque en caso de que el duque decidiese que era una *palomita mancillada*, como solía referirse en el pasado a ella Rendow... No sabía lo que haría si Sutherland averiguase su condición y no fuese capaz de aceptarla...

Charlize consideró que podría hacer las dos cosas. Eso era convertirse en casamentera, por eso había buscado a las dos candidatas más sobresalientes del momento, siempre pensando en que serían lo mejor para el duque, y decidió también ofrecerse como pretendiente.

Con Sutherland tendría una oportunidad, no sabía si de ser feliz, pero sí de escapar de una vez de Rendow. Mientras ella siguiera soltera, él lo interpretaría como una señal de que no lo había olvidado y seguiría insistiendo una y otra vez en que lo aceptase.

Rendow había regresado a Londres pareciendo manso, pero ¿cuánto le duraría puesta esa careta? ¿Cuánto tiempo tardaría en volverse ansioso y comenzar a idear un plan para atraparla al fin? Un hombre como él no estaba exento de orgullo desmedido. Dudaba que pudiese encajar una segunda derrota con deportividad, como se solía decir entre los jugadores de cartas o de criquet.

Desde la noche anterior, ella había estado muy callada, pensativa y apagada. Charlize no se caracterizaba por mostrarse de ese modo, así que no le sorprendía lo más mínimo que tanto Aidan como Freyja diesen por hecho que algo trascendental había ocurrido en el baile en el que estuvieron.

No podía arriesgarse a contarle la verdad a su hermana sobre lo que hizo con Rendow. Entre otras cosas porque Freyja misma retaría al barón a duelo. Eso provocaría que Aidan decidiese que el bastardo tenía que morir por haberla mancillado y también querría darle su merecido, y todo sería desastroso para la familia.

Su salida más lógica era Sutherland. Era un duque y Charlize consideraba que Rendow le tenía pavor. El mayor problema radicaba en cómo abordar el asunto de su virginidad, más bien de su falta de ella, con el duque. No podía decírselo por si él fuese corriendo a chivarse a Aidan y entre los dos tramasen el fin de Rendow. No era que se preocupase por lo que le sucediese al barón, ella tenía que olvidarlo, pero el pasado dolía y si se entregó a él, fue precisamente por un gesto de amor, de confianza, y le daba miedo que todavía quedase algo dentro de ella, bien oculto que decidiese salir a flote por temor a la soledad o a no

convertirse en madre.

Ser casamentera le parecía una opción maravillosa para alcanzar cierta independencia, sin embargo... Ella había crecido en un entorno familiar lleno de amor, porque aunque la desgracia las azotó a las cuatro cuando sus padres fallecieron, habían sido una familia unida y tremendamente feliz.

Niños.

Rendow había tocado un punto delicado que ella no había considerado. Sutherland se había alzado como la solución a todos sus problemas, pero incluso así, Charlize tenía que ser muy cauta con respecto a su modo de actuar.

—¿Me estás escuchando, Charlize? —La pregunta de su hermana la trajo al presente.

—¿Qué es lo que quieres saber, Freyja?

—¡Todo!

Charlize suspiró.

—No creo que yo sea la mejor opción para Sutherland —opinó con sinceridad—. Aunque he comprendido, tarde, eso sí, que él puede ser la mejor para mí.

—¿Y no tiene nada que ver con que el duque sea apuesto, además de atlético, puro músculo...?

—No he dicho eso último.

—Pero lo has pensado, apuesto la fortuna de Aidan contra tu dote a que lo has hecho. Sutherland es un ejemplar... hermoso.

—¡Por amor de Dios! Si Aidan te escucha decir eso, molerá a palos al duque por tu culpa.

—¡Fíjate! Nuestra pequeña Charlize se preocupa por la seguridad de su... ¿Cómo debo llamar a Sutherland? ¿Prometido? ¿Pretendiente? ¿Qué es ahora mismo para ti?

—Ahora mismo es una especie de cliente, aunque suene sórdido, al que le he ofrecido mis servicios como casamentera.

—Bueno, lo que sea. Estás preocupada por si Aidan decide volver a pelearse con él y te has puesto celosa porque he dicho que es puro músculo y es apuesto hasta

decir basta. Concuero en todo lo que has dicho sobre sus preciosos ojos, su cabello sedoso, sus labios *besables*...

—¡Dios de los cielos! No he dicho eso.

—Pero lo habrás pensado.

—¿Tú lo has hecho, Freyja? ¿Consideras que los labios de Sutherland son *besables*? ¿Piensas que deberías besarlos? —inquirió llena de pánico.

—No te imaginas lo que estoy disfrutando con esto, Charlize. Verte celosa me da un nuevo poder, porque llevas años atormentándome con que yo estaba celosa de ti y de mi esposo.

—¡Solo lo decía para hacerte enfadar! No veo a Aidan de ese modo. — Charlize se estremeció—. Insinuarlo me hace sentir arcadas... Aidan es un hombre, pero yo no lo veo como un hombre al que una mujer... ¡Dios, Freyja! Solo lo hacía para verte saltar colérica.

—Y lo conseguías. Estuve celosa de vuestra relación. No por un asunto carnal, porque él pudiese verte como mujer o tú a él como hombre, tal y como tú acabas de decir. No os haría nunca tal deshonor a ninguno de los dos, pero... ya sabes, orquestasteis todos los planes sobre casar a Caliope y a Cleopatra sin contar conmigo.

—¡Porque estabas embarazada! Y además, tú ya habías luchado muchísimo por nosotras, Aidan y yo solo pretendíamos que tuvieses paz, Freyja. De entre todas mis hermanas, sabes que has sido fundamental para mí. Más madre para mí de lo que Dios le permitió ser a quien me engendró, pues se la llevó demasiado pronto a su lado. Así que Aidan es...

—Lo entiendo, dijiste una vez que era como un hermano para ti, pero me he dado cuenta hace relativamente poco, que si yo era algo parecido a una madre, él tenía que ser considerado como un padre.

—Eso es —ratificó—. Así que no me martirices con Sutherland y su encantadora boca que es más que *besable*.

—¡Él te gusta! —exclamó Freyja—. ¡Madre del amor hermoso!

—Es un duque, apuesto y atlético como has dicho. ¿A quién no le gustaría?

—Yo no he sido la primera en catalogarlo de ese modo, Charlize, fuiste tú. Y si te gusta, no entiendo por qué a lo largo de estos años lo has azotado con tu lengua sin piedad. ¡Aidan te lo sirvió en bandeja y lo ofendiste sin compasión! —insistió una vez más.

—Eso es asunto mío. En realidad todo este asunto de Sutherland quiero manejarlo a mi modo, así que te pido que te mantengas al margen.

Freyja suspiró.

—De acuerdo. Te dejaré seguir tu plan, aunque no entiendo tu proceder en absoluto, ni lo que hiciste con él en el pasado ni lo que has preparado hoy mismo. Quieres que te tome en consideración para casarte y, aun así, vas a presentarle a dos mujeres más que aceptables... ¡Ay, Charlize! Como siempre, tú sabes mejor que nadie lo que haces. No te equivocaste conmigo, ni con Cali, ni con Cleo, así que no me queda más que fiarme de tu criterio. Confieso que he venido a esta salita precisamente para tratar de convencerte de que Sutherland sería una pareja perfecta para ti. Él es intransigente, aunque cuando se trata de ti, sabe aflojar las riendas. Has descrito muy bien la clase de mujer que él podría necesitar y creo que tú eres la indicada. Lo sacarás de quicio algunas veces, pero contribuirás a que sus días sean más divertidos. Eso sin contar que las reconciliaciones son muy... interesantes entre ese tipo de parejas. Lo malo es que para tenerlas hay que enfadarse... —Freyja suspiró—. Te dejaré seguir con tus preparativos y le diré a Aidan que todo está bien. He venido aquí por iniciativa propia, te vi anoche muy desmejorada, y sé que Aidan esperará mi informe con atención porque a él también le preocupaba que algo malo te hubiese sucedido. Me limitaré a decirle que te has dado cuenta de que estás enamorada de Sutherland.

—No recuerdo haber dicho semejante cosa.

—Lo sé. Soy muy consciente de lo que has dicho y de lo que no, también de mis palabras. Así que, cuando te des cuenta de que lo amas, te agradeceré que me des las gracias por haberte arrojado un poco de luz sobre el asunto, pues estás a oscuras y es mi deber, como hermana mayor, guiarte.

—Dios santo... Puede que él se case con la viuda pícara porque le gustará muchísimo en cuanto la vea, así que no comiences a decir cosas extrañas, Freyja. —Evitó decirle que no le quedaban esperanzas.

—Ya. Más vale que no tardes demasiado tiempo en comprender que él puede ser el indicado para ti, porque si elige a otra mujer, sea la hija del duque, la viuda o una tercera desconocida que no has previsto, puede que te ocurra precisamente lo que trataste de evitarnos a tus tres hermanas.

—¿Qué es eso si puede saberse?

—Que nos equivocásemos al elegir a la pareja adecuada y al hacerlo sacrificásemos nuestra felicidad.

Freyja le sonrió con ternura, le dio un par de palmaditas en las manos que Charlize mantenía enroscadas sobre su regazo, y luego la condesa se marchó de allí, dejando a Charlize con un montón de pensamientos atormentando su mente.

Cuando la condesa salió al pasillo divisó la figura de Aidan al otro lado.

—¿Todo bien, mi amor?

—Mejor que eso. Dejémosle un poco de espacio.

Lord Ross y Luff asintió. Al igual que su mujer, había estado intranquilo desde la noche anterior. El conde podía hablar sobre casi cualquier cosa con Charlize, de sus sentimientos... eso era más complicado. Así que confió en que Freyja interrogase a la muchacha.

Aidan regresó a su despacho para continuar con su trabajo. Freyja era más que competente para ayudar a su hermana en asuntos de amor. Por el contrario, él... Imaginar a la hermana pequeña de su esposa suspirando por un hombre... No estaba preparado para algo así y su condesa consideraba que Sutherland no le era indiferente a su hermana.

¿Su mejor amigo y Charlize? ¿Intimando juntos si todo salía bien?

¡Dios, no sabía si alguna vez se acostumbraría a algo así!, aunque la alternativa era peor. Sutherland se había enamorado y Charlize necesitaba al duque más de lo que ella misma creía.

Capítulo 6

—¿Qué se te ha olvidado ahora, Freyja? ¿Más discusiones sobre Sutherland? —preguntó mientras ahuecaba los cojines que definitivamente reemplazaría—. ¿Sabes?, vamos a redecorar esta salita, tanto si finalmente me caso con él o como si no. Es un sofá horrible y he decidido que detesto toda la decoración de la estancia.

—¿Con quién vas a casarte?

La voz de tenor del duque la hizo sobresaltarse. Se dio la vuelta para comprobar un hecho del que era consciente.

—¡Oh! —su boca se quedó en una perfecta «O»—. No eres Freyja —aludió tontamente.

—Lord Ross y Luff no estaría contento si me convirtiese por arte de magia en ella —resolvió él con media sonrisa.

—Llegas más pronto de lo esperado.

—Eso he deducido. ¿Qué discusiones has tenido sobre mí con tu hermana? —indagó.

Charlize hizo un aspaviento. Él se había dado cuenta de que hacía ese gesto cuando se ponía nerviosa.

Interesante. Ella se veía inquieta.

—Nada importante, debatíamos sobre la idoneidad de las pretendientas que he convocado aquí esta tarde.

—Ah —dijo, sin saber qué más decir. El asunto que le interesaba era el que ella había dicho sobre casarse con él. Porque ese «él» era él... ¿no?

—Llamaré para que nos sirvan un té. ¿Por qué no te sientas? —Charlize se movió hacia la campana y le dio un tirón. Antes de que pudiese pedir un servicio de té, la

doncella entró con una bandeja. Vaya...—. Puedes retirarte Giselle —le dijo a la sirvienta—, yo misma nos serviré.

—Sí, milady. —Giselle hizo una reverencia y se marchó.

Los ojos de Sutherland y los de Charlize se quedaron fijos en la puerta que acababa de ser cerrada. ¿Se había atrevido Giselle a hacer algo tan descarado, o Freyja misma estaría ahí, en las sombras, esperando para cerrar la puerta? La hermana menor de la condesa esperaba no escuchar un cerrojo, porque si Freyja decidía además encerrarla bajo llave con el duque...

¡Qué bochorno!

No tenía que haberle contado nada a su hermana sobre sus ideas con respecto a Sutherland.

—Yo no le he dicho que cerrase la puerta —se vio en la obligación de decir Charlize, cuando él dejó de observar el lugar que permanecía cerrado en esos momentos para centrarse en ella.

—Te habría escuchado decirlo si lo hubieses hecho, Charlize. —Ella asintió—. Háblame sobre el caballero con el que pretendes casarte... ¿es un duque? —indagó.

La pregunta de él hizo que ella derramase todo el té fuera de la taza, dado que había comenzado a servirlo.

—¡Oh, cielos! —exclamó sintiéndose torpe y terriblemente nerviosa.

¡Estaba encerrada en una habitación con Sutherland!

¡Sutherland!

A quien declaró años atrás como un enemigo porque él siempre estaba molestándola y le hacía perder los estribos.

La ansiedad la tenía consumida. Eso no estaría sucediendo si Freyja no hubiese sacado a colación que ella pudiese estar enamorada de él. Sabía que el duque la admiraba, no de qué modo exacto, pero sí que le había llamado la atención poderosamente cuando la conoció. Ella no era la más hermosa de las hermanas, pero sí la más molesta, así que achacó su... ¿interés? Bueno, lo que fuese, a que como ella era la única mujer que se atrevía a enfrentarse al hombre, no al duque, él la había visto y recordado frente al resto.

¡Dios santo!

Y en esos instantes, no solo la estaba *viendo*, lo tenía pegado a su cuerpo mientras le sostenía una mano para comprobar que no se había quemado con el té y le limpiaba unas pequeñas gotas con un suave pañuelo de lino que llevaba sus iniciales bordadas.

¡No podía respirar! Maldita fuese Freyja por sembrar ideas tontas en su mente.

¿Cómo iba a estar ella enamorada de Sutherland?

—Qué tontería, por Dios... —musitó, sin ser consciente de que hablaba en alto.

—¿Qué es una tontería, Charlize?

—Derramar el té —improvisó rauda.

—¿Y qué tiene que ver eso con el amor? —inquirió con suavidad.

—Nada en absoluto —respondió sin poder dejar de mirarlo a los ojos.

—Murmurabas sobre estar enamorada... —expuso con cierta arrogancia.

Él la miraba de un modo muy extraño, y no le había soltado la mano. Incluso había dejado el pañuelo sobre la mesa y tenía la mano femenina en medio de las suyas. No había hecho falta que Charlize bajase la mirada para verlo, sino que lo había sentido. Era incapaz de despegar los ojos de los suyos. La tenía anclada.

—¿Lo he hecho? —No recordaba casi ni su nombre... ¡Cómo para fijarse en si había comentado sus pensamientos en alto!

—Sí. También has aludido a que mis ojos te resultas dulces —indicó.

Ella tragó saliva. Eso lo había pensado, sí... ¿de verdad, lo que había dicho a viva voz?

—Yo... —No supo qué más decir. Estaba bajo algún tipo de hechizo.

—Charlize... —Su nombre sonó como una súplica. Ella supo muy bien lo que le estaba pidiendo. Era amigo de Aidan, un duque, un hombre honorable que deseaba saber si podía besarla.

—No... todavía no —susurró, ante la pregunta muda que mediaba entre ambos.

La mano que él mantenía sobre la femenina se alzó para acariciarle la mejilla.

—¿Por qué no?

Bueno. Ella no encontraba motivos de peso para evitar que él la besase. Charlize deseaba saber si los besos de ese hombre, con el que jamás se atrevió a fantasear, serían tan dulces como su mirada. ¿Qué habría de malo si se besaban? Estaban solos, Freyja les había dado privacidad, y a ella no le sorprendería enterarse de que su hermana mayor hubiese orquestado ese encuentro antes de las entrevistas para forzarla a explorar mejor su propia mente y corazón.

¡Dios!

La joven sabía muy bien lo peligrosos que eran los besos cuando las necesidades carnales tomaban el control. Estaba precisamente en esa situación tras varios años disfrutando de la temporada sin haberse casado, porque ningún caballero querría tener a una dama defectuosa. Rendow se lo había repetido muchas veces y ella estaba segura de que el barón no había mentido sobre eso.

No podía quitarle la opción a Sutherland de encontrar a una mujer mejor que ella. El egoísmo de quedarse con un hombre que valía infinitas veces más que Rendow era grande. Tanto como las ganas de cerrar los ojos y acercarse un poco a él para que obtuviese su pleno consentimiento.

Charlize se lamió los labios.

Un tirón en medio de las ingles, hizo que Sutherland no pudiese esperar más. Se acercó un poco en busca de su boca.

La dama dio un paso apresurado hacia atrás, provocando que él dejase de tocarla. Fue algo brusco y se sintió como si le acabase de propinar una sonora bofetada.

Ella le sonrió, como si no acabase de suceder nada magnífico y sorprendente entre ellos. ¿En verdad, no lo había notado Charlize? ¿No habría sido consciente de esa conexión íntima que acababan de compartir? Esa era la pregunta que se hacía Tristan, porque la otra era todavía más humillante, puesto que ella había sido plenamente consciente de que él deseaba besarla. Quería haber iniciado un acercamiento tibio para ir creciendo en intensidad hasta saquearla y hacerla gemir y deshacerse entre sus brazos.

—Siéntate, te serviré un té en condiciones. Te prometo que todavía tengo un poco de nociones sobre cómo ser una verdadera dama —dijo con alegría y una brillante sonrisa que él sabía que era falsa.

El duque suspiró. Bueno. Lo acababa de rechazar, pero no lo estaba enviado a su casa. Freyja le dijo que debía tener mucha paciencia y él le aseguró que no se rendiría ni un millón de años. La verdadera batalla hacía relativamente poco que había comenzado, así que se sentó en el lugar que ella había decretado.

—Nunca he dudado de tus modales o educación, te considero una dama.

—Endemoniada —observó sin perder la sonrisa. Ah. Esa muestra sí se veía sincera.

—¿Te ofendiste mucho por el apelativo con el que te rebauticé?

—No. En absoluto. —Charlize le tendió la taza y él la tomó. Le había colocado un pequeño chorrito de leche y un terrón de azúcar, lo complació ver que ella conocía cómo le gustaba disfrutar de un buen té caliente—. En realidad me consideré orgullosa de haber llamado tu atención lo suficiente como para que te tomases la molestia de idear un apelativo que me calificase a la perfección.

—¿Así fue? ¿Te sentías honrada?

—Sí.

Ella se había sentado en frente de él. Una mesa de centro los separaba.

—¿Me contarás el motivo, Charlize?

—Eras un duque que no se acercaba a ninguna dama mientras asistía a los bailes. Todo corrección, y cautela también para no dar pábulo a sospechas sobre un posible interés por tu parte hacia una muchacha casadera. Y de pronto... ¡Ahí estaba yo!, bailando con el inaccesible duque de Sutherland.

—¿Solo por eso? ¿Por mi elevado título y mi falta de interés en las demás jóvenes?

—De acuerdo, no solo por eso. —Ella suspiró—. En aquella época cuando nos conocimos, la familia con la que me alojaba me invitó a marcharme de su casa, a Caliope y a mí, para que yo no mancillase por asociación la reputación de su adorada hija. No me permitieron nunca más ser amiga de ella.

—¿Tenemos que recordar ese pasaje ahora, Charlize? —Deseaba haber matado a Rendow, y en lugar de eso le dio dinero para que se marchase sin armar más escándalo.

—Sí. Y debemos hacer mucho más, Sutherland, pero todavía no es el momento. Hay varias damas a las que debes valorar para el puesto de duquesa de Sutherland.

—Charlize... —comenzó a quejarse él.

Ah. Ella conocía muy bien cada tono que él emitía, de modo que era muy consciente de cuándo estaba enfadado, excitado o embelesado según la melodía con la que recitaba su nombre de pila.

—Te nombraré a la primera candidata.

—No es necesario que...

—Sí lo es. Eres un hombre que merece todas las oportunidades que puedan presentársele. He elegido a las mejores candidatas —evitó decir que al menos dos de ellas lo eran—. La primera se llama...

—Un momento —la interrumpió—. No me conoces lo suficiente como para saber la clase de mujer que necesito a mi lado.

—Oh, sí. Sí lo hago —rebatió.

—Pruébalo —la retó.

—Está bien. Tienes un punto orgulloso, no porque seas un hombre, sino por ser un duque. Estás satisfecho de ti mismo, pues aunque heredaste el título prematuramente y estuviste con la única compañía de una vieja tía que vio en ti el milagro de convertirse en madre, consideras que la vida te debe mucho y te satisface estar donde has llegado. Ampliaste tu fortuna tomando buenas decisiones. Desprecias a quien considera que el comercio es algo de baja clase, pues no se puede ser un duque ocioso y confiar en que las arcas y propiedades se mantendrán por sí solas si no se invierte en otros sectores. Buena decisión, esa de convertirte en accionista de la Naviera Beaumont. Aunque sea francesa y los más patriotas opinen que ese negocio fracasará, sabes que son pioneros a la hora de haber elegido una nueva ruta de comercio a...

—¿Cómo sabes que acabado de invertir en esa compañía? —la interrumpió.

—Porque soy eficiente en mi trabajo. Casamentera. ¿Recuerdas? Ahora que hemos hablado de tu título, de tus negocios... Sí, eso es. Consideremos tu carácter. Eres muy consciente de que estás por encima del resto, para eso eres un duque. Ya sabes... en lo alto de la cadena alimenticia social, sin embargo, por las noches, antes de acostarte, estoy segura de que haces balance de tus actos diurnos. Tus padres no están contigo, pero deseas que se sientan orgullosos de ti, de ti como hombre —precisó—, no solo como noble. Puedes estar tranquilo a este respecto, Sutherland, estoy convencida de que si pueden verte desde el cielo, agradecerán que no pases la mayor parte de tu tiempo dilapidando tu fortuna en juegos o mujeres. También aprobarían la donación que hiciste para las viudas de guerra, fue una cosa heroica lo que hiciste, y sin decir nada a los periódicos pese a que no fuiste tacaño a la hora de entregar el pagaré. No te censurarían tampoco por haber atendido una petición anónima en la que se solicitaban fondos

para restaurar un viejo club en el que hubo un horrible incendio, en el que las mujeres solo tienen la posibilidad de llenar la barriga usando su cuerpo. Esas pobres mujeres a las que ayudaste, cayeron en desgracia o no tuvieron más remedio que sobrevivir del modo en el que lograron hacerlo. Eres un héroe que no diferencia entre...

—¿Fuiste tú, Charlize? —la interrumpió—. ¿Me pusiste al corriente de la situación de esas pobres mujeres —usó sus mismas palabras— con una carta sin firma y no tuviste la decencia de decírmelo en persona? —la acusó.

—Sin duda fue alguien que sabía que no desviarías la vista hacia otro lado y que harías lo correcto, sin tener en cuenta la reputación o situación de esas mujeres que siempre estarán en deuda contigo.

—¿Es todo lo que vas a decir al respecto?

—Sí.

—Tengo preguntas. ¿Era allí donde te escabullías algunas noches con ese cochero extraño...? ¡Johanson! Ese era su nombre. ¿Sabes que una vez casi me atiza cuando me vio merodeando por su carruaje, porque vi a una mujer que coincidía con tu aspecto descender de allí dentro para luego meterse en un lugar de dudosa reputación? —Se quedó un momento pensativo—. Las mujeres del club del incendio hablaban de un ángel que las estaba ayudando a aprender leer y escribir, también a pronunciar correctamente el idioma del rey a fin de buscar un empleo mejor.

—Estamos hablando de ti, Sutherland. Olvídate de ese ángel que no lo es en absoluto. Un demonio, sí. Bien El otro día determinamos que tu... envoltorio es perfecto. Esos ojos, tus anchos hombros, estrecha cintura... Salvo las orejas, nadie podrá ponerte otra pega física.

—¿Has dicho envoltorio? —Estaba satisfecho con sus valoraciones, pero esa comparación le llamó la atención poderosamente.

Ella se rio con ligereza.

—¡Eres un succulento bombón, Sutherland! Las damas están deseando hincarte el diente.

—¿Un bombón? —Le sonaba interesante ese aspecto.

—Sí, uno excelente.

—¿Cómo los que engulles, saboreas y que te hacen emitir esos extraños sonidos que provocan que un hombre pierda la cordura? —siguió el duque.

La observó tragar saliva.

—Sigamos hablando de...

—No. Mejor dime si tú me morderías o si me llevarías a tu boca, deslizarías la lengua para disfrutar de mi sabor y luego...

—¡Sutherland! —exclamó ella, mientras se ponía roja como un tomate fresco.

—¿Te incomodan mis conversaciones? —Tal vez hubiese cruzado la línea del decoro y ella se había ofendido.

—No, solo me resulta increíble ver que puedes ser un pícaro. Había escuchado sobre tus aficiones a las cantantes de...

—¿Otra vez con eso? —preguntó irritado. No le agradaba que Charlize estuviese al tanto de sus... aventuras. Era un hombre sano, con unos apetitos comunes, no tenía sentido avergonzarse de haber buscado compañía femenina adecuada, pero...

—Soy concienzuda cuando me piden ayuda para ejercer como casamentera, pero tengo que admitir que te investigué con especial atención cuando supe que eras el mejor amigo de Aidan...

—Y ahí sale Aidan... —musitó, para después ofrecer un sonoro suspiro.

—Quería saber que eras adecuado para ser su mejor amigo. No te preocupes, pasaste la prueba a las mil maravillas y no me vi obligada a tener que romper vuestro vínculo —declaró, como si lo que acabase de decir fuese algo normal y corriente.

—¡Qué gran suerte la mía! Estar a la altura para poder ser considerado digno de disfrutar de la amistad de lord Ross y Luff —ironizó.

—No sé qué te ofende tanto, te he dicho que te consideré más que apto para el puesto. No puedes culparme por haberme cerciorado de que eras adecuado para Aidan. Él iba a casarse con mi hermana, y aunque había comprobado por mí misma el listón de tu lealtad y protección, deseaba estar segura de que no harías que él contratase los servicios de una amante.

—¡Por amor de Dios, Charlize! —la interrumpió él, para ponerse de pie con un salto—. Los hombres casados no pueden tener una esposa y otra mujer que les caliente la cama.

—No sé si pueden, pero muchos lo hacen —observó ella con cautela.

—De acuerdo. Los hombres casados honrados, ya no solo los enamorados, sino lo que son decentes, saben que deben respetar sus votos.

—Así que... ¿no tendrás una cantante de ópera esperando en la River Square? —inquirió con suavidad.

—¿También sabes que allí... yo...? —soltó una colorida maldición que ningún caballero debería citar en presencia de una dama.

—Es tu nidito de amor —explicó ella.

—Está vacío, Charlize. Desde que tomé la decisión de casarme, no hay nadie allí.

—Lo sé. Estoy al tanto de esa circunstancia.

—¿Cómo logras enterarte de cosas tan privadas? —No sabía qué trucos había empleado ella para saber tanto sobre él.

—Estaba diciéndote que sé que la casa está... uhm... desocupada.

—Eso te he dicho.

—Pero no me aclaras si...

—Si, ¿qué? No eres de naturaleza tímida, haz la pregunta, Charlize —le dijo desde la altura. No podía permanecer sentado con una conversación como la que estaban manteniendo.

—¿Vas a conservarla por si acaso necesitas...?

—¡No! —Él al fin la entendió—. La puse a la venta. La única que calentará mi cama será mi esposa. ¿Te satisface esa respuesta, Charlize?

—Mucho —apuntó con orgullo—. No esperaba menos de ti, pero ya sabes... ¡Eres un hombre! Cuando los caprichos carnales se presentan...

—Yo no flaqueo —insistió—. He tardado un poco más de la cuenta en pretender casarme, lo admito. Pude haberlo hecho antes, y si no lo hice fui porque nadie me tentó lo suficiente. Bien. Es hora de que lo sepas.

—¿El qué? —interrogó al verlo frunciendo el ceño y apretando los labios al mismo tiempo.

—Conocí a una mujer. Ella era demasiado joven para mí entonces. Además, su guardián... digamos que no se tomaría demasiado bien mis planes para... —No debería decir seducirla—. No se tomaría bien lo que ella me provocaba. De tal modo que callé y esperé a que la enfermedad se curase por sí sola.

—¿Una enfermedad, Sutherland? ¿Eso era lo que la mujer te provocaba? —inquirió decepcionada.

—Eso era. Una enfermedad mortal.

Ella resopló.

—Tantas cosas que había para poder quedar como un verdadero galán... ¡Enfermedad! —exclamó muy decepcionada.

El duque se complació. Ah. Estaban jugando a un juego que ella no desconocía por completo. Era la ocasión perfecta para hablar.

—Oh, sí. Una dolencia horrorosa, Charlize. Me levantaba por la mañana y mi mente ya estaba pensando en lo que estaría haciendo ella. Nada bueno, porque está... endemoniada —dejó caer. Si ella entendió la alusión o no, él no lo supo, pues la dama no hizo nada sorprendente—. A la hora de comer me sentaba en la mesa, solo, imaginando cómo sería compartir los alimentos con ella mientras yo le contaba los planes de la mañana y ella me informaba de los suyos. Sobre decir que cada vez que nos viésemos o nos despidiésemos, separaciones cortas, por supuesto, compartiríamos un beso, a veces casto, otras más... lascivo. ¿Y las sobremesas? Eran lo peor. Encerrado en mi despacho algunas veces, soñando con que ella viniese a buscarme para obligarme a dejar de trabajar porque se me había hecho tarde. Al entrar, ella se acercaría y yo la colocaría sobre mi regazo para explicarle lo mucho que la había añorado mientras atendía mis deberes. Una cosa llevaría a la otra, y acabaríamos siendo perversos antes de la hora de la cena. Sobre el escritorio, Charlize. Ella se extendería para mí, despeinada, sonrojada y hambrienta por mis besos, por mis caricias mientras yo daría todo lo que sé que necesitaría.

—Sutherland... —Iba a decirle que prefería el lecho, pero levantó una mano para silenciarla.

—No he terminado todavía. Las noches eran lo peor.

—Has dicho que lo eran las tardes —lo interrumpió.

—En realidad, todo era malo porque ella no estaba a mi lado, cumpliendo con mis fantasías románticas y... carnales.

—¿Eres consciente de que estás frente a una dama que...? —Iba a decir

que era inocente, pero se dio cuenta de que no lo era en absoluto y tuvo que callarse.

—Mucho —advirtió al ver que ella se quedaba en silencio—. Y es importante que conozcas esta historia. Noches solitarias, en las que me acostaba solo, añorando la calidez de su cuerpo junto al mío... Piel con piel. Es así como dormiré con mi duquesa. Ella se instalará en mis habitaciones, dormirá en mi lecho y usará la recámara de la duquesa como un despacho, salita o lo que desee —Ella sabía que él la estaba informando de lo que iba a ser su vida, pero no podía decir nada al respecto. Estaba impactada por la convicción con la que lo escuchaba hablar, con la fortaleza de sus palabras, la tensión de su cuerpo, incluso la frustración que se leía entre líneas.

—Sigue hablando de esa... enfermedad... —lo animó, motivada por la curiosidad, al darse cuenta de que él no seguía relatando una historia tan fascinante.

—Soñaba con ella. No estaba bien hacerlo. La deseaba con una intensidad que me hacía arder. Era terrible, Charlize. Fue una enfermedad maliciosa, una obsesión brutal, un deseo continuo que no lograba saciar.

—¿La amas? —inquirió, para después quedarse con la boca entreabierta, pues no podía respirar bien y estaba agitada por las palabras de él.

—¿Amor? Es pronto para decirlo con seguridad. Podría hacerlo, sí. Podría llegar a enamorarme con fuerza, tanto como para que los dos nos olvidásemos de donde empieza uno y donde termina el otro. Todo empezó como un deseo carnal. Uno que un hombre de mi edad no debería sentir por una muchacha recién salida del cascarón. Ah, pero ella no era una joven corriente. Es verdad que censuré muchas de las cosas que hacía o decía, pero comprendí que era valiente, bastante temeraria, también, y algún adjetivo más que no me complacía que ella representase, aunque pronto me di cuenta de que si ella no hubiese sido de ese modo, yo no habría puesto mi atención sobre la joven. Tuve que controlarme durante años. Recuerda que antes apunté a que esperaba que los síntomas de mi enfermedad fuesen remitiendo... —se silenció para ver si seguía contando con su plena atención.

—¿Te curaste? —preguntó, para, a continuación, tragar saliva con fuerza.

Él era muy consciente de que ella sabía de quién estaba hablando y tenía ganas de hacerla saltar. No era el momento.

—No, Charlize. Mi dolencia se fue complicando con el paso de los años. Entre otras cosas porque la dama solía estar rodeada de un pequeño ejército de admiradores.

Ella bufó. Charlize no había sido una incomparable. Nadie se había fijado tanto en ella.

—Seguro que no eran tantos... un pequeño grupo si quieres.

Él la miró con atención. Seguía de pie, observándola sin perderse detalle. Decidió sentarse a su lado en ese momento.

—¿Cómo puedes saber eso, Charlize?

—Lo supongo —reaccionó rápida ante el descuido—. Sigue —lo animó.

—¿Qué más querías saber, Char?

—¿Sutherland?

—¿Qué?

—No acortes mi nombre. No quiero que lo hagas nunca —le ordenó, como si ya tuviese en propiedad el título de duquesa.

—De acuerdo. Trataré de no hacerlo. ¿Algo más?

—Sí.

—¿Qué?

—Antes de que esto se convierta en algo irreversible, es necesario que entiendas que cometí una locura y que yo...

—¿Qué? Qué tú, ¿qué? —la azuzó, al tiempo que le tomaba una mano para después llevársela a los labios y comenzar a besarle los nudillos.

Era el momento de confesarse con él. De explicarle que estaba dañada, era *defectuosa*. Sí, era necesario que él supiera la verdad si pretendía casarse con ella, porque, por Dios, que ella deseaba todas las promesas que él había recitado en sus palabras. Quería acostarse a su lado, levantarse por la mañana pegada a él, desayunar en su mesa, departir sobre frivolidades y cosas más serias a la hora del almuerzo, ir a buscarlo a media tarde para obligarlo a dejar de trabajar... ¡qué la extendiese sobre la cama, no sobre una dura mesa! ¡Lo quería todo!

¿Enamorada?

No lo sabía con certeza absoluta, una vez creyó estarlo y aquello salió catastróficamente mal. Pero pensaba como él. Podría acabar postrada a sus pies si él seguía recitando ese tipo de cosas... Y no. No le importaba terminar completamente enamorada de nuevo si era de Sutherland. Admiraba a Aidan, era su hombre ideal, el esposo de su hermana, y si había alguien tan válido como lord Ross y Luff, ese tenía que ser el duque de Sutherland.

—No soy buena para ti porque...

No hubo tiempo para más. Un golpe en la puerta hizo que toda la magia del momento se rompiese.

El duque no se movió de su asiento, pero Charlize se levantó de súbito, quitándole la mano de los labios de modo tosco.

—Adelante —habló Charlize.

Sutherland apretó los dientes. Ella tenía que complicar siempre las cosas.

—Ha llegado lady Victory. —El anuncio lo hizo Freyja, quien estaba examinando con atención a la pareja—. ¿La hago pasar? —inquirió con los ojos puestos en Charlize en ese momento.

La joven buscó la mirada del duque a fin de que él decidiese lo que hacer. Le debía al menos eso.

—¿Y bien? —preguntó la hermana de Freyja al ver que él no decía nada.

—¿Lady Victory? —Charlize afirmó con la cabeza—. ¿La hija del duque de Warwick?

—Esa misma.

—Uhm. Me has traído la joya de la temporada, ¿quién se negaría a conocerla!? —soltó alegremente sin ironía ninguna. Así que Charlize emitió un gruñido nada femenino que él escuchó y le complació haber escuchado. Igualar la frustración podría ser divertido—. ¿Quiénes son las otras dos candidatas?

—La segunda es la vizcondesa Watson —desveló Freyja, lo que le valió para que Charlize soltase un nuevo gruñido.

—¡Dios! Una propuesta interesante que definitivamente voy a tener muy en cuenta. ¿Y sobre la tercera dama? —siguió él indagando.

—¿Quién es la tercera, Charlize? —preguntó su hermana en tono bufón.

—Una dama igual de interesante que las dos primeras —respondió la interpelada.

Charlize había sido cuidadosa a la hora de buscar a las candidatas.

La hija del duque de Warwick estaba ahí porque era joven, virginal y perfecta para el matrimonio. La viuda era formidable, pues representaba la experiencia y la

carnalidad, dado que se especulaba con que su esposo estaba muy satisfecho con su... comportamiento en el lecho. Luego se había designado a sí misma, porque ella era el grado intermedio. No casaba en el grupo de las jóvenes virtuosas y tampoco entre las respetables viudas.

Lo que más le molestaba era que él se veía ansioso por comenzar con las entrevistas. En especial después de conocer la identidad de la segunda dama que tomaría el té con ellos.

Tenía que haber hecho la bebida con una hierbas purgantes para provocarle un enorme dolor de barriga a Sutherland y verlo en un aprieto al buscar con urgencia un orinal.

¡Charlize no quería que él valorase a otras mujeres!

Y pensar que todo ese embrollo lo había causado ella misma... Si pudiese volver atrás las agujas del reloj hubiese actuado de otro modo cuando Sutherland la obligó a meterse en el carruaje con él el otro día...

¡Qué tontería!

¡Charlize tuvo que haber aceptado la orden de Aidan de casarse con su mejor amigo de inmediato!

¡Mejor aún!

Podría haberse dejado ir, demostrar que era una auténtica falda ligera, así Freyja los hubiese encontrado retozando en el sofá y la boda se hubiera celebrado a toda prisa mediante una licencia especial al día siguiente.

—¿Charlize? —Freyja la llamó.

—¿Qué?

—¿La hago pasar? —Su hermana mayor debía haber notado su contrariedad, porque sospechaba que su rostro tenía que ser un poema de terror.

La joven entrelazó las manos por delante de su regazo, mostró su mejor sonrisa —que no la más sincera— y afirmó con la cabeza.

—Por supuesto que sí. Estamos aquí para casar al mejor amigo de nuestro querido Aidan. Lady Victory es una de las opciones más sensatas, sería un tonto si no la eligiese. Sutherland no podría hacerlo mejor si ella lo aceptase. —No mentía. La viuda era adecuada, pero era mejor una joven sin... *estrenar* en el lecho.

Charlize se giró para buscar la mirada de Sutherland, quien seguía sentado pese a ser consciente de su falta de etiqueta porque había dos damas en la misma estancia que él.

—¡Formidable! —exclamó, esperando que su emoción se viese sincera.

¿Por qué la endemoniada Charlize Archer no podía admitir que estaba igual de embelesada y tenía la misma curiosidad que él?

Testaruda hasta el final...

Bien. Él iba a darle una buena lección.

Oh, sí. El interés que ella sentía hacia él había sido más que patente.

Las entrevistas iban a ser de lo más divertidas.

Capítulo 7

Le había prometido una caja de sus bombones favoritos a cambio de ir a su casa a tomar el té. La hija del duque de Warwick estaba en otro círculo diferente al de Charlize. La escala social era algo muy relativo, incluso ahí arriba, entre la aristocracia más selecta había más capas. Así que lady Victory consideró que la pequeña de las Archer solo deseaba codearse con ella debido a su popularidad. Era la beldad, la incomparable de la sociedad, así que cuando Charlize le propuso ir a su casa para pasar una tarde juntas y conocerse mejor, la muchacha le dijo que lo haría solo si le daba una caja de bombones de esos de los que todo el mundo hablaba.

Desde su incursión en la temporada, Charlize había ido comprando bombones de aquí y allá hasta que dio con unos únicos. Eran de un lugar muy especial, un establecimiento en el East End en el que nadie miraría y Charlize juraría que eran los mejores del mundo. Aidan era quien los había encontrado una vez que acudió allí para socorrer a una familia que se iba a quedar en la calle. Al conde le llegó una misiva anónima donde se le solicitaba su mediación para que ayudase con una situación difícil, a una mujer que acababa de perder a su esposo. Charlize conoció a esa mujer en el club donde ayudaba a las mujeres a aprender a leer y a escribir. Era una doncella que se ocupaba de la limpieza, y a su esposo, que era parte de la seguridad del lugar, le habían dado una paliza de muerte unos ladrones cuando regresaba a casa una noche.

Charlize vio recompensada su buena acción de ayudar a la viuda porque Aidan trajo a casa aquel día esos bombones tan especiales que la sociedad no sabía de dónde salían.

Estaba más que claro que si la perfecta, pulcra y recatada Victory se quedaba con Sutherland, Charlize no iba a darle otro regalo mayor. Ni un solo bombón le ofrecería por haber ido esa tarde a tomar el té.

—No puede tener la cabeza más hueca... —musitó Charlize, sin darse cuenta de que lo hacía.

—¿Qué? —inquirió la muchacha quien en ese momento había dejado de departir con Sutherland.

—¿Charlize? —intervino el duque, ahogando una carcajada. ¡Estaba

celosa! Él se había comportado con suma corrección, pero había estado alabando a la muchacha durante la conversación.

—¡Ah! Solo estaba pensando en Portia Peterson. —Ese era el nombre de la que Victory consideraba su mayor rival—. Es una cabeza hueca —aseveró Charlize.

—¿Tú también opinas como yo? —preguntó extasiada Victory.

—Por supuesto que sí.

—¿Quién es la dama de la que hablan ustedes dos? —preguntó con suma etiqueta el duque. No podía tratar con informalidad a Charlize delante de otra muchacha por más que lo desease.

—Es una odiosa arpía que no soporta que yo sea la incomparable de la temporada —expuso con orgullo la hija del duque de Warwick.

—Oh, cielos. ¡Qué tarde se nos ha hecho! —observó Charlize sin mirar el reloj de la repisa. Hacía por lo menos una eternidad que estaban reunidos. Bueno. Había pasado un cuarto de hora, pero sentía como si fuese una insufrible cantidad horrorosa de tiempo—. Me temo que Su Gracia y yo hemos monopolizado su tiempo en exceso. Usted es una dama ocupada y no quisiéramos...

—Es cierto. Creía que esta iba a ser una cita aburrida y solo reservé unos pocos minutos de mi preciado tiempo, para mi admirada Charlize —luego miró a Sutherland como si fuese un helado de Gunter's—. De haber sabido que el duque nos acompañaría hubiese cancelado mi próxima cita. Tengo que ir a merendar con lady Portia.

—¿Lady Portia? —preguntó Tristan frunciendo el ceño—. ¿La misma cabeza hueca de la que ambas se quejaban hace un instante?

—La misma. Somos rivales, aunque hay que guardar las formas. El padre de ella es un caballero a quien Warwick respeta y es mi obligación ser amable con ella... públicamente, al menos.

La invitada de Charlize ya se estaba levantando de su asiento. A continuación, cuando tanto la hermana de Freyja como el duque estuvieron en pie, ella le tendió la mano a Sutherland para que se la besase y le dio un abrazo de lo más falso a Charlize.

Se despidieron de ella y cuando salió por la puerta, Charlize hizo lo mismo.

—¿A dónde vas? —preguntó Tristan, sorprendido porque hacía un instante que ella había estado a su lado y luego la estaba observando marcharse a toda prisa.

—Es pronto todavía. Sabía que Victory no esperaba estar aquí más de diez minutos, quince a lo sumo tal y como ha sido. Así que avisaré a lady Watson de que no será necesaria su presencia. Le enviaré una nota.

A la viuda no tuvo que prometerle nada, se relamió los labios cuando le dijo que las acompañaría el duque de Sutherland durante el té. Iba a disfrutar escribiéndole para decirle que se había suspendido su reunión. Mejor que se lo quedase Victory que la pecaminosa lady Watson.

—¿Por qué harías eso? —Se había perdido algo.

—Es más que evidente que has elegido a tu duquesa, Sutherland.

—¿Disculpa? —Estaba asombrado.

—Te conozco bien. Victory te ha encantado, así que enhorabuena, es una elección sabia, la que imaginaba que harías. Te irá bien con ella. —Luego salió de la estancia.

El duque comenzó a correr tras sus pasos, la agarró del brazo y la volvió a meter en la salita, para después cerrar la puerta.

Ella no se quejó debido a la acción, pero mantenía la mirada baja. Estaba esperando a ver qué diantres quería él.

—Admite que estás celosa —le dijo sin más preámbulos.

Ella levantó la cabeza y lo enfrentó.

—No, porque no lo estoy. Esa muchacha no es ni la mitad de bonita de lo que es Caliope, es pusilánime, no como Freyja que es fuerte, su dulzura no llega tampoco ni a la mitad de la que posee Cleopatra. No, Sutherland, no puedo estar celosa de alguien que es muy inferior a mis hermanas en todos los sentidos —se reafirmó.

—Estás muy celosa. ¡Por amor de Dios, Charlize!, le has dicho a la hija de un duque que es una cabeza hueca —le recordó.

—En absoluto. Era Portia a la que me refería.

—¡Ya puestos a señalar los defectos de la hija de Warwick, di que no es ni la mitad de inteligente que tú! Ha sido un milagro que ella haya salido viva de aquí. Te has pasado toda la breve velada gruñéndole. ¡Llegué a temer por la seguridad de la joven!

—Te ves complacido, Sutherland. Y no es amable hablar así de la dama que convertirás en tu esposa. Por cierto, ¿no te duele el rostro de tanto sonreír? Has hecho un

espectáculo... —murmuró incrédula.

—¿Es así cómo será siempre, Charlize?

—No sé a qué te refieres.

—Sí, sí que lo sabes.

—Te digo que no... —comenzó a decir ella.

La pegó contra su pecho, pues todavía no la había soltado de su agarre por temor a que volviese a tratar de huir.

La acción hizo que la cabeza de ella se golpease contra su torso.

—Lo siento, no pretendía ser tan brusco. —Le levantó el rostro cogiéndola por la barbilla para hacer que ella lo mirase a los ojos una vez más.

—¿Por qué haces, esto, Sutherland? Lo estamos complicando todo. Victory será todo lo que se espera que sea tu duquesa. No vas a encontrar nada mejor, te lo garantizo —dijo con infinita lástima.

—Olvídate de ella, incluso de la viuda. Háblame de la tercera y misteriosa candidata, Charlize. —Casi sonó a ruego.

Ella negó con la cabeza. Debería estar sorprendida, pero no lo estaba.

—Lo sabes... —No fue una pregunta.

—Sí.

—¿Freyja?

—Me mandó una nota urgente para que viniese lo antes posible. Tu hermana me estaba esperando en la puerta y me dijo que habías aceptado mis deseos. ¿Cuál era la finalidad de hacerme rogar? ¿Necesitabas reafirmarte ante mí? ¿Deseabas ser perseguida? Porque te aseguro que no he parado de correr tras tus pasos desde la primera vez que nos vimos.

—No soy buena para ti, Sutherland —regresó a ese asunto espinoso.

—Es la segunda vez que te escucho decir eso.

—Porque es la verdad. Estarías mucho mejor sin mí. Deberías huir de

inmediato, Sutherland —le recomendó, mientras las lágrimas se le agolpaban en los ojos y rodaban por las mejillas.

Él le limpió la humedad con los dedos, mientras mantenía su rostro enmarcado entre sus manos.

—¿No lo sabes todavía, Charlize?

—Sí, sí lo sé, Tristan —le pareció bien utilizar su nombre de pila—. Te he escuchado atentamente antes de la llegada de Victory. Incluso en el carruaje, el otro día, mientras te hablaba de mis planes para ayudarte a casarte, yo lo sabía. Y también lo sentí la noche que nos conocimos. Hay algo entre nosotros... Si solo hubieses llegado a mi vida antes...

—¿Antes que él? —indagó con suavidad, conteniendo la rabia.

—Sí. Estoy rota, Tristan.

—No, no lo estás. Si me lo permites, si nos das una oportunidad, podemos ser incluso más perfectos que Freyja y Aidan. Solo tienes que aceptar lo que te ofrezco y no seguir luchando.

Él apoyó su frente sobre la de ella, y la apretó más fuerte por la cintura. El duque era muy consciente de que si no retrocedía, si se dejaba llevar, la situación podría ponerse interesante, aunque eso complicaría las cosas porque estaban en casa del guardián de ella, donde alguien podría sorprenderlos. No debería permitir que nada indecoroso sucediese. Había esperado mucho tiempo, tres largos años hasta que decidió que ella ya era bastante mayor para casarse con él. Un poco más de tiempo no sería un gran sacrificio...

Y mientras pensaba que sería un caballero, sus labios encontraron los de Charlize. Como si nada más importase, como si todo los hubiese conducido a ese instante. Besarse era lo correcto, hacerle comprender que debían estar juntos era fundamental y no conocía otra vía más rápida que demostrárselo con un beso.

Besarse era lo que los dos necesitaban, decidió Tristan.

Charlize no le puso impedimentos. La boca femenina se convirtió en pura suavidad, le dio la bienvenida de buen grado. La besó profundamente, aunque primero tanteó, para luego hacerlo con mayor urgencia. La joven le respondía con la misma intensidad. Tristan sintió su agarre alrededor de su cuello, incluso las uñas rasparon con suavidad sobre la carne de su nuca, eso provocó que se pusiera duro de inmediato.

Sus manos tuvieron vida propia, deslizó la derecha, que había estado sobre la cintura femenina, hacia arriba, hasta llegar a su pecho. La joven jadeó contra su boca y rompió el beso, aunque todavía no había tratado de escapar de su agarre. Los ojos de la dama bajaron

para ver la zona que él estaba amasando con ingenio. La respiración de Charlize era irregular. Ella se arqueó contra la palma de su mano cuando sintió que su pezón estaba completamente duro y excitado.

Lo acababa de comprobar. Charlize Adelaida Archer también lo deseaba con la misma fuerza. No necesitaba más. Cerró los ojos y buscó la poca cordura que le quedaba. Besarla había sido el cielo, después de tantos años imaginando cómo sería, al fin pudo saciar su curiosidad. Se detuvo, pues si no la soltaba en ese preciso momento no podría hacerlo nunca. La necesitaba desnuda, debajo de su cuerpo gimiendo en sus brazos mientras él la poseía, llenándola para darles placer a ambos.

Tenía que separase de inmediato, dejar de acariciar su pecho...

—Detenme, por amor de Dios, Charlize —pidió, al ver que no sería capaz de dejarla ir si ella seguía reaccionando de ese modo.

—Necesito que me beses —susurró—. Quiero que me beses tanto y tan fuerte que me hagas olvidar todo, Tristan. ¿Puedes hacerlo?

—Sí. —La mano que tenía libre se movió hasta la parte posterior de la cabeza, cogiendo en un puño parte del cabello que ella tenía libre y dándole un tirón firme que la hizo jadear de nuevo—. Pretendo besarte tanto, de un modo tan certero, que olvidaré incluso quién soy yo, Charlize.

Su boca regresó a la femenina. En esa ocasión no la deleitó con besos tiernos pero exigentes, no, fueron un reclamo exhaustivo inicial de todo lo que pretendía llegar a hacer. Le metió la lengua hasta lo más profundo de su cavidad, lo cual resultó complejo porque ella luchaba contra él en una batalla donde ambas lenguas se buscaban, se complementaban y se saboreaban la una de la otra. Ella sabía a chocolate. No podía ser de otro modo, todavía le quedaba un resquicio de ese dulce que tanto le gustaba disfrutar.

Charlize afianzó su posición aferrándose a su cuello con mayor fuerza, a la vez que trataba de seguirle el ritmo de los besos que recibía. La boca de él abandonó la de ella. Tristan se inclinó para besar su cuello, para seguir dejando un reguero de besos de camino a su oreja, para luego centrarse en su mejilla.

Charlize se sorprendió por la intensidad con la que él la devoraba. Había sabido que la deseaba, pero era en ese momento cuando estaba siendo plenamente consciente de la necesidad que el duque tenía de ella. Estaba plétórica. La excitación de su cuerpo se traducía en hacer que gimiese cada vez más alto.

Lo había anhelado tanto sin saberlo... Los besos de Tristan debieron ser los primeros que recibió. Sus caricias hubiesen tenido que introducirla en el mundo del placer. Él sí era un hombre que actuaba con honestidad, seguro, confiable.

Una lágrima escapó de su ojo derecho. Le siguió una nueva en el otro lado. Era dichosa. Por primera vez en toda su vida estaba llorando de pura felicidad, no quería que nada estropease ese instante.

Charlize estaba eligiéndolo a él sobre todas las cosas. La pasión que le ofrecía. No lo creyó posible, pero estaba comprobando que podía confiar otra vez en un hombre.

Era Sutherland.

Tristan.

No le fallaría. Se juró que si él la aceptaba con su gran tara, lo haría feliz durante toda su vida.

Iba a dejar de besarlo para explicarse... No pudo concentrarse en sus pensamientos.

El duque acarició sus dos senos sobre la tela de su vestido de tarde, y la volvió loca. Desde que estuvo con Rendow, Charlize había tratado de apartar los pensamientos oscuros de su mente, rechazaba cada soplo de necesidad que su cuerpo pudiese emitir, pues con una sola vez tuvo bastante para determinar que la lujuria no era buena.

¡Qué equivocada había estado!

Solo se necesitaba al compañero adecuado para volver a despertar y no arrepentirse.

Charlize necesitaba más. Era de vital importancia sentir sus manos sobre su piel desnuda. Sus pezones precisaban de una atención que era insuficiente. La necesidad era tan intensa, tan formidable, que no veía nada más aparte del deseo que Sutherland le provocaba.

—Por favor, Tristan... Estoy desesperada por sentir tu toque... —le dijo sin vergüenza alguna.

—Estoy ansioso por tocarte —le respondió él, para después desabotonarle parte de la hilera de detrás. Le dio un pequeño tirón y todos los botones saltaron por los aires, pues no quería dejar de besarla mientras se disponía a sacar sus senos del cautiverio de su vestido.

Rasgó la camisola desde atrás y al fin tuvo una visión completa de su pecho. Para admirarla sí que decidió dejar de besarla. Se veía hermosa. Un bello cuadro pintado por el mejor artista que fuese capaz de captar el ardor de una mujer que deseaba ser poseída.

Los labios rojos, hinchados por sus besos, sus mejillas sonrosadas, su pelo

despeinado con gracia... Y ¿qué decir de sus pechos?

Los pezones se observaban fruncidos, estratégicamente colocados sobre dos globos carnosos de un color lechoso que permitía diferenciar la oscuridad de esas puntas enhiestas.

El primer toque fue... Un rayo la recorrió. Tristan estaba jugando con los dos pezones, dibujaba círculos alrededor de su aureola.

—Fascinantes... Un día me tendrás aquí —dijo, al tiempo que sujetaba los senos para unirlos—. Me meceré aquí, entre tus sublimes senos y tú te desharás de placer mientras sacas la lengua para lamer mi virilidad. Será glorioso, Charlize —le dijo.

Ella no entendió demasiado bien lo que él acababa de decir. Lo único que sentía era que estaba ardiendo y que necesitaba calmarse. Era bueno estar teniendo ese interludio, porque además de desearlo, él comprobaría lo dañada que estaba y así podría determinar la conveniencia de casarse con ella. Si al final la rechazaba, al menos atesoraría ese encuentro para toda la vida, porque el recuerdo de Sutherland sí era algo precioso para no olvidar.

—¡Dios! —exclamó ella, cuando la boca del duque se posó sobre el pecho derecho para engullirlo. La lengua de él inició una danza divertida y frenética.

Ella se aferró a él, sosteniéndose con las manos colocadas en su cabello. Un punto comenzó a palpar con demasiada urgencia en su sexo. Necesitaba algo de alivio.

—Tan hermosa... tan deliciosos... —decía, mientras chupaba sus senos con suma impaciencia.

—Tristan...

La comprendía. Así que la tomó en sus brazos, se sentó en el sofá y la colocó a horcajadas sobre su virilidad. No se quitaría los pantalones. Eso sería una verdadera temeridad.

Charlize se movió sobre su regazo, lo que provocó que sintiese la dura cresta masculina sobre ese punto exacto que palpitaba cada vez con más fuerza.

Él gimió suavemente sobre su boca cuando ella se meció por primera vez sobre su erección.

Lo escuchó gruñir. Parecía un macho en celo. Se sintió poderosa. Así que comenzó a mover las caderas con un ritmo más preciso. Él jadeaba y decía cosas inconexas, algo sobre tener que detenerse... Oh, ella no podía hacer eso.

Charlize lo besó para que no hablase, y atrapó el labio inferior de Tristan entre los dientes, para luego soltarlo y succionarlo entre los suyos propios.

Ella se detuvo y se quedó mirándolo, sin dejar de moverse como una amazona que montaba a su semental. Los dos respiraban con gran dificultad. En la mirada de uno y otro se apreciaba la necesidad, las brumas de la lujuria cruda.

Oooh, pero Charlize veía amor ahí también. Y confiaba en que Sutherland a su vez lo estuviese viendo reflejado en sus ojos.

—No quiero olvidarte nunca, ni que me olvides —le informó ella.

—Jamás.

—Eres Tristan Charles Dankworth, duque de Sutherland, el hombre al que no he sabido apreciar en lo que vale, pero te juro que te veo. Ahora te veo y te necesito más que a nada en este mundo. —Le acarició la mejilla.

—Eres lady Charlize Adelaida Archer, hija del difunto conde Luff, pupila del actual lord Ross y Luff, siempre te vi, siempre te escuché y siempre te quise así, sobre mí, deshecha, pidiendo mi atención, confesando tus sentimientos, reclamado mi atención. Serás mía, Charlize. Mía para siempre. Nadie me impedirá luchar por lo que quiero. Y por Dios, los ángeles, o quien rija el universo que serás la duquesa de Sutherland, mi esposa, la madre de mis hijos. Viviremos juntos, moriremos juntos y nos enterrarán el uno junto al otro bajo la misma lápida.

Ella estalló en un sollozo y se abrazó a él con fuerza.

—No te merezco... No te merezco.

—Olvida el pasado, mi amor. Quiero tener esto contigo. Vuelve a gemir, necesito escucharte. Necesito esto, quiero verte disfrutar aunque sea así, con ropa impidiendo sentirnos por completo. Dame lo que te pido, Charlize.

Sus palabras fueron acompañadas con un movimiento certero que la puso de nuevo a *cabalgar*.

Dios de los cielos... El duque solo podía mendigar, porque el mero pensamiento de estar dentro de ella, hundiéndose hasta la empuñadura, deslizándose por toda esa suavidad caliente y estrecha...

Dolía. Su erección le dolía.

—Charlize, termina para mí —le ordenó, porque no podría contenerse

mucho más, si ella no se detenía, él estallaría y no quería derramarse sobre sus pantalones.

Pronto, se prometió a sí mismo. No en ese momento, no iba a desflorarla sobre un sofá por más que todo le indicase que tenía que hacerlo. Ese no era el modo en el que un hombre honorable trataría a una mujer, más a una de la que estaba completamente enamorado. La reclamaría en su noche de bodas, después de casarse.

Lo de ese momento, lo que ambos estaban haciendo, era un preámbulo, una muestra de lo bien que lo harían juntos. Era un pequeño regalo para ella.

Cuando Tristan se acostara con su duquesa por primera vez, lo haría en su cama y tenía la firme intención de pasar horas complaciéndola adecuadamente, de deleitarse con su cuerpo desnudo, explorarla a fondo. Y el interludio finalizaría con Charlize gritando su nombre y pidiendo clemencia porque no podía soportar tanto placer.

—¡Tristaaaaaan! —chilló, cuando el éxtasis la atravesó.

Oh, sí, pensó él orgulloso de sí mismo. Ella gritaría del mismo modo, tal vez un poco más alto.

—Eres maravillosa —le dijo, cuando ella se dejó caer sobre su cuerpo. La mantenía abrazada, acariciándole la espalda.

—¿Qué ha sido eso, Sutherland? ¿Qué me has hecho? —Estaba fascinada con la reacción de su cuerpo. Con la explosión final. No ocurrió nada parecido con el patán al que no deseaba recordar en ese feliz instante.

Como diría Freyja... ¡Madre del amor hermoso!

—Los franceses lo llaman *le petite morte*.

—Eso no ha sido morir. Ha sido glorioso. Lo deberían llamar la gran vida, en todo caso.

Él se rio ante sus palabras.

Ella se separó de su cuerpo para mirarlo a los ojos.

—Tú no has disfrutado. —No era una pregunta.

—Muchísimo, Charlize. Escucharte, sentirte sobre mí y observarte llegar al cielo ha sido fascinante. No necesito nada más de ti por el momento.

—Pero yo quiero dártelo, aquí y ahora, Tristan.

—Y eso te hace ser generosa.

Ella tragó saliva. No. No era nada parecido a eso. No tenía el valor necesario para explicarle su condición, así que era necesario que él lo comprobase. No habría sangre en su lecho nupcial. Era una sencilla frase, ella solo tenía que decirla en alto para que él atase cabos.

—¡Oh, cielos! —La voz de una mujer se escuchó tras abrir y cerrar de golpe la puerta de la salita.

Charlize identificó a Freyja de inmediato.

—¿Qué ocurre, esposa? —Eso era la voz de Aidan que se oía con claridad tras la puerta. Los condes estaban al otro lado, separados por la madera que se preveía fina en esos momentos.

—Nada en absoluto.

—¡Déjame entrar, Freyja!

—No, no lo haré y si me amas como dices, no lo harás.

—¡Charlizeeeeeee! —gritó como un loco el conde.

—Tuvimos que haber cerrado la puerta con llave —apuntó la pupila del conde, quien estaba saliendo del abrazo de Sutherland. Se dio cuenta de que su ropa estaba completamente arruinada y su aspecto era todavía peor.

Buscó al duque con la mirada, él seguía sentado en su lugar y la miraba embelesado. Al menos lo hizo hasta que ella escondió su pecho.

—Quisiera verte desnuda por completo.

—¡Sutherlaaaaaand! —Un nuevo grito de Aidan—. Sé que estás ahí e imagino lo que estás haciendo.

—¿No deberías estar saliendo por la ventana o algo así? —preguntó Charlize al verlo tan tranquilo. Había una ventana a la derecha que podría servirle para huir.

—¿Por qué? —inquirió despreocupado Tristan.

—Porque te cortará en pedazos si Freyja no logra evitar que entre y nos vea. Por cierto, tendremos que agradecerle a mi hermana que la viuda que busqué para que conocieses no se haya presentado, sospecho que ha debido anular la visita mientras nosotros...

—Espero que tu hermana fracase y mi mejor amigo nos vea —la interrumpió porque no quería pensar en ninguna otra mujer—. Tengo una licencia especial en mi bolsillo y la usaremos lo antes posible. Podríamos terminar mañana por la noche, lo que hemos empezado hoy. Te aseguro que lo que has experimentado conmigo aquí y ahora, solo es una pequeña muestra de lo que te espera. Sobre la segunda visita que esperábamos, yo mismo le dije a Freyja que se deshiciera de tu otra sugerencia para ser mi esposa en cuanto llegué aquí después de que ella me enviase una nota para convocarme y decirme que me amabas.

—Tuve que haberlo supuesto, siempre vas un paso por delante de mí. Es complicado sorprenderme, pero tú lo haces a cada rato, Tristan. Es refrescante, la verdad —opinó Charlize.

—Querida mía, abre la puerta y terminemos con esto. Aidan volcará su ira sobre mí, pero comprenderá que esto tenía que suceder. No es como si él hubiese sido un santo cuando conoció a su condesa. Te aseguro que se portó todavía peor que yo.

—Eres temerario.

Ella se adecentó lo mejor que pudo y abrió. El duque seguía sentado, cruzó las piernas, esperando que su erección se debilitase.

Charlize divisó a Freyja, quien estaba al lado de Aidan, por suerte ninguno de los dos se habían atrevido a entrar.

—¿Y bien? —inquirió el conde con cara de pocos amigos.

—Y bien ¿qué? —rebatió ella altanera.

—Dile que salga. Mi condesa me ha prohibido entrar, pero en cuanto él ponga un pie fuera de esa habitación lo mataré.

—¡No seas tan dramático! —le dijo Sutherland desde su posición.

Aidan no se atrevía a mirar hacia dentro de la habitación, tenía bastante con la imagen que presentaba su pupila.

—¿No? ¿Has visto cómo la has dejado? —lo atacó el conde. Ella se veía como una mujer bien amada.

¡Dios! Aidan estaba viviendo un infierno.

—Sí —respondió el duque—, y te aseguro que ella sigue siendo perfectamente respetable, solo necesitaba un poco de... persuasión para aceptarme y he tenido que ejercerla.

—Sal para que pueda matarte con mis propias manos, Sutherland.

—No puedo hacer eso, Aidan.

—Cobarde... —siseó lord Ross y Luff.

—No es cobardía. Es sentido común. Si me matas no podré hacer lo correcto. Ella tiene que casarse conmigo. Y no solo eso. —Dado que su virilidad estaba menos amotinada se levantó al fin y se dirigió a la puerta. La hizo voltearse para tenerla enfrente, colocó una mano sobre los hombros de Charlize, la miró y le sonrió—. Ella desea casarse conmigo.

—¿Eso es verdad? —indagó Aidan.

—Sí —aseveró Charlize con seguridad—. Me casaré con Tristan si me acepta. —Tenía que hablar con él, era imperativo contarle su *sucio* secreto. Oh, pero estaba en una encrucijada, si se lo decía y se retractaba... ¡Cielos! Aidan no podía haber llegado en peor momento, si Sutherland se echaba atrás, su tutor se lo haría pagar.

¡Maldita fuese su suerte!

—Todo arreglado. Convoca al resto de sus hermanas —le ordenó a Aidan—. Mañana por la mañana será el día de nuestra boda.

—¡Por fin! —saltó Freyja, mientras se disponía a abrazar a Charlize—. Están avisadas ya. No sé si podrán llegar tan pronto, pero seguro que lo hacen lo antes posible. Será un placer contar con toda la familia bajo un mismo techo.

—¿Qué? ¿Ya les habías dicho a Caliope y a Cleopatra que yo...?

—No —la cortó—. Fue Sutherland quien nos informó a las tres de sus planes con respecto a ti. Nos limitamos a animarlo y le sugerimos varias cuestiones que... —se silenció. Mejor no decir que él al final había optado por seducirla en la salita. Ellas le aconsejaron la biblioteca porque era un lugar más apartado. Ah, Charlize había sido despiada a la hora de emparejarlas, así que no había daño en tomarse la revancha—. En fin... Aidan fue el único que no se tomó demasiado bien la noticia. Mi esposo se cree muy inteligente, pero no había visto lo que nosotras ya sabíamos desde hacía años.

—¿Tú lo sabías? —saltó el conde enfadado.

—Claro que sí. Soy la mayor, tu amigo es inteligente como tú y me informó la primera porque necesitaba mis bendiciones.

—¡Maldita sea! ¿Te dijo que la deseaba, que no sabía cuánto tiempo podría contenerse y tú lo animaste?

Sutherland se tapó el rostro con la mano que tenía libre.

—¡Eso te lo dije solo a ti! ¡A mi mejor amigo! Gracias por dejarme en entredicho ante mi prometida y su hermana mayor —se quejó Tristan.

—Oh, no —terció Charlize—. Ya sé que me amas, así que estoy satisfecha con que me desees.

La boca de Sutherland buscó la de ella con desespero.

Freyja carraspeó y se separaron.

El conde se marchó del lugar refunfuñando y diciendo a viva voz las mil y una formas en las que le gustaría matar a su mejor amigo...

Capítulo 8

—¿Quién iba a decir que la endemoniada Charlize acabaría madurando? ¿Os acordáis cuando la regañábamos y ella nos daba las gracias porque sentía que todo lo malo que decíamos sobre ella era un cumplido? —Caliope, la segunda hermana de las cuatro estaba colocándole la última horquilla en el peinado a la menor de las Archer.

Era el día de la boda de Charlize. Las cuatro hermanas estaban ayudando a la más joven a prepararse para desfilar por el pasillo de una humilde vicaría hasta el altar.

Sutherland, aunque era un duque importante, le había concedido el capricho de tener una ceremonia íntima y pequeña.

Tristan se portaba demasiado bien con ella. Charlize era muy consciente de que había hecho muchas cosas mal en el pasado, sin embargo, la más destacable fue no apreciar a ese hombre en todo lo que la valía.

Había pasado una semana desde que todo saliese a la luz, desde que los condes de Ross y Luff los pescasen delinquiendo en la salita de recibir visitas. Los sentimientos de ella, los de él... Todo era muy intenso. Siete días dónde se comportó como el más atento de los pretendientes, invitándola a dar paseos por Hyde Park, con Freyja ejerciendo de carabina, salidas al teatro, y no para ver a las cantantes de ópera, sino obras del maestro Shakespeare.

Tristan fue especialmente tierno cuando le aseguró que ellos vivirían un final muy épico que en nada se asemejaría al de Romeo y su Julieta.

Oh... si ella tuviera la certeza de que fuese así...

Era una auténtica cobarde. No quería privarse de ese hombre tan afable, bueno y atento, de tal modo que no le había contado ni una sola palabra sobre lo que sucedía. Y tuvo un impulso muy grande de hacerlo cuando llegó a su casa una nota anónima dirigida a ella en la que le recordaban que el mundo estaba lleno de secretos. Fue un texto en clave, aunque Charlize no necesitaba la firma de la persona que envió esa misiva para saber de quién se trataba. Todo Londres especulaba y se mostraba sorprendido por el interés de Sutherland en ella porque el duque había dejado muy claras sus inclinaciones. Le había pedido a Tristan una boda íntima, y también que no se publicase un anuncio previo en el periódico, porque le pareció oportuno

utilizar la licencia especial que él poseía y le gustaba tener cierta intimidad sobre ese asunto.

Con Rendow acechando en las sombras y con Sutherland haciéndola suspirar en la luz y...

¡Qué desastre!

Estaba aterrada, porque no le había confesado su desliz y no quería hacerlo. La sola idea de perder a Tristan... ¡No quería arriesgarse! Y, sin embargo, era muy consciente de que estaba ocultándole algo demasiado importante que podría arruinar la felicidad de los dos.

—¿Nos estás escuchando? —la voz de Cleopatra la trajo al presente.

—Claro que sí. Tú estabas felicitándome por haberte apartado de un bobo que no te merecía y te disponías a darme un beso en la mejilla por haberte llevado hasta el señor Gilmore, el mejor esposo que yo encontré para ti. Caliope estaba a punto de hacer algo muy similar, aunque ella es más de abrazar que de besar. En cuanto a Freyja... Bueno, ella estará regocijándose de aquí hasta el día de su juicio final porque se dio cuenta de que Sutherland y yo seríamos una pareja envidiable. ¿Me he dejado algo? —preguntó, mientras las miraba a las tres con una sonrisa en el rostro.

—Eres odiosa. Y no me arrepiento de haberle dicho a tu duque que te hiciese sufrir antes de llevarte al cielo cuando vino a buscar mi aprobación —terció Cleopatra—. Sabes que me enfadé muchísimo contigo la temporada pasada por meterte de lleno en mis asuntos, por haber apartado a un pretendiente que yo misma elegí, y tienes el descaro de restregármelo por la cara esperando a que te lo agradezca. —Charlize levantó una ceja—. ¡Maldita sea, Char!, ¿cómo lo haces siempre para salirte con la tuya haciendo cosas que sabes que no están bien, y que al final te demos las gracias?

—Ya era hora, Cleopatra. Te ha costado, pero tu agradecimiento por fin ha llegado. Sé que soy la mejor de tus queridas hermanas en cuanto a orquestar casamientos apropiados se refiere. Te perdonaré el descuido de haber acertado mi nombre, porque tus palabras me han llenado de orgullo, pero no lo vuelvas a hacer.

—¡Eres imposible! —terció Cleopatra, actual vizcondesa Wars.

—Gracias —apuntó la inminente duquesa de Sutherland con satisfacción.

—Y ahí está nuestra vieja Charlize —tomó la palabra Freyja—. Agradeciendo cumplidos que no lo son en absoluto.

—Tal vez no haya madurado tanto después de todo —sostuvo Caliope, marquesa de Moreland.

—Lo que es indiscutible es que hice de Freyja una condesa, luego convertí a Caliope en marquesa y logré que Cleopatra fuese una vizcondesa. Os he posicionado muy bien a todas, y al final, seré yo la que me convierta en duquesa. Incluso sin esperar superaros, lo he conseguido hacer.

—Tan humilde como siempre —observó Freyja—. Al menos en eso no has cambiado, Charlize. Sutherland estará contento, tendrá a su lado una digna duquesa capaz de alzar la ceja para hacer su santa voluntad. Aidan está convencido de que te mimas demasiado.

—Dudo mucho que Aidan considerase que un hombre pudiese mimarme demasiado. Más bien, opino que esas han debido ser tus palabras y que tu esposo ha debido decir que Sutherland tendría que bajarme la luna para hacer algo que estuviese a mi altura. ¿Me equivoco?

—Dijo que tendría que detener el movimiento del sol y entonces él sería digno de ti —farfulló Freyja con desgana.

—Ingenioso. Tienes suerte, Freyja. Te has casado con un hombre que vale su peso en oro. No menos afortunadas lo son Caliope y Cleopatra. Magnus caminaría sobre brasas ardientes si su marquesa así lo decretase, y el esposo de Cleopatra se dejaría atar a la cama si ella decidiese que así lo querría presentado en el lecho.

—Madre del amor hermoso, Charlize... —volvió a comentar Freyja—. Comienzas bien una exposición, pero a medio camino te tuerces. ¿Por qué diantres ataría Cleopatra a Joseph Ethan al lecho?

Charlize agitó los hombros.

—Hay amantes que consideran que la privación del movimiento de sus parejas es... excitante. ¿Qué opinas tú, Cleopatra? —Charlize había averiguado, con la ayuda de un gran número de bombones, que el esposo de esa hermana en concreto disfrutaba del uso de las cuerdas en sus relaciones íntimas. Sabía que estaba siendo terrible al poner a Cleopatra en esa tesitura, aunque no podía negar que era gracioso verla completamente avergonzada.

—Hablemos mejor de lo enamorada que está Charlize de Sutherland. —La sugerencia no nació de Cleo, sino de la propia Freyja, quien se había dado cuenta de que esa hermana de la que Charlize hablaba estaba azorada y sonrojada. Algo de verdad debía haber ahí, y ella le preguntaría luego en confidencia qué era eso de las cuerdas, porque imaginarse a Aidan en medio del lecho, completamente a su disposición sin que él pudiese... ¡Cielos! Sí que sería excitante.

—Lo estoy. Absurda, completa y locamente enamorada de él —aseveró con naturalidad Charlize. —Esa revelación dejó en la estancia un silencio extraño. Las tres hermanas estaban con la boca abierta debido a su admisión—. ¿Qué? ¿Hubieseis preferido que dijese que me caso porque ardía en deseos de convertirme en duquesa? Si él fuese un herrero, lo

seguiría hasta la muerte, desafiaría a cualquiera para estar con él. Y eso hubiera incluido a Aidan.

—¡Dios santo! —exclamó Caliope.

—¡Ángeles del cielo! —le tocó el turno a Cleopatra.

—Os lo dije —afirmó orgullo Freyja—. Charlize estaba enamorada del duque, lo que sucedía era que no se había dado cuenta todavía.

—Reconoce que estás igual de sorprendida que nosotras, Freyja —la obligó Cleopatra.

—Lo que realmente me ha dejado asombrada es el hecho de que Charlize haya dicho que no le hubiera importado desafiar a mi esposo por Sutherland. Somos las tres muy conscientes de que ella no suele mover un dedo sin preguntarse antes si Aidan lo aprobaría.

No hubo más tiempo para seguir charlando. Un golpe sobre la madera las interrumpió. El conde de Ross y Luff apareció en el marco de la puerta.

—Sutherland debe estar preguntándose si Charlize ha entrado en razón y lo ha dejado plantado frente al altar. Por lo que si esto es así, podríamos regresar todos a Luffgarden y celebrar la sabia decisión de vuestra hermana.

—¡Dios santo, Aidan! —habló Freyja—. Cualquiera diría que mi hermana pequeña se casa con Belcebú. ¡Se trata de tu mejor amigo! No deberías hablar así de él.

—Sí, bueno... O salimos ya hacia la discreta vicaría en la que se casará con Charlize, sin que nadie más lo sepa...

—Mi amor —lo cortó Freyja—, sabes tan bien como todas, que Sutherland solo está cumpliendo los deseos de Charlize con respecto a la boda. Ella no deseaba un gran boato ni tropecientos desconocidos admirándola —lo regañó.

—No lo entiendo —tomó la palabra él—. Juro que creía que te conocía bien, Charlize, pero de pronto no sé si lo hago. Eliges a Sutherland cuando te has pasado buena parte de vuestra relación machacándolo sin descanso. Has logrado ser duquesa, eso significa que estarás incluso por encima de mi condesa en la escala social, y no has querido demostrarle a la aristocracia hasta donde has llegado por méritos propios. Te juzgaron cuando Rendow trató de manchar tu reputación, era el momento de tu venganza, de demostrarles que eres...

—Aidan... —lo interrumpió Charlize, mientras las tres hermanas se apresuraban a salir de la habitación donde la habían ayudado a vestirse, pues sabían que se avecinaba un momento de ternura entre los dos—. Cuando sucedió lo de Rendow, no pensé nunca que podría tener la esperanza de encontrar a un hombre que borrara de un plumazo el daño

que él me causó. Todos estos años no me atreví a soñar con que Sutherland podría considerarme como algo más que la molesta pupila de su mejor amigo. He estado pensando detenidamente en mi actitud con respecto a él durante el tiempo que hace que lo conozco. Pudiese ser que solo se me ocurriese molestarlo para que él se fijase en mí. No sabía cuán desesperada estaba por ser amada por Tristan, hasta que descubrí cuán desesperada estoy por amarlo. De entre todos de los que podría haberme fijado, te aseguro que no hay ninguno mejor que él. Desde que te conocí, valoré a todos los hombres manteniendo tu medida. Nadie te había superado, Aidan, pero Sutherland, si no lo ha hecho ya, está a punto de hacerlo. Lo amo. Lo deseo. Lo quiero con una intensidad que nada podrá hacer que me aparte de él. No lo merezco, lo sé bien, y mi egoísmo es de tal magnitud, que me casaré con él para que no pueda escapar de mí nunca —terminó ahí su exposición, porque hablar más, podría hacer que se traicionase y acabase contándole su secreto.

El conde de Ross y Luff la observó con atención. Las lágrimas no derramadas brillaban en sus ojos. La contempló. Era una mujer, no una niña. El vestido de muselina, de un tono parecido a un melocotón maduro, la hacía verse espléndida.

Le dio un beso en la mejilla y luego le ofreció el brazo.

—No podría entregarte a nadie a quien no amases. Me he mostrado algo... difícil, con respecto al pretendiente que aceptaste, pero era porque no estaba seguro de la intensidad de tus sentimientos. Sí, Charlize. Sutherland es un gran hombre, tal vez incluso sea mejor que yo mismo a tus ojos y no puedo deprimirme ante esa consideración. Quiero que seas feliz. Lo he querido desde que os conocí a cada una de vosotras. Freyja me robó el corazón, el alma y el cuerpo. Fui su esclavo desde que la sostuve en mis brazos para evitar que tuviese una peligrosa caída desde lo alto de una escalera mientras limpiaba unas viejas cortinas o algo por el estilo. Acepté amarla hasta el final de mis días porque sería el mejor trabajo de toda mi vida, uno que realizo con mucho gusto. Juré proteger todo lo que ella amase, y ahí entrasteis las tres. Tú siempre nos has necesitado más que tus otras dos hermanas y te tomé un cariño especial. Freyja apunta a que eres algo parecido a una hija para mí. Mi condesa ve las cosas antes de que yo lo haga y no se equivoca en esto tampoco. Echaré de menos nuestras interesantes conversaciones, tus ocurrencias para ejercer de casamentera, nuestras partidas nocturnas de ajedrez, pero estoy satisfecho. Sé que serás feliz, al igual que lo son Freyja, Caliope y Cleopatra. Hoy es un gran día también para mí, mi pequeña y endemoniada Archer.

—Te quiero, Aidan.

—Yo también. —Los dos se dieron un último abrazo y luego salieron en busca del novio, quien Aidan sabía que estaría hecho un manojo de nervios.

Unos minutos más tarde, en una vicaría perdida y sencilla, el duque de Sutherland por fin vio llegar a su prometida. Respiró aliviado, pues con ella uno no sabía nunca a lo que atenerse y con un retraso importante, Tristan comenzó a temerse que hubiese podido cambiar de idea sobre la boda.

Estaba preciosa. Una ninfa con los ojos soñadores y burlones que lo miraba

con admiración también.

Aidan la acompañó hasta el altar y se la entregó sin problemas. Sutherland había esperado un poco más de reticencia, tal vez fuese porque estaban sus hermanas, los esposos de ellas y los niños, pero el conde de Ross y Luff lo miró a los ojos y asintió mientras le entregaba a Charlize para que la amase, cuidase y le hiciese el amor. ¡De acuerdo! Esa última consideración era cosa de Tristan.

—Puedes echarte atrás si no estás seguro —le dijo ella en un susurro. Se sentía como un fraude, incapaz de hacer lo correcto.

—Llegas media hora tarde, ya pensé que tendría que buscarte por medio Londres y obligarte a venir aquí para cumplir nuestro destino. Te seguiré hasta el fin de mundo siempre, Charlize. Esa es la promesa más solemne que te hago.

—No olvides nunca, Tristan, que yo te amo infinitamente. Tardé en darme cuenta, pero por ti, correría hasta el infierno y desafiaría a cualquier monstruo, y si me lo permites te lo demostraré cada día de nuestra vida. Ese es mi juramento para ti. Por favor, nunca olvides estas palabras —insistió— aunque sientas que te haya herido.

El ministro de Dios que estaba frente a ellos carraspeó.

—No hemos llegado todavía a esa parte de la ceremonia, y si no me permitís empezar, creo que no lo haremos nunca.

—Por favor, señor Trevolone —así se llamaba el vicario—, comience para que pueda besar a mi duquesa lo antes posible.

—Esto es la casa del señor. Usted es un duque y puede que esté por encima de las leyes del hombre, pero no sobre las del Creador. Recuerde que debe guardar la compostura —lo avisó, al ver la mirada con la que Tristan recorría a Charlize. Ella se rio con ligereza ante la regañina. El buen hombre carraspeó de nuevo y la miró a ella para llamarla al orden.

—Lo siento —se disculpó Charlize.

—Bien. Comencemos —apuntó el servidor de Dios para luego iniciar el matrimonio—: Queridos hermanos, estamos hoy aquí reunidos para...

Capítulo 9

Su matrimonio no empezaba bien. Sutherland había visto llorar a Charlize tanto, que dudaba que fuesen lágrimas de felicidad tal y como ella le había repetido hasta la saciedad.

Cierto que sus hermanas también habían derramado tantas lágrimas que los caballeros no sabían ya si estaban en un funeral o en una boda, pero lo de su nueva duquesa era muy preocupante...

Durante el sencillo festejo que se dio en la nueva casa donde la hermana pequeña iba a residir, en el hogar de Sutherland, se sirvió un elegante menú compuesto por cuatro platos y a continuación se dio paso al pastel nupcial. La duquesa de Sutherland no probó casi bocado.

—¿Estás bien? —le preguntó con suma preocupación el duque.

A ella la estremeció percibir ese tono por su parte. Se preocupaba por su bienestar. Iba a estar bien con él si superasen el presente día... O mejor dicho, la noche.

—No he sido más feliz en mi vida. —Los ojos de ella seguían rojos por haber llorado tanto.

—Es comprensible que estés nerviosa, Charlize. Si quieres nos retiraremos pronto, la familia puede quedarse y disfrutar de nuestra hospitalidad. Estoy seguro de que no se enfadarán si te sientes cansada y necesitas... —comenzó a afirmar un tanto inseguro de sus conjeturas.

—No te preocupes. Mis hermanas y sus maridos me conocen bien, podríamos retirarnos ahora mismo y no dirían una palabra en contra nuestra.

—¿Estás segura de eso?

—Sí, Tristan.

—Muy bien.

Sutherland se levantó de la mesa y le tendió la mano a su esposa.

—¿Qué? ¿Vamos a bailar? —inquirió Charlize con media sonrisa, al tiempo que se ponía de pie.

—No. Vamos a retirarnos —le aseguró. Luego contempló el fastuoso comedor y le dijo al resto—: Mi duquesa ha tenido una mañana intensa y es mi obligación procurar que descanse y se tranquilice. Así que, si nos disculpáis... —Acto seguido se pegó a su esposa y la cogió en volandas. Ella emitió un gritito ante la sorpresa.

—Maldita seas, Sutherland —masculló Aidan.

—¿De qué te quejas, amigo mío? Ella me pertenece ahora y solo Charlize tiene legitimidad para desafiar mis dictados.

—No es eso... —Aidan tenía que acostumbrarse a que Charlize fuese una mujer que intimaba con su marido, sin embargo... ¡le costaría mucho asumirlo!—. El asunto es que me has hecho perder diez libras.

—¿Qué? —Sutherland, que estaba a punto de desaparecer por la entrada del comedor se dio la vuelta con su duquesa en los brazos.

—Aposté a que podrías aguantar al menos media hora más antes de... desaparecer misteriosamente. Y hubiese podido perder todavía más dinero, porque de discreta, tu salida, no tiene nada —desveló Aidan.

—¿Quién ha ganado pues? —El duque comprendía que los caballeros habían apostado sobre su aguante a la hora de ir a su habitación con su recién estrenada duquesa.

—Yo —expuso el marqués de Moreland, el esposo de Caliope—. Dije que sería inmediatamente después del pastel de bodas.

—Felicitaciones, aunque el ganador indiscutible soy yo —apostilló el duque, al tiempo que contemplaba con intensidad a Charlize.

Su duquesa se acurrucó mejor sobre el pecho de él y entrelazó los brazos por el cuello masculino. Parecía que todo Tristan estaba creado para ella, porque encajaban a la perfección.

La pareja retomó su salida y una vez en las escaleras la duquesa de Sutherland habló:

—Magnus se veía muy satisfecho de sí mismo, pero lo que no sabe es que yo he desplumado a mis hermanas. He ganado treinta libras.

—¿Qué apostaste con ellas? —se interesó el duque.

—Les aseguré que te importaría un rábano tener invitados, que me sacarías de escena en cuanto lo decidieses.

—Eres astuta, Charlize, porque sé bien que me has inducido a actuar del modo en el que sabías que lo haría. —No mentía, él había planeado retirarse media hora después de haber servido el pastel porque le pareció lo apropiado. Aidan lo conocía muy bien, y había sido Charlize la que señaló que nadie se molestaría si desaparecían.

—Por supuesto que te he animado para que nos marchásemos.

—¿Vas a decirme lo que te sucede? No es propio de ti llorar, y menos hacerlo tanto como lo has hecho.

—No tengo suerte, Tristan. Ni un poco de ella y por ello es por lo que estoy muy apenada.

Tristan dejó de caminar de inmediato. Faltaban unos pasos para llegar hasta la habitación ducal.

—¿Te arrepientes de haberte casado conmigo? —inquirió con cierta vulnerabilidad.

Charlize le sonrió y le acarició la mejilla.

—Tú eres lo único de lo que no me arrepentiré jamás —lo tranquilizó.

—¿Quieres esperar a la noche?

—Ni un minuto más, Tristan —confesó, confiando en que nada se interpusiera entre los dos jamás.

—Bien.

Los duques de Sutherland atravesaron la puerta de la alcoba.

En ese momento, Charlize escudriñó en su corazón. Ellos, al fin unidos... Siempre había sido Tristan, pero ella no se había atrevido a lanzarse. La visión de su futuro estaba clara, más que cualquier cosa que hubiese sucedido antes. Todo el futuro que podían cosechar juntos se presentó ante ella.

Juntos.

Felices.

Navidades y pascuas con toda la familia.

Un sol siempre guiando su vida. Nada de sombras, sin mentiras u ocultaciones de la verdad. Charlize iba a desvelar el último velo que caía sobre ellos y esperaba poder afrontar el problema con la valentía que la había rehuido hasta el momento.

—No hay manera de evitarlo —dijo Charlize en cuanto la dejó en el suelo, para después ir hacia la cama—. Puede que yo no sea lo que querías, había mujeres que te decepcionarían menos, en cambio te he unido a mí para siempre. No pude resistirme más, Tristan, tienes que comprenderlo. Dios sabe que traté de hacer lo mejor para ti...

Cielos, él no decía nada mientras ella hablaba. ¿Eso era bueno o malo? ¿Estaba imaginando lo que trataba de explicarle?

La duquesa no se atrevió a darse la vuelta. Tiró de la colcha y las sábanas para abrir el lecho nupcial.

—Soy imprudente, siempre lo he sido. Me crie en el campo, con cuatro hermanas sobreprotectoras a las que me empeñaba en enfadar para demostrarles que no era una niña. Luego llegué a la ciudad y me sentí libre, como si tuviese toda la experiencia del mundo para tratar con quien fuese y cuando fuese. Estuve tan equivocada... Lo único que puedo ofrecerte es mi devoción completa si finalmente me aceptas.

—Charlize...

—Pero no hay forma de puedas escapar o huir. Estamos casados. —La duquesa hizo una pausa, estaba sosteniendo una almohada en la mano, pero sin girarse a mirarlo todavía—. No tienes otra opción, Tristan, porque no te la he dado y no me avergüenzo de ello. Lo siento. No puedo hacerlo. Quiero ser honesta contigo de ahora en adelante.

—Soy un hombre, Charlize, y espero que no lo hayas olvidado, pero soy un duque, así que no hago nunca nada que no desee. Llevo esperando por ti mucho tiempo.

En ese momento, ella se volvió y colocó la almohada como si fuese un escudo, la apretaba tanto que él se compadeció de la angustia de una joven inocente.

Tristan se acercó hacia ella, le cogió la almohada de sus manos y la tiró a un lado, en el suelo.

—Tristan —lo llamó—, me casé contigo porque te amo.

Esas palabras eran música para sus oídos. No se cansaría jamás de

escucharlas. El duque de Sutherland no podía recordar que ninguna de las amantes que había seleccionado tan cuidadosamente le hubiese ofrecido esa confesión. Se dio cuenta entonces que su historia con las demás mujeres resultaba muy insatisfactoria y frustrante.

El duque depositó una de las manos femeninas entre las dos suyas.

—Estoy locamente enamorado de ti, Charlize Dankworth, duquesa de Sutherland, mi esposa.

La dama se quedó en silencio durante un tiempo, luego tomó una bocanada de aire.

—¿Estás seguro? —preguntó Charlize.

—Sí.

—¿Seguro, Tristan? Porque puede que ponga a prueba lo que acabas de decir dentro de muy poco.

Él le sonrió. Solo eran los nervios de una virgen a punto de consumir su matrimonio.

—Sí. —El duque le levantó la mano y apretó el dorso contra la mejilla de ella—. Estoy seguro. Lo descubrí hace algún tiempo, ya te lo dije. Te he perseguido con cuidado, siempre esperando que ningún otro llamase tu atención.

Ella le movió la mano y se la llevó a los labios para besársela.

—Estoy preocupada, Tristan. Te digo que te amo y comprendo que es una frase muy corta que no es capaz de transmitirme la magnitud de mis sentimientos. Puedo repetirla tantas veces como sea necesario, de aquí hasta que me muera cada hora. Te amo. Te amo. Te amo...

Tristan la envolvió entre sus brazos y fue la mirada de él la que la hizo silenciarse. Sus ojos se veían feroces, más que los de un lobo.

—Sé que me amas y estoy seguro de yo lo hago. No hace falta que me lo digas, solo quiero que me lo demuestres, tanto como yo planeo hacer contigo.

—Siempre... —Orgullosa de él, enlazó sus brazos alrededor de su cuello.

Ella sintió un estremecimiento recorrer su cuerpo.

—Creo que tienes frío, Charlize. Es mi obligación calentarte yo mismo. Me

tomaré muy en serio mis atribuciones como esposo. Espero que tolere mis ansias de preocuparme y ocuparme de ti personalmente.

Ella le sonrió.

—Me gusta muchísimo esa idea.

Tristan colocó las manos en su cintura y la pegó contra su pecho con la finalidad de comenzar a desabotonar su precioso vestido de muselina que casi lo hizo ponerse de rodillas cuando la vio entrar en la vicaría.

Se sentía pletórico. Era suya al fin. Había estado esperando mucho tiempo para tenerla, para que le perteneciese por completo. Ante Dios se juró que la cuidaría y protegería sin reservas, con honestidad, utilizando todos sus recursos, los materiales y su propio cuerpo en caso de ser necesario.

—El otro día rompiste mi ropa, y no es una queja, pero hoy te percibo muy competente con los botones y los lazos, eso sí es una queja, Tristan.

—Ninguna significó nada —aportó, sabiendo a lo que Charlize se refería.

Le desabrochó el último de los cierres, aunque quedaba algo que no le estaba permitiendo sacarla de su cautiverio, así que rompió un pedazo del vestido.

Luego empujó la tela hasta la cintura y las caderas y finalmente la ayudó a quitárselo por completo. La dama se quedó con la fina camisola y el duque se fijó en que el material era transparente, podía ver sus pezones endurecidos, oscuros.

—Me siento como uno de mis bombones, Tristan.

—¿Cómo? —preguntó sin despegar la vista de ella. Él incluso había dado un par de pasos atrás para contemplarla mejor. Solo quedaba un sencillo envoltorio y la anticipación lo tenía al límite.

—A punto de ser devorada.

—Te voy a comer, amor, pero te prometo que lo vas a disfrutar. Quítate el última pieza de ropa, Charlize —le ordenó con fiereza.

Su petición la sintió como algo oscuro que la llenó de placer. Charlize cogió la camisola por el borde y se la sacó por la cabeza, quedándose desnuda.

La mirada del duque vagó, llena de hambre, de sus pezones endurecidos hasta la dulce curva de sus caderas, para detenerse en el triángulo de color ámbar oscuro que

tenía entre las piernas.

Tristan esperaba no tener la boca abierta, aunque posiblemente así sería y lo más seguro era que estuviese babeando. Fue consciente de su posible incomodidad cuando la vio estremecerse por completo.

—Lo siento, estoy siendo desconsiderado, te he dicho que te calentaría y estás pasando frío solo por el placer que me da contemplarte. ¿Por qué no te metes en la cama? Azuzaré un poco el fuego y estaré en un momento contigo.

Ella asintió y Tristan se dio la vuelta, para dirigirse hasta la chimenea y echar un par de troncos. Luego se sentó sobre una silla junto al fuego y procedió a quitarse las botas. Terminó ese proceso y comenzó a quitarse la ropa mientras mantenía la mirada fija en la de su duquesa, quien yacía acurrucada entre las sábanas de seda, con el cabello suelto sobre sus hombros, pues se había quitado ella misma las horquillas mientras él se desnudaba.

Tristan la encontraba perfecta. Digna para que un pintor capturase su esencia, la belleza que había entre ver amor y sentir pasión con solo una mirada dirigida a los ojos de esa hermosura que era su duquesa... ¡formidable!

La palabra «mía» clamaba con fuerza en su interior.

—¿Te gusta lo que ves, amor? —preguntó con orgullo el duque.

—Yo... ¿Quieres que deje de observarte? Podría hacerlo, pero... —En realidad no sabía si sería capaz de dejar de admirarlo. Era la primera vez que veía a un hombre y estaba disfrutando de un ejemplar sublime. Todo en él era espectacular.

Grande.

Fuerte.

Hermoso.

Le ofreció una sonrisa lobuna. Una que inevitablemente decía algo como: «Adelante, Charlize, disfruta de lo que tienes. Soy tuyo».

Así que la nueva duquesa de Sutherland aceptó su invitación. Su mirada se centró en sus amplios hombros y su abdomen esculpido en mármol, pero rápidamente se interesó en sus partes más privadas. Charlize sintió que sus mejillas estaban coloreadas.

—¿Algo sobre lo que quejarte, amor? —se burló él al verla avergonzada.

—Estoy sorprendida. No debería, porque eres un duque grandioso y aunque

no eres de un tamaño inmenso, todo en ti es admirable, así que eso —dijo en alusión a su gran erección— tenía que ser tal y como lo es. —Había sentido su virilidad días atrás, cuando su hermana y Aidan los sorprendieron, entre sus piernas, pero sentirlo y verlo eran dos cosas muy diferentes.

—¿Formidable? —se atrevió a cuestionar mientras se ponía a su lado en la cama, para que lo viese de más cerca.

—Mucho más que eso —dijo embobada.

Charlize estiró una mano, vacilante. Sentía una tremenda curiosidad. No era inocente, y sin embargo lo era, porque comprendía que lo que sucedió con el bastardo del barón años atrás fue algo apresurado e insustancial. Tristan iba a abrirle una puerta para desvelarle todos y cada uno de los secretos que compartían los amantes esposos.

—¿Puedo tocarte?

—Deseo que me toques, duquesa mía.

Se colocó en una mejor posición para que ella pudiese maniobrar sin complicación. Estaba tan duro que sentía una terrible tensión. Seguro que no había estado tan erecto y bien dispuesto con ninguna mujer hasta que llegó por fin la adecuada.

Charlize lo tocó con la punta de un dedo. Lo acarició como si fuese una caricia producida por el aleteo de una mariposa, desde el eje hasta la pequeña abertura por la que había escapado una pequeña gota de humedad.

El cuerpo de Tristan sintió todo el dolor del deseo explotando por cada rincón. Lo escuchó gemir.

Ella tenía ganas de echarse a llorar. No había visto al maldito Rendow, pero estaba segura de que no podía haber comparación posible entre los dos.

—Eres demasiado grande... ¿Estás seguro de que podré...?

—Sí —afirmó, antes de que ella completara la pregunta.

—Imagino que no hará falta que todo...

—Sí —volvió a anticiparse a la suposición de ella.

—¿Todo? —repitió Charlize.

Tristan entró en la cama y se colocó a su lado, con el fin de que ella se

quedase tendida junto a él.

—Seré paciente. No tienes de qué preocuparte. Iré lento, tanto como lo necesites y si en algún momento quieres detenerme, solo tendrás que decirlo y lo haré de inmediato, amor.

Oh. ¡Cómo le gustaba el apelativo con el que la llamaba! Lo había escuchado muchas veces en boca de Aidan cuando se refería a Freyja, pero en ese momento era Tristan diciéndoselo a ella. Y no solo eso. Tristan la tranquilizaba, porque su inquietud era muy grande. Grande como su tamaño. Grande como su secreto.

El duque se acercó a ella y la atrajo a su cuerpo, sobre su pecho, mientras sus brazos la envolvían en un manto que prometía ser cálido y protector. Oh, ella tenía ganas de creer en esa promesa tácita, pero no estaba segura de atreverse. Todavía no.

—¿Todo bien, amor?

Ella asintió. Y él comenzó a inclinarse para besar su cuello. Le dio un mejor acceso cuandoladeó la cabeza y se estiró.

Tristan lo sintió como una invitación. Sabía que no lo rechazaría. Su pequeña guerrera valiente... Estaba seguro de que les iría muy bien juntos.

Del cuello, los besos se desplazaron hasta la oreja, pasando por su elegante y hermosa clavícula. Su mano derecha estaba ya en el seno de Charlize, así que no tardó demasiado en dirigir su boca hasta ese lugar que tanto adoraba. Mientras amasaba uno con la mano, besaba el otro, disfrutando del aroma a lirios de la piel de Charlize. Engulló las puntas enhiestas y ella jadeó y gimió su nombre.

El duque no había previsto que las reacciones de su mujer lo llevarían a la locura. Tenía que haberse aliviado antes de... ¡Dios! Era fantástica en cada una de sus reacciones y solo del pensar que ella acabaría gritando su nombre...

¡Cielos!

¿Qué había más placentero y mejor para un esposo que escuchar a su amante esposa llamarlo llena de lujuria?

La tendió sobre su espalda y se posicionó con delicadeza sobre ella, para luego dejar de amamantarse con sus senos y comenzar a lamer y degustar su vientre.

—Tristan... —se alarmó ella, al detectar el trayecto que él estaba tomando.

El duque se detuvo y apoyó su barbilla sobre su ombligo para mirarla desde

esa posición.

—No quiero que olvides esto nunca, Charlize. Pretendo hacerlo placentero para ti. Mucho más que bueno, no te quiero vergonzosa, ni cohibida. Quiero escuchar todos y cada uno de los sonidos que harás. Esos que tantas veces me han vuelto loco cuando te comías un bombón, porque yo voy a degustar tu... *bombón*.

Ella asintió. Confiaría en él. Cuando sintió su mano recorriendo su muslo derecho suspiró, llena de deseo y anticipación.

Llegó hasta su destino y Charlize se contuvo en saltar de su agarre, aunque él ya había anticipado la reacción que ella podría tener y la sostuvo con firmeza por las caderas, así que, de igual manera, no hubiese podido escapar.

—Confío en ti, Tristan —le dijo, por si necesitaba escucharla.

—Lo sé.

El duque inició la danza con los dedos, separando sus delicados pliegues con la yema del pulgar, presionando solo un poco en su canal. Charlize gimió:

—Tristaaaan —lo llamó, sin saber lo que estaba pidiéndole.

El duque le separó las piernas para acomodarse mejor entre ellas y decidió probarla al fin. Extendió toda la lengua sobre su centro y Charlize arqueó su espalda contra las sábanas con ese primer contacto. Tristan no le dio tregua, la provocaba con movimientos rápidos, otros más lentos, incluso con pequeños golpes que propinaba sobre su nudo de nervios.

¡Dios! Podría alimentarse de ella durante el resto de su vida. Sus pechos era sublimes, pero su sabor... Era dulce, con ese pequeño toque picante que lo volvería loco si se olvidaba de anclarse a la tierra cada vez que le hiciese el amor.

—Tan perfecta... —susurró sobre su sexo mientras sus dedos lo ayudaban con el trabajo.

—Sí —gimió ella, cuando el primer dedo entró en su cavidad mientras su lengua seguía lamiéndola sin descanso.

Las sensaciones eran gloriosas, tanto como las del otro día en que Tristan le descubrió el auténtico placer sin la vergüenza de haberse permitido descarriarse.

Se acercaba, estaba llegando. Charlize cerró los ojos, agarró en un puño las sábanas y gritó, sin contención. Y a Tristan le encantó escucharla, porque se la veía desquiciada.

Él también jadeó. Su virilidad palpitaba, exigía atención. Una que no podía seguir negándole o acabaría lleno de dolor.

Cuando ya no pudo esperar más, Tristan chupó los últimos resquicios del placer derramado por su esposa y trepó por su cuerpo.

—¿Puedes seguir, amor?

—Siempre, mi duque —canturreó Charlize con una sonrisa en el rostro y los ojos soñolientos.

Tristan afianzó su posición, manteniendo su peso en los brazos, y apoyó su dura y palpitante virilidad en la abertura femenina. No se atrevió a entrar. Todavía no. Se limitó a mecer las caderas de un lado a otro, acariciando donde sabía que ella seguiría todavía sensible.

Necesitaba tranquilizarla, porque en cuanto Charlize lo sintió en ese lugar, se había tensado tanto como las cuerdas de un arpa.

—Tristan, por favor, no me odies... —rezó a modo de plegaria, pues sabía que era la hora de la verdad.

—Jamás, amor mío.

Estaba en casa. Al fin sabía el lugar al que pertenecía. El duque no podía ver más allá de ella. Estaba haciendo el amor, el amor con su esposa. Con Charlize. Ninguna como ella...

Nada como ella...

Al fin. Por fin estaba con Charlize. Con ella. Ella. Suya. Suya... ¡Suya!

Era tan hermosa, tan delicada como una rosa, tan valiente como sus espinas le permitían.

La volvió a sentir resbaladiza. Ella estaba lista, y gracias a Dios por eso, porque no podría aguantar mucho más.

—Por favor, Tristan —susurró, clavando las uñas sobre su espalda—. No me hagas esperar más, por favor...

La mano de Tristan bajó para agarrar su dura cresta y colocarse con certeza en su entrada.

—Dime que quieres esto, Charlize. Dime cuánto me necesitas *aquí*. —

Presionó su masculinidad sobre su entrada con mayor fuerza.

—Mucho, te necesito ahora... Ahora, Tristan. —Estaba en medio del delirio.

—¿Solo a mí, Charlize? ¿Siempre a mí? Dime que me quieres. —No le importaba si sonaba como un ruego. Era de vital importancia escuchárselo decir.

Los ojos de su duquesa se abrieron, sus manos dejaron de apretarse contra su espalda y le acarició la nuca.

—Tristan, en mi corazón solo has estado tú. Solo estarás tú. Te lo juro.

Se sintió como un dios del Olimpo mientras comenzaba a empujar en su interior.

Seguro.

Arrogante.

Excitado.

Enamorado.

Estaba húmeda, pero tan apretada... No podía evitarle el dolor. Era el regalo que él debía recibir de ella. Lo que se sentía casi glorioso para él seguro que estaba lastimándola a ella.

Tristan percibía como si estuviese llevando a cabo un trabajo hercúleo. No trató de hundirse por completo pese a que eso era lo que su cuerpo necesitaba hacer. En lugar de sucumbir a su cruda apetencia, avanzó con envites sutiles cautos y constantes.

—¿Te hago daño?

—Es incómodo, pero estoy bien.

—Una palabra y me detengo, Charlize. Esto resulta ser el cielo para mí, pero no lo será para ti.

Ella se echó a llorar. Y antes de que él pudiese preguntar o tratar de salir de su interior, Charlize enrolló las piernas a su alrededor y lo obligó a hundirse hasta la empuñadora.

—¿Estás loca? —gruñó, sintiéndose culpable por haber disfrutado de la acción tan temeraria de su esposa.

Tristan estaba completamente quieto. La veía con los ojos inundados en lágrimas.

—No pares, amor mío. Esto es lo que debió haber sido, es así como tuvo que haber sido... Te amo, te amo... Lo siento, lo siento... —repetía ella una y otra vez.

—Charlize... —la llamó, para ver si comprendía el problema porque no entendía nada. ¿Tanto daño le había hecho al terminar de reclamarla?

—No pares, Tristan —insistió—. Haz que esto sea único, especial, nacido del amor. Solo nuestro. Para siempre. Y nunca, nunca me odies... —imploró para luego volver a estallar en un gran sollozo.

Él trató de separarse de ella, pero Charlize lo mantenía agarrado tan fuerte, que no pudo escapar. Lo peor fue que con la intención de retroceder, recordó el placer tan excepcional que estaba sintiendo antes de que su esposa comenzase a lloriquear y lo obligase a terminar lo que se propuso hacer de modo paciente.

Bien. Tristan decidió atajar los problemas de uno en uno. Su cuerpo estaba en llamas, y si no atendía la necesidad, acabaría muy frustrado. Ella precisaba también de un empujón nuevo hacia el paraíso.

Comenzó a moverse.

Dentro. Fuera.

Dentro. Fuera.

Una danza certera, primero con atención, pero cada vez con mayor exigencia. Luego llevó una mano hasta donde sus cuerpos estaban unidos. La tocó en el lugar apropiado. Haciendo pequeños círculos con un par de dedos mientras coordinaba el movimiento con los impulsos de sus caderas. La respiración de Charlize comenzó a volverse irregular, sus gemidos denotaban que estaba disfrutando de sus atenciones.

Los gemidos y suspiros de su duquesa se hacían más fuertes y su espalda se arqueaba con inquietud. Lo estaba matando y si ella no alcanzaba la gloria deprisa él...

«Se paciente», se decía a sí mismo. Era lo que había tratado de hacer. Lo cumpliría. Charlize llegaría antes que él a la cúspide.

La escuchó atento.

—¡Tristaaaaan! —gritó su placer a todo pulmón.

Entonces, y solo entonces, él terminó de ser paciente. Alcanzó el clímax de un modo que lo rompió, incluso perdió el control y comenzó a empujar profundamente, con fuerza, como si fuese un macho salvaje en celo que no veía más allá de sus propias necesidades. Ella lo mantenía apresado, sus uñas lacerando la carne de sus hombros.

Nada se sintió jamás tan formidable.

Glorioso.

Erótico.

Crudo.

Tan malditamente único que cuando se dio cuenta de lo que hacía, con últimas palpitaciones de su clímax todavía propagándose dentro de él, ya fue tarde para comprender que ella no merecía semejante trato por su parte. Había dejado de ser amable y gentil para transformarse en un hombre salvaje, empujando duro y sin medida.

Ella no merecía eso.

¡Dios!

Charlize estaba llorando de nuevo. Deberían azotarlo.

—Lo siento —se obligó a disculparse.

—Por amor del cielo, Tristan, no te disculpes, solo perdóname, por favor, perdóname... —volvía a rogar.

—Charlize... de verdad, no seré así la próxima vez. Puedo controlarme, te lo juro. Solo... No sé qué me ha pasado —se excusó.

Comenzó a prodigarle besos por todo el rostro. Ella lloraba cada vez más fuerte. Él maldijo en su interior. Seguía todavía dentro de ella.

Decidió salir del cuerpo de su esposa con la mejor de las intenciones, con atención para no lastimarla más. Era momento de atenderla, de adecentarla y averiguar si la había *roto*. La había utilizado de un modo abominable. Deberían colgarlo por los pulgares del palo más alto de Londres, además de azotarlo con una fusta.

Se levantó de la cama y buscó la jofaina. Lo había dejado todo preparado para después de consumir el matrimonio. No había contado en que lo harían con la luz del sol

entrando por las ventanas.

Regresó a la cama con el agua y un paño de lino en la mano. Charlize estaba echada, con las manos tapándose el rostro. Lloraba sin descanso.

—Oh, Tristan... Fui una cobarde. Tendría que habértelo dicho, pero no pude, no quise hacerlo por si me apartabas... Tienes que entenderme. Me enamoré de ti por completo y no quise arriesgarme. Y ahora sé que te he decepcionado. Te he perdido... —decía ella entre sollozos.

—Por favor, mi amor. Te prometo que nunca más te dolerá... —Hundió el paño y lo pasó sobre su sexo. Había restos de él y de ella. Una combinación excepcional. Estaba deseando terminar con su labor para volver a meterse en la cama, abrazarla y darle todo su cariño. Le había dado su lujuria y era momento de afianzar su relación de otro modo más sentimental.

Frunció el ceño. A continuación miró su virilidad.

Sin sangre.

Revisó el agua y el paño.

Limpios salvo por trazas de su semilla y del néctar de ella.

—¿Charlize? —preguntó inquieto. Tenía una sensación horrorosa que ella tenía que ahuyentar.

—Lo siento... —Ella se quitó los brazos de delante del rostro y se incorporó para echarse a sus brazos.

—¿Qué es lo que sientes? —indagó sintiendo un nudo en la garganta.

—Te lo tenía que haber dicho, lo sé. No me atreví, no pude porque sabía que esto me separaría de ti para siempre. Dime que me equivocaba, dímelo, mi amor. Solo tienes que decirme que me amas y te creeré. Todo saldrá bien si me dices que así será.

Tristan Charles Dankworth cerró los ojos.

No necesitaba preguntar nada más. No se atrevía tampoco, porque aunque no precisaba confirmación de ningún otro tipo entendía lo que ella le estaba explicando. Las palabras mientras habían hecho el amor las comprendió también de golpe.

Se quedó ahí, quieto, sintiendo su corazón latir desbocado mientras ella lo abrazaba con fuerza y seguía llorando. La ira atravesaba cada parte de su cuerpo. Tristan estaba

digiriendo una noticia que no había esperado recibir el día de su boda. La noche de bodas, pese a que la tarde no había hecho más que llegar, no estaba resultando como él creía. Finalmente ella se durmió en sus brazos, debido al llanto y al esfuerzo de haberse amado.

Horas más tarde, cuando Charlize escuchó que la puerta de la habitación se cerraba con suavidad, se incorporó en la cama y se descubrió sola.

Escuchó pisadas por fuera, en el pasillo, y se dio cuenta de que Tristan estaba marchándose. Así que se levantó a toda prisa, cogió la bata de seda de su marido para cubrir su desnudez y... el infierno se desató.

Su vida como mujer casada no pudo empezar peor de lo que lo hizo.

Capítulo 10

Charlize salió de los aposentos de su esposo y todo le sobrevino como si acabase de recibir un doloroso golpe directamente sobre su corazón.

Se había dormido en sus brazos, lo había escuchado susurrar palabras de ánimo, algo como «todo irá bien, mi amor». Así que lo creyó y se abandonó a un sueño que no había sido reparador. Al despertar, Tristan no estaba a su lado, de tal modo que eso no podía ser bueno. No. Nada estaba saliendo bien, sino todo lo contrario.

Se apresuró a correr tras los pasos de su marido. Se quedó anclada cuando lo vio coger su sombrero, los guantes y la capa. Ella figuraba en lo alto de la escalera, como si estuviese viendo un sueño desde arriba.

¡Tristan se marchaba de casa en plena noche! ¿Qué hora sería? Tarde, demasiado tarde para los dos.

Los ojos volvieron a llenarse de lágrimas.

—¡Tristan! —lo llamó, justo cuando él agarró el pomo de la puerta. Charlize sentía las piernas pesadas, las rodillas muy flojas, como si no pudiese soltarse de la balaustrada.

Él se dio la vuelta y la contempló desde su posición. No había signos de ninguna emoción en su mirada. Se limitó a observarla y luego, sin decir ni una sola palabra, se dio la vuelta y salió por la puerta.

—¡No, no, no! —gritó ella a medida que comenzaba a bajar las escaleras de dos en dos—. ¡No te vayas! Te lo prohibido, Sutherland —exigió como si al usar el título de él le fuese a hacer más caso—. ¡Regresa con tu esposa ahora mismo! —chilló más enérgica mientras sus pies volaban sobre la alfombra roja que recubría los escalones. Pero él no había vuelto a entrar en casa, se había marchado.

En uno de los pasos, la tela de la bata se abrió y como le venía más larga de lo que a Tristan le quedaría, pisó el dobladillo, por lo que comenzó a caer rodando por el último tramo de las escaleras.

Cuando llegó al suelo, abrió los ojos y le quedó un suspiro para volver a llamar a su esposo.

—Tristan... —usó su nombre antes de que todo se volviese negro.

No supo cuando tiempo pasó, pero despertó de la inconsciencia. Alguien la llevaba en brazos. La cabeza le ardía. Abrió los ojos pero solo había sombras.

Recordaba un golpe, dolor... no solo físico. Su esposo saliendo por la puerta...

—Tristan... has vuelto por mí, sabía que lo harías.

—Su Gracia, no hable, el doctor no tardará en llegar —le dijo el mayordomo de la casa.

Los gritos de la duquesa habían despertado al personal, y aunque los sirvientes eran discretos, el señor Forsy, la máxima autoridad de los empleados de Sutherland, tuvo que echar un ojo por si se requería de su ayuda o presencia. Ver a la esposa del duque en el suelo, desmayada, no fue un plato de buen gusto.

Dio la voz de alarma y mandó al primer lacayo que se asomó ante sus gritos a buscar al galeno. De tal modo que Forsy la estaba transportando de nuevo a la cama.

Charlize levantó la mano y le acarició la mejilla al sirviente. Su mirada no era capaz de enfocar correctamente

—No eres él. —Con el taco lo supo de inmediato. No eran las mismas líneas. Además tampoco olía como él. A bergamota y un poco de almizcle—. ¿Dónde está Tristan?

—Me temo que no lo sé, Su Gracia. El duque ha debido salir.

—Manda a alguien a avisar a lord Ross y Luff de inmediato —logró decir, antes de volver a caer en las más oscuras tinieblas.

Tristan la había abandonado, no había esperanza. Charlize había cometido un error imperdonable años atrás cuando permitió a Rendow salirse con la suya, pero era muy consciente de que el golpe de gracia se lo había dado ella misma por no haber sido sincera con su esposo antes de casarse.

Sutherland debía sentirse traicionado. Una esposa que no fuese virgen no valía nada. El maldito barón se lo había avisado y consideró que el amor que sentían Tristan y ella sería lo bastante fuerte para soportarlo.

No lo era.

No lo fue.

Sutherland la repudiaría. Aidan haría un escándalo. Los dos amigos se distanciarían por su culpa y si eso fuese lo más grave que ocurriese, Charlize podría estar tranquila.

No.

El conflicto no terminaría ahí. Su tutor trataría de averiguar la verdad de lo sucedido y cuando se diese cuenta de la barbarie que ella había cometido, la despreciaría y también la apartaría para que no contaminase a la pequeña Mary Jane.

Era el fin. Todo se había acabado.

Con el corazón roto, sintiéndose lo peor del mundo, no quería volver a abrir los ojos.

Escuchaba muchos sonidos a su alrededor. El llanto de una mujer. ¿O era ella misma la que lloraba por el futuro que supo que desperdició tres años atrás cuando fue una incauta con Rendow?

Podría ser, porque aquella Charlize que se negó a llorar, tenía que saldar una deuda.

Unas manos la tocaban, algo frío sobre su piel. Solo quería dormir, pero la molestaban.

Llantos, cuchicheos y lamentos. La obligaron a recostarse sobre la cama. Había cojines a su espalda. El agua le tocó los labios y abrió ligeramente los ojos.

—Aidan... —susurró nada más lo reconoció.

—Estoy aquí, Charlize. Freyja y yo te cuidaremos. Descansa pequeña... —recomendó.

—Quie...ro ir a ca...sa —logró decir con mucho esfuerzo—. Llevad...me a Luffgar...den. Llevadme ahora, por fa...vor... —suplicó, antes de volver a quedarse dormida.

Los ojos del conde se posaron en los del médico. No tenía valor para buscar la mirada de Freyja. No solo Charlize estaba sufriendo, su esposa estaba consumida por la agonía más extrema. Desde hacía un par de días, cuando se presentó en la puerta de su casa el mayordomo de Sutherland para informarle de que la duquesa de Sutherland había sufrido un

percance y que se le requería con urgencia en la casa...

Salió en plena noche con su esposa a su lado. Los niños se quedaron con la niñera.

Ninguno de los dos se había separado del lado de una magullada Charlize que no había dado señales de despertar hasta ese mismo instante.

—¿Podemos llevárnosla a la finca de campo? —le preguntó el conde al médico que acababa de examinar a la hermana pequeña de su esposa.

—No tiene nada roto, pero...

—Le he hecho una pregunta sencilla, doctor. ¿Sí o no?

—A veces ayuda en la recuperación tomar en cuenta los deseos de los pacientes. Mi recomendación es que esperen un par de días más y la trasladen con sumo cuidado, el carruaje deberá ir despacio. Su Gracia no tiene nada roto, como ya les dije, pero el golpe que recibió en la cabeza me preocupa todavía.

—De acuerdo. Nos iremos en dos días.

—Aidan —lo llamó su esposa—. No podemos hacer eso, Sutherland se volverá loco si aparece y ella...

—Más le vale estar muerto, Freyja —la frenó el conde.

La condesa se secó las lágrimas con el nuevo pañuelo que su marido le acababa de tender y no dijo una palabra más. La ira con la que había hablado Aidan sería capaz de congelar el infierno más ardiente.

—Tengo que atenderla, Aidan —le dijo, mientras veía al médico guardar sus instrumentos en el pulcro maletín—. Ve abajo, descansa un poco, me reuniré contigo en un momento y decidiremos lo que es mejor para ella.

—Iré para que te ocupes de ella, mi amor. Bajaré y me serviré una copa. Será una celebración porque por fin ha abierto los ojos y eso es muy buena señal. —Buscó la mirada del galeno para ver si él daba su aprobación a su diagnóstico y el buen hombre asintió—. Te esperaré para servirte un trago y que festejes las buenas noticias conmigo, tu esposo, pero no decidiremos nada, Freyja. Charlize quiere ir a casa y la llevaremos allí en cuanto sea prudente —la avisó.

El conde se acercó para echarle un último vistazo a Charlize y contuvo su rabia. Se veía tan pequeña, tan vulnerable... Si por él fuese la sacaría de esa casa de inmediato.

Unas pocas horas al cuidado de Sutherland y él no se había ocupado de ella en absoluto. Charlize estaba sola. No podía imaginársela, en el suelo, tal y como dijo el mayordomo que la encontró, después de que él lo presionara para que le contase la situación.

Era hora de que tuviese una conversación con Freyja. Su esposa había pasado un par de días igual de infernales que Charlize. Era momento de explicarle la situación.

Media hora después, mientras él revisaba los papeles de Sutherland en busca de alguna pista sobre su paradero, la condesa de Ross y Luff entró en el despacho del duque para reunirse con él.

Aidan se levantó del asiento donde su amigo debía pasarse largas horas trabajando, se acercó al decantador de licor y le sirvió una copa de brandy tal y como le había dicho que haría. Luego cerró la puerta para que no pudiesen escuchar su conversación. Él había asumido la dirección de la casa frente al personal del que hasta el momento había sido su mejor amigo y nadie se atrevía a cuestionar su autoridad.

—¿Estás más tranquilo, Aidan?

—Sí y no. Por un lado tengo esperanza, ella ha despertado y ha dicho lo que quiere, pero no. Temo que pueda haber una recaída y es por eso por lo que no me atrevo a llevármela de inmediato de aquí.

—Ella le pertenece a Sutherland —le advirtió con suavidad al conde.

—¿Crees que le permitiré tenerla después de lo que ha ocurrido?

—Es su esposa, Aidan.

—Sí, para amarla, cuidarla y protegerla. No ha hecho ninguna de las tres cosas.

—Pero...

—No, Freyja. No vuelvas a decir que estás segura de que habrá una explicación plausible que nos ofrecerá cuando regrese. No. Quiero irme de inmediato, no solo porque ella necesita regresar a Luffgarden para terminar de reponerse, sino porque si Sutherland aparece, las cosas entre los dos se pondrán muy feas. La última pelea que tuve con él será solo una pequeña e insignificante disputa, te lo garantizo.

—Yo lo vi, Aidan. Vi el modo en el que la miraba, es exactamente como tú lo haces conmigo.

—De nuevo te equivocas, ningún hombre mirará a una mujer del mismo

modo que yo lo hago contigo —aseveró, y la mirada que le ofreció le dejó muy claro que ella no podía rebatir su afirmación, pues en sus ojos había adoración, amor e infinitud de pasión.

—Confieso que es Charlize la que entiende de estas cosas. A ella le basta una mirada y ya sabe si el resto de sus hermanas serán felices con sus parejas.

—Porque os conoce bien.

—Por eso mismo te digo que debe haber una explicación coherente para todo este desaguizado. Charlize se conoce muy bien. Os escuché, Aidan. La oí decirte que tú eres la medida con la que compara a todo hombre y que si Sutherland no estaba a tu altura todavía, poco le faltaría para sobrepasarte. Ellos están enamorados.

—Escúchame, Freyja. Presioné al mayordomo para que me lo contase todo.

—¿Qué es todo, exactamente? —inquirió con cautela.

—La noche en la que vino a buscarnos, Sutherland se marchó mientras tu hermana corría por los pasillos rogándole que se quedase. Por lo visto hubo algún tipo de desacuerdo entre los dos. Como puedes suponer no se quedó. Y mientras él la dejaba atrás, ella se cayó por las escaleras.

—Es un accidente y...

—¡El día de su boda, Freyja! —levantó la voz sin querer. Su condesa se estremeció por la ira que había en su voz—. Discúlpame. Tú no tienes la culpa de nada y no he debido alzarte el tono. Es toda esta situación... Por Dios, Freyja. La dejamos a su cargo y unas pocas horas después vinieron a mi casa, de madrugada, para informarme de que Charlize estaba herida. ¡No se despertaba!

Freyja dejó el vaso que él le había dado sobre la mesa más próxima. No había probado el licor. No podía hacerlo ni para templar los nervios. Se acercó hasta su esposo y lo abrazó con fuerza.

—Sé cómo te sientes, Aidan. Ella está bien. Estará bien, tiene que estarlo. Es fuerte, y sé que si Sutherland es culpable de alguna afrenta, mi hermana no se irá hasta enfrentarlo. No te fustigues más, no tienes la culpa de esto.

—Dios, Freyja... cuando la vi tendida en la cama... —la voz de Aidan se quebró.

—Lo sé, mi amor. Me sucedió lo mismo. Pensé lo peor. No se movía, estaba tan pálida y luego la enorme magulladura de su rostro... Pero no está muerta. No lo está. Mi hermana es una Archer, hemos cambiado de apellido por los matrimonios, pero somos

Archer. Fuertes, tercas y podemos con todo y con todos.

—Lo sé, Freyja. Lo sé... Todas sois grandiosas, pero tú, mi amor... Te amo tanto. No te lo digo con suficiente frecuencia. Por favor, no me des jamás el mismo susto que Charlize. No soportaría enfrentar cualquier problema si tú no estás a mi lado.

—No te dejaré, Aidan. Eres todo lo que siempre quise y nunca llegué a soñar conseguir.

—Quiero hacer el amor, Freyja. Te necesito ahora. —No mentía. Habían sido dos días de agonía constante. Era necesario consolarse, que su esposa lo ayudase a olvidarlo todo.

—¿Aquí? —preguntó escandalizada.

—Oh, sí. Será sobre la mesa del estúpido Sutherland. No me importa si aparece y declara que el mismísimo Dios le encomendó una misión divina en las Cruzadas y...

—¿Todavía se hacen Cruzadas? —lo interrumpió.

—¿A quién le importa? —preguntó sobre los labios de su esposa, al tiempo que se apresuraba a desatarle los botones de la espalda—. Le confié a Charlize y él no la protegió ni la cuidó cuando debió haberlo hecho con su propia vida. Hacerte el amor sobre su mesa no es suficiente castigo para lo que le haré cuando lo encuentre.

Ella le echó las manos al cuello para abrazarlo. Estaba con los senos al aire ya.

—Prométeme que no harás ninguna tontería, Aidan. Eres valioso para esta familia.

—No pondré mi vida en peligro por ti, Freyja, pero no me faltan razones para retarlo a duelo, tal y como temes que haga.

—No lo harás, porque como me des un solo motivo de preocupación, te prometo que te daré una lección que no olvidarás jamás.

—Por el momento tienes mi palabra de que me conformo con hacerte el amor sobre la pulcra mesa de él. Eso sí, te colocarás en cada una de las posiciones que se me ocurran y luego finalizaremos la ceremonia de perversión contigo encima de mí, con mi trasero desnudo encima de su silla. Me montarás y me harás olvidar el infierno que hemos pasado. Hoy es un día de celebración, y no se me ocurre mejor manera de festejarlo que bebiendo el fantástico brandy del bastardo de Sutherland y hacerle el amor a mi esposa lleno de lujuria en su despacho.

—No hables más, Aidan. Te necesito. Que Dios se apiade de mi alma corrupta, quiero hacer cada una de las cosas que has dicho y muchas más. Celebremos la vida, nuestro amor. Te amo, te amo tanto que me pregunto si alguna vez dejará de dolerme y estremecerme cada vez que pienso en ti.

La boca del conde cayó sobre la de su esposa mientras sus manos recorrían con frenesí todo su cuerpo.

Después de dos días en los que Charlize vio mejorada su salud pero empeoró su estado de ánimo, la familia se trasladó a Luffgarden. No había señales de vida de Sutherland. El conde tendría que conformarse con su pequeña venganza producida en el ducal despacho del que fuese su mejor amigo hasta que Charlize sufrió daño.

Capítulo 11

Estaba hundida. Si cuando aconteció el suceso con Rendow ella creyó que su vida se acababa y se obligó a ser fuerte, con Sutherland era todo lo contrario. Sabía que su vida sería triste pero longeva, y que por más empeño que le pusiera nunca podría recuperarse.

Se dio cuenta tarde de todo lo que Tristan le hacía sentir, pero una vez descubierto lo vivió con intensidad. Y había sido tan corto, tan efímero... La culpa la tenía ella. Solo ella.

Charlize era muy consciente de lo mal que se había portado con él. No había confiado en sí misma, y en él. Se lo tenía que haber contado. Era del todo lógico suponer que Tristan se sentiría estafado en cuanto comprendiese lo sucedido.

No podía culparlo por cómo reaccionó. Charlize también se consideraba bastante vengativa y cuando alguien la traicionaba, sencillamente podía otorgar el perdón, pero jamás olvidaría la afrenta.

Lo sucedido con Tristan le había dado una sabia lección que trataría de no olvidar: la sinceridad era fundamental cuando se amaba.

Ese era el motivo principal por el que Charlize se encontraba transitando por el jardín interior de Luffgarden. El lugar donde Freyja trabajaba en sus rosales.

Habían pasado mil días desde su caída. De acuerdo, no eran tantos, pero Charlize los sentía como si fuese una eternidad.

En cuanto llegaron a su hogar, ella se sintió más fuerte, era allí, en Luffgarden donde todas las hermanas se recuperaban cuando tenían problemas. Caliope se quedó embarazada y dado que los primeros meses de su estado fueron complicados, se trasladó allí para mejorar. Y vaya sí lo logró. Las tierras de la casa de campo que pertenecieron a sus padres eran curativas, al menos para las cuatro hermanas.

Esa mañana se había despertado físicamente un poco mejor, aunque su estado emocional era un desastre. Así que le hizo caso al médico que siempre las había tratado y se levantó de la cama en el momento en que comprendió que su cuerpo así lo demandaba.

Estaba dando un agradable paseo con Aidan. Iba sujeta por su brazo y él se veía como si ella fuese una recién nacida que estaba aprendiendo a caminar, porque se le apreciaba muy ansioso por si se tropezaba y se caía.

—No voy a romperme. Por favor, no estés tan tenso —le pidió.

—Para ti es fácil decirlo, no has tenido que enfrentarte a una situación como la que me has hecho pasar.

—Es por eso por lo que quería hablar contigo en privado. Tengo que explicarte las cosas para que comprendas que Sutherland...

—No, Charlize. Ya he tenido esta discusión con Freyja. Le he prometido a mi esposa que no lo llamaré para que se reúna conmigo en el campo de tiro, pero eso no quiere decir que no lo busque para pedirle explicaciones en cuanto aparezca. —Aidan había contratado a un investigador privado para que diese con su paradero, pues parecía que al duque se lo había tragado la tierra—. Y no, Charlize, no comparto la disposición de tu hermana sobre no haber involucrado al resto de la familia y contarles lo negligente que ha sido tu *esposo* —masculló la palabra con rabia— contigo.

—Escúchame antes de sacar conclusiones precipitadas —se avanzó ella—. Mi hermana ha hecho bien en no hacer partícipes al resto de mis hermanas. Caliope está embarazada de su segundo hijo, y Cleopatra del primero. Yo estoy bien y nada bueno saldrá de airear más mis problemas.

—Pero...

—Aidan —lo interrumpió—. Escúchame pacientemente, te lo ruego. Cuando termine de confesar todos mis pecados, podrás dar tu opinión, y rezo a Dios para que seas comprensivo y entiendas mejor el punto de vista de Sutherland porque él no es el monstruo que supones.

—Está bien. Trataré de permanecer callado, pero hablaremos sentados en aquel banco, a la sombra. No has cogido de nuevo tu bonete y Freyja no quiere que te salgan más pecas de las que ya tienes.

—¡Si no tengo apenas!

—Mi esposa dice que has dejado de usar el jugo de limón y que te están volviendo a brotar.

—Freyja se preocupa demasiado por todo.

—¿Mi condesa está al tanto de lo que vas a contarme?

—Un poco.

—Habla claro, Charlize.

—Le he dado un par de pistas que creo que ha comprendido. Esto es muy violento para mí, Aidan, pero necesito que me comprendas y hagas gala de tu increíble inteligencia. No quiero que te armes como mi paladín y salgas de Luffgarden para matar a mis dragones.

—No mataré a tu esposo, aunque tal vez lo mutile un poco —sentenció con una seriedad que hizo que Charlize suspirase. No parecía estar bromeando.

Llegaron hasta el banco de piedra y ambos se sentaron, el uno junto al otro. Sobre ellos había un gran sauce que daba sombra, aunque el día no era demasiado caluroso se agradecía su protección.

—No lo digo solo por Sutherland.

—¿A quién más debería dejar sin un par de piernas?

—No vas a desmembrar a nadie, Aidan.

—¿Quieres que corte un par de orejas? Freyja me contó que a Rendow pretendías... —Aidan dejó de mirar al frente y se centró en ella.

El pasaje al que iba a eludir el conde incluía a cuatro hermanas Archer secuestrando, en un jardín oscuro, a un villano, y Charlize sacó un puñal con el que dijo que quería cortarle una oreja al barón. De pronto comenzó a atar cabos. No tenía todas las piezas, pero si Sutherland no era el único al que él tendría ganas de mutilar sin compasión, solo le quedaba otro en la corta lista de nombres que habían agraviado a Charlize.

No había nadie más a quien Aidan tuviese que afrontar en nombre de Charlize...

—No digo en vano que eres la persona más inteligente que conozco, Aidan —apuntó ella, mirándolo directamente a los ojos.

—Tú dices que soy la persona más inteligente después de ti —la rectificó.

—Pues me acabas de superar porque veo que tu cabeza está trabajando a toda prisa para juntar las piezas de este desagradable juego que empecé antes de conocerte.

—Antes de conocerme, sí, pero por muy poco. —Él estaba cada vez más seguro de sus suposiciones y trataba de mantener la calma. La línea temporal la tenía muy clara

en su cabeza. Mientras él estaba conquistando a su condesa, Charlize se enfrentaba a Rendow, así que ella sí había tenido razón al decir que todo ocurrió antes de conocerlo.

—Debes entender que es muy vergonzoso lo que voy a desvelarte, así que, por favor, si en algún punto de la narración sientes deseos de gritarme, zarandearme o...

—Me contendré —dijo con firmeza—. Habla de una vez —la urgió inquieto.

Ella suspiró.

—Verás. Había cumplido dieciocho años cuando Freyja al fin me permitió llegar a Londres...

—Maldita sea —la interrumpió—. Sabía que sería Rendow.

—¿Vas a dejarme hablar o no me permitirás que te cuente la historia?

—¿Para qué, Charlize? No puede ser peor que lo que estoy imaginando —dijo desquiciado, al tiempo que se ponía de pie.

Ella le agarró la mano y lo obligó a volver a sentarse.

—Escúchame, por favor. No puedes imaginarte lo que me ha costado decidirme a ser sincera contigo. —Él asintió—. Bien, cuando llegué a Londres me creía más lista que todo el mundo, incluso que los caballeros. Vi a Rendow y lo quise de inmediato. Estaba decidida a tenerlo a cualquier precio. Ay, Aidan... Yo me creía perfecta en aquel momento. No una belleza consumada, pero sí bastante bonita, excesivamente inteligente y... Sobra decir que fui tonta, muchísimo. Estaba tan convencida de mi valía, que solo podía pensar en la suerte que Rendow tenía conmigo. Me sumergí en la temporada, vi a mis rivales femeninas y decidí que yo era la mejor de todas ellas.

—Puedo imaginar que así fue, y afortunadamente has ido cambiado —concordó él.

—Eso espero, pero no creas que no he metido la pata hasta el fondo hace poco. Atiéndeme. No sé en qué estuve pensando mientras veía a Rendow como a un príncipe encantado con el que me fugaría en caso de hacer falta. Yo sería la primera de las cuatro en casarme con un apuesto y sofisticado caballero que sabía mucho de la sociedad en la que se movía. Me gustaba la idea de ser casamentera ya por aquel entonces, así que me imaginé guiando a mis hermanas con facilidad siendo baronesa.

—Pero tú estabas destinada a convertirte en duquesa —dijo con suavidad.

—Eso he comprobado.

—Te arruinó, Charlize. Puedes ir al grano. Se llevó tu reputación y todos creímos que Rendow lo dijo para forzar tu mano —concluyó él al ver que ella no se centraba en el asunto importante.

—No es blanco o negro, Aidan. Nos besamos...

—Te sedujo... —murmuró con angustia.

—No me quitó nada que yo no le entregase voluntariamente, Aidan— apuntó con honestidad—. Di por supuesto que nos casaríamos, que él estaba tanto o más enamorado que yo, y cuando los besos comenzaron y las caricias tentaron, no pude ni quise privarme de satisfacer lo que mi cuerpo...

—Por amor de Dios, Charlize... No lo justifiques, él era un hombre experimentado que sabía bien lo que se hacía. Te sedujo y luego no vaciló en exponerte ante todo el mundo. Eres buena, lo admito, Charlize. Nos hiciste creer a todos que eran mentiras sin fundamento, pero él sí que dijo la verdad cuando te calumnió. Él había conseguido de ti todo lo que se propuso.

—No. Yo tenía dieciocho años, era joven, arrogante y estúpida, pero dame un poco más de crédito. Si no hubiese querido llegar hasta el final con él, no lo hubiese hecho. Perdonaste a mi hermana Freyja cuando supiste que ella cometió un error en su juventud con otro hombre, ¿no lo harás conmigo, Aidan? Y no —insistió ella antes de que él respondiese—. Rendow no logró todo lo que pretendía porque no me casé con él ni lo hice aunque hubiera podido cuando regresó. Eso sí que lo sé ahora. Sutherland me proporcionó un escudo perfecto, pues el barón me persiguió cuando regresó de su improvisado destierro y me hizo saber que pensaba resarcirme de todo. Se propuso y tuve un momento de debilidad, uno muy pequeño, en el que temí volver a ser débil. Lo superé, porque tu amigo, Tristan, mi esposo, me mostró lo que es el amor.

—¡No quiero oírte decir eso de Sutherland! —la amonestó.

—Ahora escucharás la segunda parte de mi historia —le advirtió ella. Él suspiró, aunque no se opuso, así que ella continuó—: Siempre he dicho que no había ningún hombre como tú.

—Eso es porque no existe —apuntó con arrogancia.

Ella rodó los ojos.

—Me deshice de Rendow porque la amante de Sutherland, una cantante de ópera llamada Ophelia, mantenía un idilio con el hombre que aseguraba que me amaba. Descubrí

justo a tiempo el engaño gracias a Tristan, tu amigo, que fue un protector para nosotras antes de que tú llegases a Londres. A él lo escuché hablando con Ophelia sobre que la había pescado en la cama con otro caballero.

—Pero el mal ya estaba hecho, cuando descubriste la traición de Rendow, ¿me equivoco?

—Sí. Yo ya había sido débil, aunque gracias a Sutherland pude evitar un mal mucho peor. Casarme hubiese sido un desastre para mí. ¿Imaginas lo que hubiera ocurrido si no hubiese descubierto la clase de hombre que era Rendow? No creo en que los libertinos se rediman. Al barón le agradan demasiado las mujeres y si volvió a por mí e insistió en que me casase con él, fue, y estoy segura de lo que voy a decirte —precisó—, porque soy la única a la que considera que no logró cautivar. Es por orgullo por lo que me persigue.

—Dios... Tuviste que habérmelo dicho y yo...

—No, Aidan. No te podía poner en peligro, te conozco demasiado bien, al igual que a él.

—Sigue contándome —la animó.

—Sobra decir que me asedió para que me casase con él y lograr poner la mano sobre mi gran dote hasta que Sutherland se libró de él y lo mandó lejos. Antes de que desapareciese, me convenció de que yo era una mujer echada a perder, rota, mancillada, material de segunda clase...

—Podría matarlo...

—Sé que lo harías, pero no lo harás. Bien. Entonces, cuando yo fui consciente de que jamás podría casarme si no era con él, acepté estar sola durante el resto de mi vida. Rendow no iba a quitarme el poder de elegir aunque fuese verdad todo lo que dijo acerca de mí. Y había perdido la esperanza de que tanto Freyja como yo misma pudiésemos mirar con la cabeza alta hacia el futuro. Entonces ocurrió, llegaste tú, Aidan, y me devolviste la ilusión. Mi hermana se había entregado a alguien a quien no estaba destinada y tú, no solo la perdonaste, sino que veo cada día cómo la colmas de amor, cómo la valoras, cómo... ¡Dios! ¿Cómo no iba a admirarte, Aidan? Me diste esperanza, y cuanto más te conocía más te admiraba. Deseaba que apareciese otro hombre como tú, que me amase con intensidad, que me lo diese todo sin reservas, sin importar lo que yo hubiese hecho antes...

—Y llegó mi mejor amigo. Sutherland no podía ser tan diferente a mí, si yo era su contraparte —conjeturó él.

—Sí. Pero era un duque que jamás se fijaría en la hermana pequeña de Freyja, así que me limité a hacerme notar. Rendow me quitó mucho, pero también me dio otras cosas, como sabiduría. Nunca podría tener a Tristan, él buscaría a una esposa adecuada cuando

se casase, no a una joven caída en desgracia cuyo secreto había salido a la luz pero nadie consideraba cierto.

—¿Por eso lo fastidiabas a cada rato? ¿Para llamar su atención?

—Un poco por todo —alegó con sinceridad—. Me gustaba verlo resoplando y gruñendo por mi culpa. Ya sabes, la endemoniada Charlize atreviéndose a molestar a un duque como Sutherland...

—Sí, no pudiste resistirte.

—No —confesó ella—. Me diste un susto de muerte cuando decretaste que Sutherland sería mi esposo. Y luego cuando hablé con él en aquel carruaje, sentada en su regazo... —recordó embelesada por el modo en el que lo había admirado.

—¿Disculpa? ¿Qué carruaje? ¿Qué regazo? —saltó inquieto.

Charlize hizo un aspaviento.

—Tonterías. No son detalles importantes. Oh, Aidan... Me puse tan celosa de mi propio plan para casarlo... ¡Quería cortarle el pelo a lady Victory y escupirle cada vez que miraba a Sutherland para sonreírle. Y gracias al cielo que la viuda no apareció, porque contra ella no hubiese podido competir. —La duquesa levantó las manos e hizo un gesto para aludir a los hermosos pechos que tenía la segunda opción que eligió para que Tristan se casase.

—Son demasiado grandes para mi gusto. Los de Freyja son perfectos, tienen el tamaño ideal para que los sostenga y los... —Charlize carraspeó para detenerlo. Él hizo lo mismo—. Por favor, sigue con tu relato.

—Nunca le conté a Tristan lo que le entregué a Rendow y cuando lo descubrió...

—No estuvo contento —razonó él.

—No, nada contento. Creo que se siente traicionado y... estafado. Me casé con él sin que supiese la verdad sobre mí. Se marchó sin decirme una palabra y yo fui tras él para evitarlo. Ya había salido por la puerta cuando me caí. ¿Entiendes ahora por qué Tristan no es culpable de nada?

—Comprendo que estás enamorada...

—Oh, lo estoy mucho y nunca dejaré de amarlo —le confirmó.

—Aunque te mueva el amor y lo consideres inocente, no lo es.

—¿No?

—No. Hizo sus votos ante Dios y su deber prioritario eres tú. Te ha fallado a ti y no solo a ti.

—¿Te consideras estafado también? —preguntó con suavidad.

—Sí. Y él pagará por sus errores. Tú consideras que lo has hecho por los tuyos, pero Sutherland no es como Rendow, tiene más integridad y sentido del honor, y por lo tanto no puedo medirlo con la misma vara que al maldito barón, así que su pecado es más grande de lo que crees.

—¿No podría yo estar disgustada contigo porque antes de proponerle matrimonio a mi hermana, trataste de convertirla en tu amante?

—¿Cómo has averiguado eso? —preguntó con la boca abierta.

—Lo fundamental es que todos nos equivocamos y tenemos que asumir las consecuencias. Sutherland merece más de lo que ha obtenido. Te aseguro que lo amo con todas mis fuerzas y pienso demostrárselo.

—¿Cómo? —preguntó inquieto.

—Liberándolo de mí. Tienes amigos en la corte legal, también en el Parlamento. Necesito que nuestro matrimonio se...

—¡No! —se opuso Aidan. Ella suspiró—. Ni divorcio, ni anulación.

—O lo uno o lo otro. Sabes que Sutherland lo merece y no vamos a ponerle...

—¡No sabes lo que dices! —la interrumpió—. Cualquiera de las dos cosas hará que lo que sufriste con Rendow sea un cuento de hadas. No podré protegerte, Charlize. Nadie se relacionará contigo, y en caso de hacerlo, el resto de la sociedad se lo hará pagar caro a quien te dirija incluso la palabra.

—Sé lo que supondrá y por eso he tomado una decisión.

—¿Seguir casada con Sutherland hasta que yo lo enderece y le haga comprender que si te hace sufrir, deseará la muerte?

Ella lo abrazó desde su posición. Él estaba de frente y ella se quedó de lado, con los brazos rodeando a su tutor.

—Te quiero tanto, Aidan... —murmuró. Él le dio un par de palmaditas sobre las manos. Hubo un momento de silencio muy placido. Luego Charlize continuó hablando —: Quiero hacer cosas diferentes, el mundo no puede ser tan pequeño y tan estrecho de miras como marca la sociedad de Londres. Hay más ahí fuera. Te dejaré a cargo de todo, harás lo mejor para Sutherland y yo recorreré Europa, conoceré otras culturas y a otras personas interesantes. Y cuando termine de disfrutar de Europa, puede que viaje a los Estados Unidos de América. Dicen que es el nuevo mundo.

—No quiero que te marches, Charlize. Freyja tampoco lo soportará.

—No puedo quedarme aquí sabiendo que encontré el verdadero amor y lo perdí. Rendow fue fácil de superar, ahora me doy cuenta, pero te aseguro que Tristan... A él no lo olvidaré mientras viva y no quisiera hacerlo.

El conde suspiró cuando ella se separó de él.

—¿No olvidas algo, Charlize?

—¿Qué podría ser?

—Dices que Sutherland ha averiguado que no guardaste tu virtud a buen recaudo y me ha quedado claro que lo hizo sin que tú se lo confesases de viva voz.

—Así ocurrió. —La conversación no podía ser más incómoda, pero era necesaria.

—¿Y si resulta que hay un bebé en camino, Charlize? —preguntó, imaginando que la pareja habría llegado hasta el final, aunque no estaba seguro de eso.

Ella se llevó las manos al vientre. Con Rendow fue un suplicio hasta que sus días de mujer llegaron y pudo descartar un embarazo. Con Sutherland rezaría a todo dios, religioso o pagano, para poder conservar un pedazo de él.

—No ocurrió la primera vez y esta no será diferente —sentenció.

—Si algo he aprendido de la vida, Char, es que las cosas nunca salen como deseamos.

Ella le sonrió.

—Solo una vez le permití a alguien acortar mi nombre, pese a que lo detestaba.

—Tenía que ser el maldito Rendow también, ¿verdad? ¿Era él a quien le

concediste permiso para llamarte Char? —Ella afirmó con la cabeza.

—Tú serás el único al que se lo permitiré de ahora en adelante.

—No. Ya me lo has dicho y no quiero hacerlo. Eres Charlize Adelaida Archer, una mujer fuerte.

—Volveré a serlo en cuanto sepamos cómo arreglar el desaguisado en el que estoy —apuntó ella, sin corregirlo, pues por matrimonio ese apellido ya no le correspondía.

Aquella misma noche, mientras la familia cenaba, se escuchó un gran gruñido desde el recibidor.

—¡CharlizEEEEEEEEEE! —gritaba sin descanso el duque de Sutherland, puesto que el servicio tenía orden de no permitirle la entrada bajo ningún concepto a la casa.

Por descontado que Tristan no estaba contento, más porque dos fornidos lacayos lo habían echado sin contemplaciones justo antes de que su esposa lo hubiera podido ver cara a cara.

El duque estaba enfadado y colérico. Especialmente, después de haber recorrido sin pausa tan larga distancia para reencontrarse con su duquesa.

¡Qué desastre!

Capítulo 12

Tristan no era una persona belicosa. Detestaba los conflictos y en menos de un par de meses llevaba varios. Primero con su administrador, por no seguir sus instrucciones para llevar a cabo una inversión que él decretó y no se hizo, con lo cual le había privado de la oportunidad de engrosar todavía más sus arcas.

Ese asunto lo irritó, pero no fue tanto como lo que pasó con Aidan cuando le pidió permiso para cortejar a Charlize. De acuerdo, no fue pedir permiso precisamente... Aquella pelea sí fue seria, porque el duque se había entrevistado con las tres hermanas de su esposa y todas ellas, no solo le dieron sus bendiciones, sino que lo felicitaron por dar el paso al fin. Al parecer, el duque no había sido discreto a la hora de admirar en la distancia a Charlize y las tres se habían dado cuenta de que la quería.

También le desearon suerte, porque con Charlize nada nunca era fácil. Oh, sí. Él lo estaba comprobando en sus propias carnes.

Se había casado con la mujer a la que llevaba tiempo deseando, le había hecho el amor por fin, y fue sencillamente espectacular. Ella estaba hecha para él, para su placer, para volverlo loco, para ansiarla hasta el fin de sus días...

Ah, pero ella había estado con otro. No. Con otro no. Con un bastardo que merecía la horca, pero en su lugar Sutherland lo premió con una pequeña fortuna y lo echó de Inglaterra durante un tiempo. Así que el maldito canalla arruinó a Charlize y recibió una recompensa.

Y no de cualquiera. Se la dio él mismo... Estaba destrozado. Se sentía demasiado mal como para poder mirar a Charlize a los ojos.

Le había fallado demasiadas veces como para poder enfrentarse a esa situación. No solo estaba lo de su falta de virginidad. ¿Le molestaba no tener una novia virgen en su noche de bodas? Por supuesto que sí. Hubiese deseado instruirla en los acontecimientos poco a poco, y aunque ella había sido muy inexperta en el lecho, la falta de sangrado era una evidencia de que algo había sucedido previamente. Luego estaba aquel momento, antes de que Aidan y su condesa los interrumpiesen. Charlize había explotado, dejando patente que era la primera vez que su cuerpo lograba llegar al clímax. Al igual que cuando consumó su matrimonio.

No era ningún tonto. Ella había tenido algún esgarce con Rendow, no sabía cómo, cuántos o cuándo, pero sus aventuras con el barón no habían sido satisfactorias para la dama. Eso sí que lo podía jurar. Charlize era muchas cosas, una mentirosa consumada también, porque engañó a todo el mundo cuando Rendow esparció aquellas acusaciones sobre su reputación, pero ella no había sido capaz de engañarlo sobre su experiencia en el lecho.

Y luego estaba la mortificación que escuchó en sus lamentos, en sus lloros, el modo en el que le pedía que la perdonase...

La furia hervía por sus venas. Ella lo había engañado. Rendow sí que contó la verdad en aquel momento y nadie le había dado su merecido. Años más tarde la dama aceptó su proposición de matrimonio y no fue capaz de explicarle lo que ocurría, de decirle que no sería una virginal esposa...

No pudo enfrentarse a la situación. Se quedó ahí, en silencio, abrazándola y susurrándole palabras para calmarla, aunque mientras ella se apaciguaba, mientras cerraba los ojos y se dormía, él cada vez estaba más agitado, más enfadado y furioso. Con ella, con Rendow, con él mismo...

¡Con todo el maldito mundo!

Años atrás, Ophelia le confesó que fue el maldito Rendow quien la sedujo y le ofreció poner el mundo a sus pies con la dote que iba a lograr cuando se casase con Charlize. Al parecer, su antigua amante y Rendow eran demasiado iguales como para llevarse bien, y cuando el barón se marchó de Londres a toda prisa con el dinero que Sutherland le otorgó como recompensa por acostarse con Charlize, dejó a Ophelia sola y sin un penique. La cantante de ópera estaba acostumbrada a llevar una vida de lujos, los que Sutherland le proporcionaba cuando la convirtió en su amante. Cuando le dijo a la cantante de ópera que la ayudaría durante un tiempo, Tristan había considerado prudente limitar los gastos de esa mujer a fin de librarse de ella a toda prisa. Ophelia no hizo otra cosa más que ir llorando hasta los brazos del duque para explicarle que Rendow se había aprovechado de ella.

Sutherland mismo había puesto a Charlize en el punto de mira de Rendow cuando habló de más sobre que su mejor amigo Aidan colocó sobre la mesa cuatro dotes enormes para casar a cuatro pupilas rápidamente, dado que no quería tenerlas bajo su control y ser responsables de las que antaño fuesen las hermanas Archer. Nunca debió haberle confiado a una amante nada sobre sus asuntos, menos cuando tenían que ver con su mejor amigo y sus cuatro protegidas. Comprendió su error tarde, y se sintió bien cuando apartó al barón del camino de Charlize.

Sí. Se sentía culpable, de tal modo que cuando conoció a Charlize... No sabía si ese sentimiento tan molesto le había hecho mirarla de un modo diferente o qué, pero algo se instauró entre los dos desde la primera vez que se vieron.

Era descarada, inteligente y valiente.

Tenía que admitirlo. Otra dama en sus circunstancias, se habría visto sobrepasada por los acontecimientos. Ella no. Se había entregado a Rendow y logró darle la vuelta a toda la situación, y solo Dios sabría lo que su fuerte duquesa habría tenido que soportar. Lo había amado, eso era indiscutible. Una joven dama casadera no se dejaría arrastrar por la lujuria si no estuviese completamente segura. Aunque la considerase una mentirosa, no podía negar que Charlize era audaz, contaba con una mente brillante, así que no se dejaría seducir en caso de no haberlo amado.

Si lo dejó poseerla... ¿por qué no lo aceptó para casarse con él? ¿Orgullo? ¿No quería ser ella amada por su dote? Ese pensamiento era muy propio de Charlize. Pero si ella estaba enamorada...

Tenía que haber algo más. Algo que a él se le escapaba y que no se atrevía a preguntarle a su duquesa.

Había tenido que marcharse a toda prisa de su casa porque no contaba con el aplomo suficiente para mantenerse cuerdo.

Le había fallado tantas veces que estaba avergonzado. Furioso también. Tremendamente celoso, sí. Desde luego que sí. Rendow la había tenido antes que él. Quería asesinarlo con sus propias manos, no sin antes hacerle sufrir lo impensable.

Charlize no era una falda ligera a la que un hombre seducía para luego no casarse... Le provocaba arcadas. Imaginar que ella pudiese haber acabado con Rendow... ¡Imposible!

A Tristan le había costado tanto conseguirla, había sido tan paciente para que ella dejase de ser aquella niña mimada y alocada, que cuando atisbó a la mujer, supo que era el momento de reclamarla.

Oh, sí. Ella no hubiese acabado casada con nadie que no fuese él. Incluso si se hubiese enterado de que Rendow la había profanado, jamás se la habría entregado.

Nunca.

De alguna manera lo supo. Nada más conocerla se dio cuenta de que había algo muy poderoso entre los dos. Ella no era más que una muchachita de dieciocho años empeñada en hacer su voluntad sobre todo el mundo. Lo desquiciaba por completo y no entendía el motivo por el que sus tres hermanas mayores le permitían salirse con la suya todo el tiempo. Y cuando llegó Aidan a la vida de Charlize fue todavía peor. El conde no la privaba de hacer ninguna locura.

Se convenció al principio de que iba a pedir su mano porque era lo mejor para ella, para toda su familia en verdad.

Mentiroso.

No había necesitado nada en toda su vida. La soledad era soportable, así que tuvo miedo de admitir que se había enamorado de ella. No solo fue un flechazo de Cupido. Con el tiempo el sentimiento se fue afianzando. No había mantenido a ninguna amante desde que la conoció. No. Tampoco se trataba de haber sido un santo, pero tuvo algún encuentro discreto que otro, con un par de viudas. Nada serio ni permanente. Esporádico. Y tampoco demasiado satisfactorio, pues se encamaba con las damas, cerraba los ojos y se imaginaba que era Charlize la que estaba con él.

¡Dios!

De haber sabido que ella ya no era inocente por completo, hubiese movido ficha mucho antes.

No había vuelta atrás. No podía desenamorarse, Charlize formaba parte de su sangre, de su alma, la tenía impresa en él. Así mismo, no era posible retroceder las agujas del reloj y evitar que ella cometiese un terrible error. Un mal paso con el que había tenido que convivir todos estos años sin compartirlo con nadie.

Freyja misma le aseguró a Sutherland que Charlize insistía en que era más pura que la nieve, cuando él le preguntó abiertamente sobre las acusaciones del barón en aquel momento. Miró a los ojos a la que todavía no era la esposa de su mejor amigo y no dudó de la veracidad de sus palabras. Charlize no había compartido ese secreto ni con la hermana con la que tenía mayor afinidad, así que su esposa había cargado con un pecado ella sola durante muchos años.

Para una dama, perder su reputación era la condenación eterna en la tierra. Rendow la mancilló en verdad pero logró arrastrar por completo por el fango a Charlize. Él le había dado su apoyo, había bailado con ella en las fiestas, había salido a pasear por Hyde Park con las Archer solteras y Charlize fue siempre colgada de su brazo. Le pareció oportuno comenzar a cimentar de ese modo el reclamo que acabaría haciendo sobre ella. No pensó que su valiente duquesa había estado sufriendo tanto. Oh, sí. Charlize le había mostrado toda su pena, la culpa que la inundaba esa noche cuando se abrazó a él y le pidió insistentemente que la perdonase.

Necesitaba hacer algo. No una acción pobre. Algo importante que lo pudiese redimir por todo lo que no supo ver y tuvo que haber enmendado de otro modo.

¿Cómo iba a aceptarlo Charlize después de haberle fallado tantas veces?

Mientras ella dormía, comenzó a vestirse. Tenía que visitar a un *viejo amigo* y explicarle todo lo que no le había dicho en el pasado.

Rendow se había enredado con la mujer que Tristan había marcado como

suya con el primer vistazo que le dio. El barón tenía que pagar su atrevimiento. El duque mismo no se consideraría un hombre digno de Charlize hasta que actuase en consideración.

Iba a ser una incursión rápida. Asaltaría la casa de Rendow, le daría su merecido a puño descubierto, saltándole un par de dientes, con alguna que otra costilla rota, y luego regresaría a casa con su duquesa para informarle que finalmente había sido vengada.

El maldito canalla tuvo el mal gusto de haberse marchado de Londres días antes. Estaba en su propiedad más al norte de Inglaterra. Una casa que estaba seguro que el buen dinero de Sutherland había ayudado a restaurar. Él no tenía ni un penique a su nombre cuando puso sus ojos en Charlize y Tristan lo había convertido en un hombre rico... ¡Maldición! Tenía que hacer algo, sería una pobre excusa de hombre si no le daba su merecido más allá de pegarle un poco.

Comenzó así una especie de peregrinaje hacia la meta. El viaje estaba resultando ser demasiado largo para su gusto. Pero valdría la pena emplear el tiempo que había calculado que tardaría en llegar al hogar de la comadreja.

No tenía elección. Iría a verlo, ajustarían cuentas y luego podría regresar al lado de Charlize, explicarle que todo había acabado y que empezarían una nueva vida.

Podría llegar a casa de Rendow y matarlo... Se le antojaba como una idea deliciosa. O podría comenzar con una pelea, disfrutar pegándole como si fuese un saco de boxeo. Era un deporte que estaba muy de moda, con Gentleman Jackson a la cabeza entrenando a muchos nobles en su club deportivo.

¿Y si lo enviase a Australia? Allí acaban los peores criminales y era sabido que los que residían allí deseaban la muerte. ¿Mejor meterlo a remar en las galeras? ¿Y si lo entregase a los oficiales para alistarlo a traición como soldado raso en el ejército? Napoleón había desaparecido del mapa, pero siempre había conflictos aquí y allá...

Iba en su carruaje ideando las mil y una formas de vengarse de Rendow en nombre de su esposa cuando por fin llegó a su destino. Sobra decir que sus ansias de sangre eran descomunales.

Bajó del vehículo sin ninguna ayuda y miró la pomposa casa que el bastardo había restaurado con sus fondos...

—Maldita sea... —masculló al volver a pensar en lo que había sucedido en el pasado.

Era temprano. Caía llovizna. A Sutherland le pareció que era el día perfecto para obtener justicia.

De pronto, a su espalda, se escuchó un carruaje llegar.

Se quedó quieto, observando a quien se acercaba hasta su posición. Era un carruaje tan ostentoso como el suyo propio.

Divisó a un caballero bajando del vehículo. El hombre, de una edad avanzada y muy bien vestido, se movía con movimientos sofisticados y altaneros. Era alguien de la nobleza. El caballero se colocó el monóculo y Sutherland se dio cuenta de que lo estaba mirando directamente al igual que hacía él mismo.

—¿Es usted un acreedor? Le aseguro que está perdiendo el tiempo —terció el recién llegado.

El duque se quedó pensando en su respuesta. En gran medida estaba ahí para cobrar... una afrenta eso sí, pero él no quería dinero, más bien desquitarse con violencia.

—No.

—¿Entonces qué hace aquí? —El desconocido lo examinó con mayor atención y finalmente sentenció—: No se ve usted como uno de los amigos con los que mi sobrino se relacionaba.

—¿Está hablando de Rendow, debo suponer? —inquirió.

—Gracias a Dios, mi hermana solo me dejó a ese deshonesto muchacho —siguió el caballero sin haber escuchado lo que preguntó el duque.

—No, tampoco tengo amistad con su sobrino —aclaró Tristan, al imaginar que se refería a ese rufián.

—Pero está usted aquí, alguna relación debía tener con el muchacho —apuntó, todavía sosteniendo su monóculo en alto.

—Con el debido respecto, mis asuntos con su sobrino no son de su incumbencia.

El hombre dejó entonces de sostener ese monóculo, y se mostró derrotado. Era cierto que la pieza que exhibía como si le diese poder lo había hecho parecer más severo.

—Supongo que no lo son. Los asuntos de David —usó el nombre de pila del barón— ya no lo son de nadie. Era inevitable. Solo me bastó con verlo en su cuna, acostado, cuando contaba con apenas unos pocos meses de vida y avisé a mi hermana de que le daría muchos quebraderos de cabeza. Es cierto que ha tardado más tiempo del que predije en echarlo todo a perder... Es una gran suerte que su madre no haya estado aquí para presenciar su fin.

Terrible...

A Sutherland se le erizó la piel. No solo por haber sentido la lástima y el toque de arrepentimiento de su interlocutor, sino porque... había algo más... algo que...

—¿Disculpe?

El otro no pareció escuchar la pregunta ni la sorpresa que se detectaba en el duque.

—¿Va a presentar sus respetos, entonces? —indagó, tratando de recuperar la compostura.

La mirada de Sutherland se movió hasta la casa que tenía detrás. Silencio absoluto, las cortinas echadas, algunas estancias ya mostraban el color del pesado terciopelo negro cubriendo parte de los cristales. Se fijó de nuevo en el recién llegado y vio que también portaba un crespón.

La realidad lo golpeó tan duro que se le cortó la respiración. Tomó una larga bocanada de aire y buscó una tranquilidad que no sentía en absoluto. Mil emociones lo recorrían por dentro.

—¿Cómo ha sido? —preguntó con cautela al comprender la situación.

—Un duelo. —El hombre hizo una pausa que fue muy dramática. Sutherland no sabía cómo sentirse, debería decir algo, pero su improvisado compañero comenzó a hablar de nuevo—: Siempre le gustaron las mujeres, sin excepción. Supongo que al final encontró a un hombre con mejor puntería que la suya. Eso también lo detecté cuando apenas el muchacho era poco más que un niño que se mostraba orgulloso mientras sostenía su primer rifle. Tenía un talento natural para apuntar y disparar a su objetivo. Brillante en eso. Pésimo en todo lo demás. —El hombre se veía notablemente afligido.

—Lo siento —dijo, sabiendo que estaba mintiendo con descaro.

Muerto. Su mayor rival, el hombre que odiaba con todas sus fuerzas estaba muerto. No. No lamentaba que Rendow ya no estuviese vivo para seguir martirizándolo. Era un pensamiento poco cristiano, y no le importaba en absoluto. Esa rata inmunda había perjudicado a Charlize y él sintió alivio al conocer la noticia. No pediría perdón por sus emociones. Hacía tiempo que el duque sabía que, aunque era una persona cabal, honesta, no dudaría en prenderle fuego al mundo si ella se lo pidiese.

Charlize era lo más importante para él. No veía más allá de ella. Y no temía lo que le provocaba esa mujer, porque ahí estaba él, escuchando que un hombre había perdido la vida en un duelo, y estaba respirando desahogado.

—Probablemente haya sido lo mejor que le podía haber pasado. —El hombre chasqueó la lengua—. Mi sobrino estaba lleno de buenas intenciones que perdía nada más dar un paso. Tuvo suerte, se enmendó, ¿sabe? Consiguió fortuna, recuperó todo lo que había perdido pero en vez de ser comedido, de aprender de sus errores, lo volvió a perder... Un desastre. Debió habérselo pulido todo en ese extraño viaje que lo mantuvo apartado tantos años de su hogar. Iba casarse... Había encontrado a una rica heredera para hacerlo. Me pidió ayuda, pero yo sabía que no debía rescatarlo, volvería a caer. Juego y mujeres, esa es la maldición que tuvo que soportar el muchacho de mi hermana...

Sutherland cerró los ojos y apretó los puños. La narración le era demasiado familiar.

—¿Conoce por casualidad el nombre de la dama con la que pretendía casarse? —Sutherland sabía que si escuchaba el nombre de Charlize, comenzaría a aplaudir para celebrar el fallecimiento... Mejor, le preguntaría si lo habían enterrado ya, buscaría la tumba y bailarían y orinarían sobre ella.

—Sé que era de buena familia, la hija de un conde fallecido hace algún tiempo. Creo que dijo que era la pupila de otro conde que tenía a su cargo a cuatro pupilas. —El tío de Rendow volvió a levantar el monóculo. Lo hizo porque Sutherland acababa de gruñir sin discreción—. ¿No será usted por casualidad familia de la dama? Si ha venido aquí a pedir satisfacción, debo recordarle que mi sobrino ya ha pagado por sus correrías de faldas —expuso en alusión al duelo producido.

—Debo darle el pésame, milord. —Usó ese título porque su interlocutor sí era de la aristocracia. Evitó, además, decirle que solo lo hacía para guardar las apariencias.

—Gracias. ¿Va a decirme de una vez quién es usted, joven, y qué le ha traído a casa de mi sobrino? —Era indudable que la actitud agresiva de Sutherland lo había puesto en guardia.

—Solo necesita saber que soy el hombre que venía a matarlo, y que le daré las gracias a quien le ha pegado un tiro a su sobrino en cuanto averigüe quién ha sido, pues me ha ahorrado la molestia —le dijo antes de darse media vuelta y subir a su carruaje.

El caballero a su espalda dijo cosas, varias, a las que Sutherland decidió no hacer ningún caso.

Cuando entró en el carruaje se recostó y se encontró sonriendo. Sí. Había sido un buen día. Con excelentes noticias... Un viaje del todo productivo.

Se respiraba mejor sabiendo que había en Londres una sabandija menos de la que ocuparse. Muerto... y Sutherland ni tan siquiera se había arremangado la camisa.

¡Formidable!

El viaje de regreso se le hizo más placentero. Cambió el tiro de caballos tantas veces como fue necesario para regresar lo antes posible junto a su duquesa.

Es necesario señalar que cuando entró por la puerta de su hogar y le informaron de que su esposa estaba residiendo en Luffgarden, el duque no esperó ninguna explicación más. Salió disparado de regreso al maldito carruaje para ver por qué demonios su esposa lo había abandonado sin ninguna consideración.

Capítulo 12+1

Charlize soltó la cuchara sopera en cuanto escuchó aquel enorme grito.

—Es Tristan... —afirmó, sintiendo su corazón latir desbocado.

La mirada de ella se fijó en Aidan, quien estaba a la cabecera de la mesa. Freyja figuraba a su lado y también se había quedado impactada, con la cuchara a mitad de camino hacia su boca.

Por el contrario, el duque seguía comiéndose su sopa de cebolla como si Sutherland no hubiese interrumpido la cena a golpe de pulmón.

—¿Aidan? —lo llamó su mujer.

—¿Qué? —preguntó él sin dar a entender que su actitud tranquila no estaba siendo antinatural—. ¿No te gusta la sopa, mi amor? Disfruta de un poco de paz, los niños están acostados y...

—Oh, por amor de Dios... —murmuró Charlize, antes de ponerse en pie e ir a buscar al duque, a quien se le escuchaba rugir sin descanso desde fuera de la casa.

—¡Charlize! —la llamó con severidad el conde.

—¿Qué?

—Siéntate de nuevo —le ordenó el conde.

—¡No puedes estar hablando en serio! —se quejó ella.

—Lo hago. No vas a hablar con él hasta que yo haya tenido mi entrevista.

—Es mi esposo, Aidan... —pidió la dama, al ver que él permanecía imperturbable y severo.

—Estás bajo mi techo, Charlize. Has ejercido como su esposa medio día, tal vez menos. Así que siéntate —le repitió sin alzar la voz.

—¿Freyja? —Todo en ella la impulsaba a ir corriendo a buscar los brazos de su marido. Estaba haciendo un esfuerzo hercúleo para no enfadar a Aidan y salir a toda prisa.

—Es un asunto serio, hermana —le habló la condesa—. Deja que Aidan se ocupe de Sutherland antes de verlo.

—Pero...

—¿De qué te preocupas, Charlize? —indagó Freyja, al ver que su hermana no iba a seguir su recomendación—. El que se acaba de presentar en nuestra casa es un hombre que está exigiendo a pleno pulmón que su esposa le sea devuelta.

—¿Sabes eso con solo interpretar sus gritos? —Charlize sentía esperanza, pero no deseaba dejarse llevar.

—Por supuesto que sí. Aidan dio instrucciones al servicio sobre qué hacer si tu marido decidía venir. Él está reaccionado tal y como dije que lo haría. —Freyja miró a su esposo mientras decía esas palabras, a lo que él medio gruñó con enfado, porque fue así como sucedió y el conde le dijo que tenía sus dudas sobre el afecto de Sutherland. Estaba claro que el duque estaba encendido como un toro español al que agitaban colocándole un pañuelo rojo al frente—. Bien —siguió la condesa—. Dejaremos a Sutherland despotricando diez minutos más...

—Una hora —la interrumpió el conde.

Freyja rodó los ojos.

—Un cuarto de hora —le concedió su esposa al conde—, porque nosotros hemos pasado un infierno con tu salud, Charlize —recordó mientras miraba a su hermana— y Sutherland debe tener un poco de escarmiento.

—¡Eso no es justo! —lloriqueó Charlize—. ¿Cómo te sentirías tú si fuese Aidan el que estuviese pasando frío en medio de la noche y gritando sin descanso tu nombre? —Oh, sí, Tristan no había dejado de llamarla con fuerza mientras estaba fuera.

—Te dejó sola en tu noche de bodas...

—No había oscurecido todavía cuando nosotros... —Charlize decidió silenciarse debido a la mirada que le lanzó la condesa.

—Como estaba diciendo —siguió Freyja su charla—, tu esposo se marchó

sin decirte ni una sola palabra, tú te caíste y fuimos Aidan y yo quienes estuvimos a tu lado durante tu recuperación. Déjalo que grite hasta que...

Se escuchó un cristal rompiéndose.

—Ha tardado unos diez minutos en hacer algo más sensato que llamarla. Ha debido romper la ventana de mi despacho —dijo Aidan, quien en ese momento ya había dejado de comer y estaba poniéndose de pie.

—¿Cómo sabes que eso es justo lo que ha sucedido? ¿Y por qué la de tu despacho? —indagó Freyja.

—Porque es lo que yo hubiese hecho. Es estratégicamente más fácil asaltar mi casa desde ahí. Iré a atenderlo, Charlize se quedará fuera de su vista y tú —señaló a su esposa con el dedo— te ocuparás de que tu hermana cumpla con mi decreto.

El conde se marchó del comedor y las dejó a solas.

La hermana pequeña miró a la mayor con la agonía reflejada en los ojos.

—¿Freyja? Por favor... —No sabía lo que le estaba pidiendo, solo sentía que su corazón seguía golpeando con dureza contra su pecho.

—Espera un momento, hasta que Aidan se haya instalado en el despacho y comiencen a hablar.

—¿Esperar a qué? ¿Y si se pelean de nuevo?

—Créeme, me he asegurado muy bien esa promesa de mi esposo. No va a tocar a Sutherland. —No le comentaría la clase de perversiones que le permitió a él hacerle. ¿Por qué los caballeros tenían esa obsesión con la parte trasera de una mujer? Aunque fue interesante dejarle explorar con los dedos *ahí*...

—Freyja, necesito verlo... —le suplicó, al tiempo que ponía los ojos como si fuese un cordero a punto de ser degollado.

—Y lo harás, aunque primero lo escucharemos.

—¿Vamos a entrar en el despacho? —preguntó ilusionada Charlize, al ver que su hermana se ponía en pie.

—No. Aidan también me hizo prometer que no lo interrumpiría mientras arreglaba los asuntos con Sutherland. —Tampoco le diría a Charlize lo que ella le había pedido a él que le hiciera, pero aquella noche, la lengua de su esposo se ganó muy bien la promesa que

ella le ofreció.

—¿Y qué vamos a hacer?

—Lo que se te ha dado siempre bien.

—¿Y qué es eso? ¿Comerme un bombón? Porque debo recordarte que mi estado de ánimo no mejoró ni cuando Aidan logró encontrar esos nuevos chocolates franceses que...

—¡Espiar, Charlize!

—No escucharemos nada tras la puerta... —se quejó ella, dado que la hermana menor ya había pensado en pegar la oreja, pero no sería fructífero, la puerta era demasiado pesada.

—Hay un pasadizo, en la biblioteca. Ofrece una visión muy clara del despacho de mi esposo, y desde allí sí que lo escucharemos bien.

—¿Hay una habitación secreta en Luffgarden?

—Hay muchas.

—¿Y por qué yo no lo he sabido hasta este momento?

No podía decirle que ella y Aidan habían disfrutado de su despacho con intensidad y haberle desvelado los secretos de su hogar hubiese contribuido a tener menos intimidad. Además, su padre solo le confió esos lugares por si algún otro como Napoleón se alzaba y ellas tenían que esconderse en su propio hogar.

—Porque hasta este momento no había necesitado compartir esa información contigo. ¿Seguimos discutiendo o vamos a ver qué dice tu esposo?

—¿Y si no me quiere, Freyja? —preguntó angustiada.

—No se habría puesto como un bruto. Menos hubiese roto la ventana.

Charlize asintió y se dispuso a seguir la estela de su hermana. Llegaron a la biblioteca, Freyja sacó un libro que ocultaba un mecanismo de accionamiento y una puerta se abrió ante ellas. Charlize estaba fascinada.

Entraron en una pequeña habitación que tenía dos agujeros en la pared.

—¿Aidan está al tanto de ese lugar? —La pregunta salió en un tono muy bajo para que los que estaban al otro lado no las escuchasen.

Se debe recordar que Luffgarden era la finca campestre de las hermanas, por lo que como Freyja amaba ese lugar, Aidan, tras casarse, había consentido en que ese edificio fuese su residencia habitual.

—No se lo he contado a nadie nunca. Eres la primera en saberlo. Ahí detrás —señaló esa improvisada mirilla que daba una clara visión al despacho de su esposo— colgado sobre la pared está el cuadro de mamá.

—Sé qué retrato es.

—Los agujeros que ves ahí, están directamente sobre los ojos de mamá, es algo muy sutil.

—No me puedo creer que no hayas compartido esto conmigo hasta ahora.

—En vez de enfadarte, tendrías que callar y escuchar. —Freyja le hizo un movimiento con la mano para invitarla a observar el despacho del conde.

Charlize se dirigió hacia allí. Lo primero que vio fue a su marido sentado en la silla, con Aidan frente al escritorio y tras ellos, una ventana rota. Tenía una visión magnífica desde ese lateral. Como si estuviese en un teatro donde los actores no sabían que estaban siendo vigilados.

—¿Vas a responderme, Ross? —le preguntó el duque a Aidan.

—No sé ni cómo puedo estar sentado delante de ti sin atizarte mi mejor puñetazo —se limitó a decir el conde. Maldita fuese su esposa por haberlo tentado hasta lograr que él le prometiese la luna... De acuerdo, no fue el astro rey de la noche, pero haber accedido a ser pacífico con Sutherland era algo igual de increíble.

—Qué casualidad... —musitó Tristan—. Yo estaba haciéndome esa misma reflexión.

—¿A mí? ¿Por qué tendrías que haberme pegado? —El conde tenía los puños apretados. La rabia que sentía era descomunal.

—Porque a la primera ocasión has aprovechado para robarme a mi esposa. ¿Qué sucede?, ¿necesitas cerca de ti a Charlize para que te idolatre? ¿No te basta con sentir la admiración de tu esposa que también tienes que buscar la de la mía? —preguntó con enfado.

Sutherland no iba a lanzar el primer golpe, pero si su amigo le daba la

oportunidad le haría ver la gravedad de lo ocurrido. Además, ¿por qué se veía tan enfadado con él? El que tenía derecho a estarlo era Tristan... ¿no?

—He prometido que no me pelearía contigo. Tienes suerte de que le haya dado mi palabra de honor a Freyja, porque de otro modo, te aseguro que estarías tendido en el suelo, con el labio partido, varias costillas rotas, y tal vez una pierna machacada. Yo, si fuese tú, elegiría bien mis próximas palabras, porque si vuelves a calumniar a la mujer que amo y a su hermana, del modo en el que has insinuado, tendré que hacer algo al respecto. Es mi esposa la que te separa de mi rabia, así que no tientes tu suerte.

—¿Qué demonios te pasa, Aidan? —saltó ya sin poder evitarlo el duque—. Te has llevado a *mi* duquesa de *mi* casa cuando no tenías ningún derecho a hacerlo, luego me obligas a asaltar tu hogar para recuperar lo que me pertenece, y... ¿tienes la desfachatez de mostrarte ofendido? ¿En qué mundo sería yo culpable de lo que sea que me achacas?

—Bien. Repasemos la situación.

—Sí, hazlo, y no olvides enunciar el primero de los cargos. ¡Me has robado a traición a la mujer que amo! —ladró con enfado.

En ese momento se escuchó... ¿una exclamación de dicha?, ¿un sonido expectante? Era algo relacionado con la felicidad.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó Aidan. Él también lo había escuchado.

Tristan y el conde se miraron frunciendo el ceño.

Tras la pared, donde las espías estaban acechando, Freyja le había colocado una mano sobre la boca a su hermana, pues al escuchar la declaración de Tristan, Charlize no había podido contener su alegría y había medio gritado llena de placer.

—Harás que nos descubran —le susurró en la oreja Freyja. Su hermana menor asintió, en una clara señal para indicar que se contendría.

Freyja le sonrió al ver que Charlize tenía los ojos llenos de lágrimas. Era feliz. De alguna manera o de otra todo se solucionaría, pero lo fundamental era que el duque acababa de decir que estaba enamorado de su mujer.

—Escuchemos por qué se marchó —le recomendó en otro susurro muy bajo Freyja. Charlize asintió de nuevo.

Mientras las dos damas trataban de mantenerse ocultas al sonido, los caballeros seguían su charla.

—¿Y bien? —inquirió Tristan.

—¿Tú has escuchado ese sonido? —inquirió el conde.

—Tal vez tengas fantasma en esta vieja casa.

—Ya... —Los espíritus sonaban demasiado femeninos, pero no se hacía una idea de dónde podría estar ese espectro, pues el sonido parecía haber provenido desde la misma habitación. Bien, eso no era fundamental en esos momentos, lo importante era saber qué había ocurrido para que un hombre, al parecer muy enamorado, dejase a su mujer durante tantos días sola, y más después de haber consumado su matrimonio.

—¿Dónde está mi duquesa, Ross? Si no la veo en menos de un minuto, esto se va a poner muy feo... para ti —lo amenazó Tristan.

—Te marchaste, Sutherland. Desapareciste de la cama nupcial después de descubrir que Charlize no era una mujer inocente. —Era momento de desvelar la verdad. No tenía sentido andarse por las ramas.

Tristan apretó los dientes y los puños. A Aidan le gustó ver esa reacción en su amigo. No estaba todo perdido.

Por descontado, tras la intervención de Aidan, un nuevo sonido cuya procedencia el conde desconocía, se escuchó. En esa ocasión fue Charlize la que le tuvo que taparle la boca a su hermana mayor.

—Te insinué lo que había ocurrido —susurró Charlize cerca de la oreja de la condesa de Ross y Luff.

Freyja levantó la mano de Char y musitó en tono muy bajo:

—No lo entendí del todo, porque me dijiste que Rendow no...

—Pero sí lo hizo, yo te hablé de ti y de Colin hace unos días, así que creí que me habías entendido.

—Mataré al Villano Rendow.

—Fue un buen sobrenombre, ¿verdad? —Charlize lo rebautizó de ese modo y se sentía satisfecha.

Freyja se calló y su hermana menor volvió a buscar las dos rendijas para ponerse a espiar otra vez.

Divisó al conde de Ross y Luff de pie caminando por el despacho. Su esposo seguía sentado y se veía fiero.

—Una palabra más, y te juro... No sé lo que me detiene, Ross, supongo que es la amistad que nos ha unido durante tantos años la que me impide actuar y darte tu merecido.

Sutherland se había puesto también de pie después de hablar y estaba tras la estela del amigo al que se vería obligado a retar a duelo.

—Cállate un momento, Sutherland —le ordenó el conde, al tiempo que agudizaba la oreja. De alguna manera, Freyja y Charlize estaban espiándolos, pero ¿desde dónde?

—Date la vuelta y atiéndeme. No puedes hablar así de mi esposa y luego darme la espalda.

El conde dejó de buscar a las dos intrusas que sabía que estaban cerca. Se detuvo y se enfrentó al duque.

—Descubriste la verdad sobre Charlize y te marchaste de la cama. ¿Qué quieres que piense?

—Mis asuntos con mi duquesa no son de tu incumbencia. No te mato en este mismo momento, porque sé lo que significas para Charlize y que ella te habrá contado que... —Apretó los dientes una vez más. Si la reunión durase mucho, sucederían dos cosas. La primera, que Aidan acabaría muerto, la segunda, que acabaría perdiendo algún diente debido a la rabia que sentía.

¡Era embarazoso tener que hablar de las intimidades de su esposa! ¡Solo él debería estar al tanto de todo eso!

Le daría una azotaina a Charlize por haber estado callada durante años y tener la insensatez de airear la cuestión precisamente en ese momento.

—La hermana pequeña de mi condesa es muy consciente de que te disgustó tanto conocer su... condición, que está convencida de que vas a pedir el divorcio...

—¡No pienso hacer nada como eso! Ella es mía, Ross. ¡Mía! ¡Maldita sea! —Tristan se mesó el pelo y comenzó a dar vueltas por la habitación. Se dio cuenta entonces de que Charlize había malinterpretado la situación. Su marcha.

—Necesito una aclaración, Sutherland, porque Freyja y yo hemos pasado por un infierno, cuando tú debiste estar aquí para velar por tu mujer, a nuestro lado.

—No pienso darte ninguna...

—No te la devolveré y lo sabes —lo avisó—. Me conoces bien, Tristan, no hace falta que te diga la clase de hombre que soy y considero que ha habido una afrenta hacia la hermana de mi esposa. Te has casado con ella y sé que la ley te ampara, pero del mismo modo que eres consciente de lo primero, debes serlo también sobre que me importan un par de viejas botas hessianas lo que las autoridades determinen. Dime por qué la dejaste sola y dónde has estado.

Sutherland inspiró profundamente por la nariz y soltó el aire por la boca con fuerza. Su mejor amigo se convirtió en su contraparte porque era honorable, valiente y justo. Su temperamento terco era su mayor debilidad, pero también su fortaleza. No. Aidan no le devolvería a Charlize si no juzgaba que él había actuado de modo adecuado. Eso no quitaba que la situación fuese violenta.

—La última vez que te hablé sobre cómo me hacía sentir Charlize, sobre cómo calentaba mi sangre...

—¡No me lo recuerdes! —lo frenó Aidan.

—A eso me refiero. Quieres saber mis intimidades, pero no eres capaz de soportar escucharlas...

—Habla. Te prometo que me contendré.

—Me decepcionó saber que no sería su primer hombre, eso es verdad —admitió—. Soy posesivo y celoso cuando de ella se trata. Dios sabe que en toda mi vida no tuve celos de nadie. Empecé a sentirlos cuando Charlize llegó a mi vida. Quería... Quiero —se enmendó— protegerla de todo mal. Así que cuando comprendí que le había fallado, que llegué tarde cuando Rendow... En fin, no quiero revivir lo que sentí, pero no fue agradable. Más porque fue por mi culpa que él se fijase en ella.

—Explícate —lo urgió al ver que él, su amigo se había quedado callado.

—¿Recuerdas a Ophelia?

—Sí. Estuviste como loco hasta que lograste que te aceptase como su amante. —No le confesaría que Charlize lo había puesto en antecedentes.

Un gruñido se escuchó en la habitación. Confirmado. Las dos damas, o tal vez solo Charlize, estaban en la habitación, o cerca... pero ¿dónde? Lord Ross y Luff decidió que eso no era importante.

—Te aseguro que Ophelia no despertaba ni la mitad de los sentimientos

que me inspira mi duquesa. —Un nuevo sonido de embelesamiento se escuchó en la habitación —. ¿Qué ha sido eso? Voy a comenzar a creer que de verdad hay fantasmas en tu hogar.

—Sigue con la explicación —le ordenó.

—Ophelia conocía a Rendow, porque todos conocemos la fama de libertino que él tenía, le habló de su dote, él estaba arruinado y...

—Así que compartiste información que no tenías derecho a ofrecer con la mujer que calentaba tu cama. —Charlize le dijo la verdad, tal y como acababa de confirmar.

Un nuevo gruñido, esa vez doble, surcó el silencio. Aidan se dio cuenta de que estarían las dos juntas espiándolos. Le gustaría tanto saber dónde estarían escondidas.

—Vas a tener que hacer algo con los fantasmas. ¿Dónde va uno a pedir ayuda para exorcizar su hogar? —indagó Sutherland.

—No son presencias malignas. Extrañas sí. Y cuando me tope con esos... fantasmas recibirán una buena reprimenda.

—Te permitiré que regañes a tu esposa. Yo me ocuparé de Charlize.

—¿Sabes que nos están espiando? —indagó Aidan, aunque no hacía falta que su amigo le respondiera. Su ducal ceja alzada lo hizo de inmediato.

—Claro que sí, en cuanto confesé que estoy enamorado y escuché a Charlize suspirando. Y te lo estoy contando todo porque sé que así no tendré que repetírselo a ella.

—¡Yo sigo completamente enamorada de ti! —le dijo Charlize, sin poder contenerse más.

Los dos caballeros se colocaron delante del cuadro de la madre de Freyja. Enseguida comprendieron cómo resultaba la triquiñuela.

—¿Freyja, por dónde has entrado? —preguntó al tiempo que tocaba los dos pequeños agujeros del cuadro que la anterior condesa de Luff tenía en los ojos.

—Por la biblioteca. ¿Vais a seguir la conversación con nosotras aquí o nos permitiréis entrar al despacho? —indagó la condesa.

—Venid aquí —claudicó su esposo.

—¿Debo deducir que no sabías que nos estaban espiando? —inquirió el

duque.

—No, no sabía que había un escondite así —admitió.

—Escúchame, ahora que ellas no pueden oírnos. —Se había escuchado una puerta cerrarse con discreción, así que el duque supuso que ellas ya no estarían escondidas y siguió hablando—: Me marché del lado de mi esposa porque quería darle su merecido a Rendow.

—¿Lo hiciste? —preguntó de inmediato Aidan.

Al duque no le pasó desapercibida la emoción de alivio de su mejor amigo.

—No, no llegué a tiempo. Me dijeron que se había dirigido al campo y viajé hasta su finca, por ese motivo he tardado en regresar. Una vez allí me informaron de que había fallecido en un duelo recientemente, pero te juro que si hubiera estado vivo, lo habría matado con mis propias manos. También averigüé allí, que pretendía casarse con Charlize porque de nuevo estaba en la ruina. No quiero que ella se entere de nada. Si pensaba que la había abandonado... No quiero que sufra más.

—No, es necesario que siga guardando reposo y nada la perturbe —coincidió el conde.

—¿Reposo? —¿Sería posible que ya estuviese embarazada? La alegría lo inundó. Pero habían pasado pocos días para confirmarlo. El duque frunció el ceño.

—Claro que sí. Una caída por las escaleras necesita paciencia para...

—¿Qué? ¿Mi duquesa se cayó?

—¿No lo sabías?

—¿Cómo iba a saberlo si me levanté de la cama después de hacerle el amor a mi esposa para ir a matar a Rendow, regresé y me dijeron que ella se había ido de mi hogar y vine corriendo aquí?

No hubo tiempo para ofrecer más explicaciones.

Charlize entró en tropel a la habitación y se echó a los brazos de Tristan. Freyja se acercó a su esposo y sin discreción alguna lo comenzó a empujar para que saliese del despacho.

—¿Vamos a dejarlos a solas? —ladró el conde—. ¿En mi despacho? —No le agradaba la idea.

—No te preocupes, Aidan. Prefiero la cama a una dura mesa de escritorio. No pienso hacer lo mismo que hicisteis vosotros en el estudio de mi duque —le informó Charlize.

Freyja comenzó a negar con la cabeza. Aidan abrió la boca de par en par.

—¿Cómo diablos se ha enterado de eso tu hermana?

—Tardé mucho en regresar junto a ella cuando estaba convaleciente y solo... ¡lo adiviné! —Fue bochornoso cuando Charlize la acusó de mancillar el santuario de su esposo.

—Lo adiviné —tomó la palabra Charlize sin soltarse del abrazo de su esposo—, porque desde que te conozco, has hecho cada mañana lo mismo.

—¿Y eso que es? —preguntó Freyja.

—Levantarte para ir a buscar a Aidan a su despacho y retozar. ¿Cómo puede agradarte una superficie dura cuando el lecho es tan mullido? —Charlize no entendía a su hermana.

—¡Os dejaremos a solas para que podáis...! —comenzó a decretar Freyja.

—¡No! —saltó el conde, justo antes de atravesar la puerta—. Recuerda que el lecho es más cómodo. —Aidan no soportaría saber que sobre su pulida mesa ellos dos... —. Mejor aún. Id a la habitación de Charlize, mi esposa tiene que hablarme sobre los escondites de nuestra casa y he decidido que mi despacho es el mejor lugar para hacerlo.

Freyja suspiró. El conde volvió a entrar en la estancia para demostrar que no tenían intención de marcharse.

El duque de Sutherland alzó en volandas, con mucho cuidado, a su duquesa y comenzó a caminar en busca de la salida. Cuando pasó por delante de su mejor amigo se paró frente a él.

—¿Mancillaste mi despacho, Aidan? —inquirió con severidad.

El conde gimió por lo bajo, mientras que Freyja no sabía dónde esconderse.

—Fue eso o comenzar a recorrer Inglaterra para encontrarte y retarte a duelo. No te quejes tanto, has salido ganando, amigo mío.

—¡No hice nada malo! No más de lo que tú mismo hubieses hecho en mis circunstancias —apuntó, en alusión a haber ido a buscar a su rival y darle su merecido.

—¡Pero yo no lo sabía en ese momento!

—¿Qué hiciste, Tristan? ¿Por qué te marchaste si no querías repudiarme?
—se metió en el medio de la conversación la duquesa de Sutherland con suma curiosidad.

—Jamás volveré a separarme de ti, Charlize. Eso lo único que importa. Te amo, me amas, y estamos bien. Me contarás lo de tu caída por las escaleras, me sentiré horriblemente mal por no haber estado a tu lado cuidándote, y tú me consolarás haciéndome el amor.

—¡Por amor de Dios! —exclamó el conde incómodo.

El duque ladeó el rostro para buscar a su mejor amigo.

—Ya ajustaremos cuentas, porque voy a deshacerme de mi mesa de escritorio y tú pagarás el coste.

—Sí, bueno... Encarga también una nueva silla si no quieres recordar que estuve allí sentado... sin pantalones. —Tuvo que avisarlo porque era su mejor amigo de nuevo, pues lo había absuelto de los cargos y se sentía culpable. Si Rendow no estuviese muerto, y en caso de que Sutherland no se le hubiese anticipado, Aidan mismo habría ido a darle caza.

—¡Dios!, pienso vengarme tarde o temprano, lord Ross y Luff —lo avisó el duque.

—Cuida de Charlize y olvidemos todo esto —sugirió muy sonrojada la condesa.

La pareja se escabulló hasta la habitación de Charlize para encerrarse y terminar de aclarar la situación.

Sutherland se ocupó de demostrarle a su duquesa cuán obsesionado estaba con ella mientras le hizo el amor una y otra vez con ternura, con calidez y esmero, también con delicadeza debido a los moratones que todavía se veían difusos sobre su piel. Se deshizo en juramentos sobre no dejarla nunca, y, por descontado, no le contó nada sobre el maldito Rendow o su muerte. Se limitó a explicarle que había ido en su busca para darle su merecido pero que no lo encontró por más que lo buscó por todos lados.

Se acabaría enterando de su muerte, pero no por él. Jamás le confesaría que el malvado pretendía casarse con ella porque volvía a precisar de fondos. Ella lo había elegido a él y Tristan se ocuparía de que ninguno de los dos se arrepintiese de su decisión jamás.

Charlize no paró de cantarle su amor, lo inmensamente feliz que la hacía, no pudo tampoco dejar de besarle sin descanso, antes, durante y después de hacer el amor.

Se trataba de una pareja muy bien avenida. Tanto como la que se había encerrado en el despacho de Luffgarden y daba rienda suelta a su pasión.

El conde disfrutó de su mujer y Freyja recordó el motivo por el que le gustaba tanto extenderse, con las piernas bien abiertas, sobre el escritorio de su esposo, mientras él la degustaba.

Unos pocos días más tarde, y con motivo del cumpleaños de Charlize, la familia entera, con todos los vástagos que habían producido las dos hermanas más mayores, y una Cleopatra embarazada, se reunieron en Luffgarden para festejar la vida y el amor de la familia.

Eran tiempos buenos para las cuatro antiguas hermanas Archer, porque aunque no compartiesen ese apellido debido a ser mujeres casadas, jamás olvidarían que la sangre de sus amados padres corría por sus venas.

Fin.

Sobre Sarah Worth

Sarah Worth es una escritora española que ve amor, peleas, condes, duques y damas por doquier. Se ha decidido a escribir bajo un pseudónimo para ver qué tal funcionan sus historias románticas.

Tal y como prometió, ha habido romance, bastante humor, algo de drama para mantener el interés, y un final feliz y cerrado.

No ha escrito un epílogo porque el último capítulo se ajustaba mejor. En cuanto al capítulo 12+1, lo puso así para sacaros una sonrisa, porque el número que da esa cifra no trae demasiada suerte y prefería sorprenderos un poco también.

¿Qué hay de la próxima historia?

Habrà más, seguro, porque ha contado con el apoyo de numerosas lectoras que le han dado ánimos para seguir escribiendo.

¡Gracias!